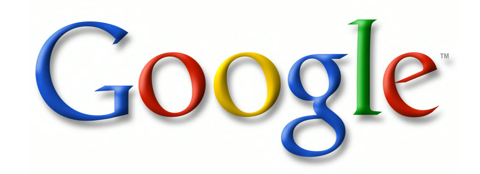


This is a digital copy of a book that was preserved for generations on library shelves before it was carefully scanned by Google as part of a project to make the world's books discoverable online.

It has survived long enough for the copyright to expire and the book to enter the public domain. A public domain book is one that was never subject to copyright or whose legal copyright term has expired. Whether a book is in the public domain may vary country to country. Public domain books are our gateways to the past, representing a wealth of history, culture and knowledge that's often difficult to discover.

Marks, notations and other marginalia present in the original volume will appear in this file - a reminder of this book's long journey from the publisher to a library and finally to you.

Usage guidelines

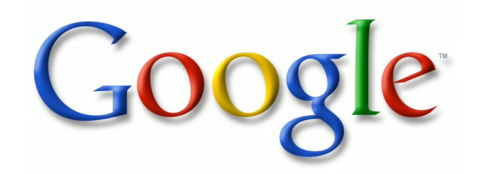
Google is proud to partner with libraries to digitize public domain materials and make them widely accessible. Public domain books belong to the public and we are merely their custodians. Nevertheless, this work is expensive, so in order to keep providing this resource, we have taken steps to prevent abuse by commercial parties, including placing technical restrictions on automated querying.

We also ask that you:

+ *Make non-commercial use of the files* We designed Google Book Search for use by individuals, and we request that you use these files for personal, non-commercial purposes.
+ *Refrain from automated querying* Do not send automated queries of any sort to Google's system: If you are conducting research on machine translation, optical character recognition or other areas where access to a large amount of text is helpful, please contact us. We encourage the use of public domain materials for these purposes and may be able to help.
+ *Maintain attribution* The Google "watermark" you see on each file is essential for informing people about this project and helping them find additional materials through Google Book Search. Please do not remove it.
+ *Keep it legal* Whatever your use, remember that you are responsible for ensuring that what you are doing is legal. Do not assume that just because we believe a book is in the public domain for users in the United States, that the work is also in the public domain for users in other countries. Whether a book is still in copyright varies from country to country, and we can't offer guidance on whether any specific use of any specific book is allowed. Please do not assume that a book's appearance in Google Book Search means it can be used in any manner anywhere in the world. Copyright infringement liability can be quite severe.

About Google Book Search

Google's mission is to organize the world's information and to make it universally accessible and useful. Google Book Search helps readers discover the world's books while helping authors and publishers reach new audiences. You can search through the full text of this book on the web at http://books.google.com/



Acerca de este libro

Esta es una copia digital de un libro que, durante generaciones, se ha conservado en las estanterías de una biblioteca, hasta que Google ha decidido escanearlo como parte de un proyecto que pretende que sea posible descubrir en línea libros de todo el mundo.

Ha sobrevivido tantos años como para que los derechos de autor hayan expirado y el libro pase a ser de dominio público. El que un libro sea de dominio público significa que nunca ha estado protegido por derechos de autor, o bien que el período legal de estos derechos ya ha expirado. Es posible que una misma obra sea de dominio público en unos países y, sin embargo, no lo sea en otros. Los libros de dominio público son nuestras puertas hacia el pasado, suponen un patrimonio histórico, cultural y de conocimientos que, a menudo, resulta difícil de descubrir.

Todas las anotaciones, marcas y otras señales en los márgenes que estén presentes en el volumen original aparecerán también en este archivo como testimonio del largo viaje que el libro ha recorrido desde el editor hasta la biblioteca y, finalmente, hasta usted.

Normas de uso

Google se enorgullece de poder colaborar con distintas bibliotecas para digitalizar los materiales de dominio público a fin de hacerlos accesibles a todo el mundo. Los libros de dominio público son patrimonio de todos, nosotros somos sus humildes guardianes. No obstante, se trata de un trabajo caro. Por este motivo, y para poder ofrecer este recurso, hemos tomado medidas para evitar que se produzca un abuso por parte de terceros con fines comerciales, y hemos incluido restricciones técnicas sobre las solicitudes automatizadas.

Asimismo, le pedimos que:

+ *Haga un uso exclusivamente no comercial de estos archivos* Hemos diseñado la Búsqueda de libros de Google para el uso de particulares; como tal, le pedimos que utilice estos archivos con fines personales, y no comerciales.

+ *No envíe solicitudes automatizadas* Por favor, no envíe solicitudes automatizadas de ningún tipo al sistema de Google. Si está llevando a cabo una investigación sobre traducción automática, reconocimiento óptico de caracteres u otros campos para los que resulte útil disfrutar de acceso a una gran cantidad de texto, por favor, envíenos un mensaje. Fomentamos el uso de materiales de dominio público con estos propósitos y seguro que podremos ayudarle.

+ *Conserve la atribución* La filigrana de Google que verá en todos los archivos es fundamental para informar a los usuarios sobre este proyecto y ayudarles a encontrar materiales adicionales en la Búsqueda de libros de Google. Por favor, no la elimine.

+ *Manténgase siempre dentro de la legalidad* Sea cual sea el uso que haga de estos materiales, recuerde que es responsable de asegurarse de que todo lo que hace es legal. No dé por sentado que, por el hecho de que una obra se considere de dominio público para los usuarios de los Estados Unidos, lo será también para los usuarios de otros países. La legislación sobre derechos de autor varía de un país a otro, y no podemos facilitar información sobre si está permitido un uso específico de algún libro. Por favor, no suponga que la aparición de un libro en nuestro programa significa que se puede utilizar de igual manera en todo el mundo. La responsabilidad ante la infracción de los derechos de autor puede ser muy grave.

Acerca de la Búsqueda de libros de Google

El objetivo de Google consiste en organizar información procedente de todo el mundo y hacerla accesible y útil de forma universal. El programa de Búsqueda de libros de Google ayuda a los lectores a descubrir los libros de todo el mundo a la vez que ayuda a autores y editores a llegar a nuevas audiencias. Podrá realizar búsquedas en el texto completo de este libro en la web, en la página `http://books.google.com`



Vet. Span. III. A. 51 (1-2)
274. c. 13.

POESIAS

DE IGLESIAS.

Paris, imprenta de J. Smith,
calle Montmorency, nº 16.

POESIAS

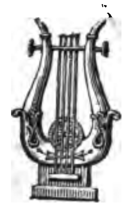
DE

D. JOSEF IGLESIAS

DE LA CASA.

NUEVA EDICION COMPLETA.

TOMO PRIMERO.



MADRID,

EN LA IMPRENTA DE SANCHA.

1821.

274. c. 13.


LIBRARY OF THE TAYLOR INSTITUTION
UNIVERSITY
- 3 MAR. 193
OF OXFORD

NOTICIAS

DE

D. JOSEF IGLESIAS DE LA CASA.

Si la vida retirada y tranquila de un hombre privado, como Don Josef Iglesias de la Casa, pudiese interesar al público, nosotros la pondríamos aquí largamente. Mas ninguna de sus circunstancias llama la atencion. Por eso nos contentarémos con decir, que su genio laborioso y distinguido talento para la Poesía le grangeáron el aprecio y amistad de todos los hombres de buen gusto, que en su tiempo han vivido en Salamanca; y que habiendo sido nombrado Párroco de dos Lugares de este Obispado, sus Feligreses le amáron pòr su carácter bondadoso y benéfico, y le respetáron por la suavidad y circunspeccion de sus costumbres.

Desde que fué llamado á este augusto ministerio abandonó el género satírico y picante que habia cultivado en su juventud, cuando estudiaba Humanidades, época que disculpa la libertad y soltura que en partes le acompañan, y se dedicó á tareas mas dignas de su profesion.

El murió en Salamanca, su patria, á los treinta y ocho años de su edad, el 26 de Agosto de 1791, despues de una enfermedad molestísima, en que manifestó su resignacion y serenidad.



LA ESPOSA ALDEANA.

LETRILLAS PRIMERAS.

LETRILLA PRIMERA.

AL DIOS PAN.

Rustico Dios Pan,
Ruégote que asistas
A honrar mis cantares
Con tu melodía.
Tú, inventor primero
De la flauta amiga,
Que guardas del campo
Las tiernas delicias;
Así ufano goces
Las frescas mejillas,
Ternuras y abrazos
De tu bella Ninfa.
Haz que con mi acento
La esquivez altiva
De un amante atraiga,
Quc me desestima
Por él te importuno,

Por él noche y dia
Canto mis amores,
Lloro mis desdichas.

LETRILLA II.

DE SUS CANTARES.

Selvas de esmeralda,
Rios de cristal,
Con atento oido
Mi Lira escuchad.
Que si mi voz dulce
En dulce cantar,
Cual hiere del monte
La concavidad;
Así el Zagal hiera
Tan duro en amar,
De arte, que su pecho
Se mueva á piedad.
Faunos y Silvanos
Los veréis llegar,
Y por estos llanos
Alegres triscar.
Vendrá el Amor Niño,

Mil Ninfas vendrán;
Y en rueda de lazos
Todos bailarán.

LETRILLA III.

LA SOLICITUD.

Cerrad, cerrad, Ninfas
Del grato Aranjuez,
Cerrad las salidas
Del fresco vergel.
Por si las pisadas,
O el rastro de aquel
Que el alma me abrasa,
Puedo hallar ó ver.
Pues la amena selva
Le ha de detener,
A mil pajarillos
Tendiendo la red.
O acaso siguiendo
Al Amor cruel,
Tras de otras Zagalas
Al señuelo fué.
Y si vos le hallareis;
Guardadle, y sabed:

Que él en mí, y yo sola
Mandar quiero en él.

LETRILLA IV.

DE SU PASTOR.

No alma primavera
Bella y apacible,
O el dulce favonio
Que ambares respire;
No rosada aurora
Tras la noche triste,
Ni el pincel que en flores
Bello se matice:
No nube que Febo
Su pabellon pinte,
O álamo que abrace
Dos émulas vides;
No fuente que perlas
A cien caños fie,
Ni lirio entre rosas,
Clavel en jazmines;
Al romper el dia
Son tan apacibles,

Como el Pastorcillo
Que en mi pecho vive.

LETRILLA V.

DE SU AFECTO.

Si yo en otro tiempo,
Simplilla rapaza,
Anduve sin pena,
Viví descuidada:
Y en guardar me avine
Mis ovejas mansas;
Quizá no era entónces
Dulce enamorada.
Mas ora yo pienso,
Qué daré de gana
El mas gentil manso
De aquesta piara,
A aquel que á mis ojos
Mirar les dejara
Los de un Pastorcillo,
Que mira con gracia.

LETRILLA VI.

JUGUETE SENCILLO.

Alexi á mi puerta
Se pone á cantar,
Y no le respondo,
Por ver lo que hará.
Con mi cayadillo
Le doy por detras :
Y sin ver por donde,
Me vuelvo á escapar.
Por su propio nombre
Le suelo llamar :
Callo; y por un rato
No vuelvo á chistar.
Le quiero y me huelgo
De hacerle bobear,
Buscándome en donde
No me halle jamas.
Y al fin si me hallare
Daño no me hará;
Que no, no es el hombre
Tan bravo animal.

LETRILLA VII.

EL SUEÑO Y EL DESEO.

Cuando yo en el prado
Me pongo á dormir,
Sueño que me halaga
Mi Pastor gentil.
Despierto, y no viendo
Holgar y reir
A Alexi conmigo,
Cual en sueños vi:
De mí no me acuerdo,
Ni acierto á vestir,
Ni escucho el ganado,
Que bala por mí.
El año que viene
No le tendré así;
Que yo de mi lado
No le he dejar ir.
Pues casarnos hemos
Los dos por Abril;
Y en un mismo chozo
Hemos de dormir.

LETRILLA VIII.

CONFIANZA.

El mi Pastorcillo
Bien sé yo que suele
Por mí preguntaros,
Si estoy dél ausente.
Y que aunque lo calla
Llora muchas veces,
Porque á verle venga,
Y su mal consuele.
Por otra Zagala
No temo me deje,
Aun cuando enojado
De sí me deseche.
Pues sé, que á la hora
Su amiga han de hacerme
De miel una orzuela,
Y un cuerno de leche.
Y si esto no basta;
Con que yo le deje
Jugar cierto juego,
No podrá él valerse.

LETRILLA IX.

RESOLUCION.

No de árbol frondoso
La fruta primera
De flor guarnecida
Al Alba serena,
Me roba la vista,
Y el alma me lleva,
Cual mi Zagalejo
Cuando á hablar me llega.
Díceme, si quiero
A la Primavera
Con él desposarme,
Porque su amor vea.
Que sí: responderle,
Me causa vergüenza;
Que no: replicarle,
Me da mayor pena.
Pues un sí, y mil sies
A la vez primera
Que vuelva á decirlo,
Le doy por respuesta.

LETRILLA X.

SIMULACION AMOROSA.

Mi Zagal me llama
Grosera amadora;
Mas fria á sus ruegos,
Que la helada roca:
Cuando hasta las flores
La llama no ignoran
De Amor, en que me ardo
Turbada y medrosa.
Bien quisiera serle
Humana en la hora,
Sin darle yo cuenta
De mi aficion loca.
Mas ser atrevido,
Y hallar sazon propia
De vencer recatos,
Solo al varon toca.
Que si él entre espinas
No la busca y corta;
De suyo á su mano
No se ha de ir la rosa.

LETRILLA XI.

DE UN BAILE.

Un dia en las danzas
Del Val de Zurguen
Me sacó á bailar
Damon muy cortes.
Y luego en el corro
Al ir á volver
La rueda de un lazo,
Me besó el joyel.
Pero yo en los dientes
Un golpe con él
Le dí, cuando quiso
Besarle otra vez.
Dolióle, y los labios
Se empezó á morder:
Me las juró; y luego
Airado se fué.
El Zagal por dicha
¿Qué me querrá hacer?
Quizá él lo sabrá,
Que yo no lo sé.

LETRILLA XII.

PROPENSION DEL AMOR.

Porque no le quiero
Me quiere Damon;
Y Alexi no quiere
Que le quiera yo.
Muchas veces digo:
¿A cual de los dos
Daré yo las llaves
De mi corazon?
Damon las merece,
Que no me gustó;
Y Alexi á quien amo
No las mereció.
Todo el gusto pierdo
Si á Damon me doy;
Si á Alexi, me abato
A un despreciador:
Pues aunque me humille,
Y sufra el baldon
De ser despreciada,
De Alexi es mi amor.

LETRILLA XIII.

OFERTA.

De buscar mi Alexi
Por un bosque espeso,
Niña tierna y sola,
Cansadita vengo.
Al que me dijese,
En que prado ameno
Sus ovejas pastan,
Brillan sus luceros;
De marfil un vaso
Yo le daré en premio;
Y á mas de ello encima
Un abrazo tierno.
Que si el Zagal mio
Picado de zelos
Tomallo quisiese,
Sintiese perdello;
Para uno que pierda,
Yo le daré ciento;
Y aun mil, hasta tanto
Que se canse de ellos.

LETRILLA XIV.

EL PRONÓSTICO.

Ya el rigor del tiempo
Su saña terrible
Descargue en los campos,
Que á expensas de él viven;
Febo enardecido
Con su luz marchite
La pomposa gala
De rosa y jazmines:
Fiero el austro robe,
Cuando airado silbe,
Los amantes lazos
De álamos y vides:
Que si mi Sol sale
Lleno de matices,
Serenando el Cielo,
De los campos iris;
Fuerza es reflorezca
Cuanto toque y mire,
Que enrame la selva,
Y el valle entapice.

LETRILLA XV.

LOS ZELOS.

Aquel Pastorcillo
Que en bosques y prados
Seguir Amor me hace
Travieso tirano;
Bien sé que se duele
Del mal que yó callo,
Por mas que lo encubra,
Y aun borre los pasos:
Si á otro Zagalejo
Hablo por acaso;
Calla, y se le muda
Su color rosado.
Enójase, y vase;
Y aunque yo le llamo,
Me niega el oido
Y huye apresurado.
Ni para acallarle
Me han aprovechado,
Querer regalalle
Ni al fin regalallo.

LETRILLA XVI.

DONES SENCILLOS.

Dos tórtolas tiernas,
Que Alexi en un nido
Se encontró á la Aurora,
Me regaló fino.
De miel una orzuela
Yo en pago le envio,
Y mas si tuviera
Presentes mas ricos.
Que el panal mas dulce
Para el gusto mio
Solo es ver el rostro
Del mi Pastorcillo;
Y mas cuando ufano
Me da un canastillo
De frescas manzanas
Llenas de rocío.
Luego que en mis brazos
Ve que lo he cogido,
Se rie; y me dice....
Mas no, no lo digo.

LETRILLA XVII.

FUEGO AMOROSO.

Mañanita alegre
Del Señor San Juan
Al pie de la fuente
Del rojo arenal,
Con un liston verde
Que eché por sedal,
Y un alfiler corvo
Me puse á pescar;
Llegóse al estanque
Mi tierno Zagal,
Y en estas palabras
Me empezó á burlar.
Cruel Pastorcilla,
¿Donde pez habrá
Que á tan dulce muerte
No quiera llegar?
Yo así de él, y dije:
¿Tú tambien querrás?
Y este pececillo
No, no se me irá.

LETRILLA XVIII.

AFANES DEL AMOR.

Yo mi Zagal tengo;
Soy su enamorada;
Y que él lo supiera
No poco me holgara.
Cuando llevar suelo
Mi ganado á casa,
Solo en el camino
Se sienta, y me aguarda.
Se oculta, y de un grito,
Si voy descuidada,
Me asusta, y se burla
De verme turbada.
De hablar mis vecinos
Se huelga en el alma;
Por ver si entre tanto
Le ve su Zagala.
Flores de contino
Me lleva, y enlaza
De ellas á mi puerta
Ramos y guirnaldas.

LETRILLA XIX.

DE SU PASTORCILLO.

El mi Pastorcillo
En su edad florida,
Del Cielo y del prado
Beldad es, y envidia.
De solo adorarle
Vivo desde el dia,
Que Amor puso en ello
Mis mayores dichas.
Vile tierno niño
Siendo aun tierna niña,
Cuando aun de él no supe
Lo que apetecia.
Y ora, que travieso
Amor me lo avisa;
Mi ventura pongo
En ser su cautiva.
El rey de mis gustos
El será algun dia,
Y ojalá me llame
Su esposa querida.

LETRILLA XX.

EL DESVELO.

Mis siempre queridos
Y amantes palomos,
Que á par de sus hembras
Dan arrullos roncos;
Las tiernas abejas
De la flor en torno,
Con susurro bajo,
Con murmullo sordo;
La tórtola que hace
Su asiento en el olmo,
Y en silencio blando
Gime su divorcio;
El bullicio inquieto
Del risueño arroyo,
Que en fresco poleo
Se baña oloroso;
Todo me convida
Al sueño sabroso,
Y Amor me desvela
Niño inquieto y loco.

LETRILLA XXI.

DE UNA AUSENCIA.

Mi Alexi que goza
De gentil donaire,
Do quiera que voy
Va por escucharme.
¡O si tambien ahora
Mi voz escuchase,
Cuando de su ausencia
Siento mas los males!
Todo en noche obscura
Me parece yace,
Y que pierde el campo
Su esplendor brillante.
Mas dando sus luces
Los ojos radiantes
Del Pastor que adoro,
Mas que el campo amable,
El lirio desplega,
La azucena nace,
Brotan los jazmines,
Los claveles se abren.

LETRILLA XXII.

Á SU REBAÑO.

¡Corderillos mios!
El mal que teneis
Cual el que yo siento
No es de hambre ni sed.
Solo os ven mis ojos
Con hueso y con piel:
No sé cual mal ojo
Mal os llegó á ver.
¡Qué mustio y mal sano
Mi choto te ves!
Por mas que buen pasto
Te doy á pacer.
¡Ay mis corderillos!
Si el peso cruel
Que siento en el alma
Sentis vos tambien!
¡Ay que á mi ganado
Y á su guarda fiel,
El propio amor mata
Y ageno desden!

LETRILLA XXIII.

LA LLAMA DEL AMOR.

Ya de mis Zagales
El canto sonoro,
Y entre ellos las voces
De mi Zagal oigo.
Las yuntas cansadas
Tornan al reposo,
Puesto el lucio arado
Sobre el yugo corvo:
La sombra extendida
Del traspuesto Apolo
Cubre las montañas
Con pie presuroso.
Mas la llama ardiente
De mi amor fogoso
Ni cesar la advierto,
Ni menguar la noto.

LETRILLA XXIV.

LOS BRAZOS DE ALEXIS.

¿Qué fuerza, mi madre,
Los brazos tendrán,
Los brazos de Alexis
Pequeño Zagal?
Que ayer al descuido,
Al ir á pasar
Un sendero angosto
Me llegó á abrazar.
Y yo desde entónces
Con fuego abrasar
Me siento, aunque el simple
No lo hizo por mal.
Ya del Zagalejo
Me quiero vengar;
Ya me compadezco
Del tierno rapaz:
Ya sufrir no puedo
La llama voraz,
Y ora en este fuego
Me quiero abrasar.

LETRILLA XXV.

EL CONSEJO.

Mi abuela me dice
Que si me enamoro
Tendré grandes iras,
Pesares y enojos.
Que Amor es un fuego,
A cuyo ardor solo
Nadie fijó lindes,
Nadie puso coto.
Mas la buena vieja
Yo creo que chocho
Tiene ya el sentido,
Como el gusto voto.
Pues si con mi Alexi
De Amor ciego y loco
Traviesa yo huelgo,
Festiva retozo;
Toda la vehemencia
Del Amor fogoso
Que se aplaca siento,
Que se endulza noto.

LETRILLA XXVI.

GRATITUD PASTORIL.

Vióme Alexi un dia
Cansada, buscando
Dos tiernos corderos,
Que me habian faltado.
Y él sobre sus hombros
Me los trajo ufano,
Hasta mi cabaña
De flores ornados.
Bien sé que me quiere;
Y que bien cuidados
Serán mis corderos
Si con él me caso.
Para cuanto él viva,
Si me da su mano,
Yo le cedo todos
Todos mis ganados.

LETRILLA XXVII.

LOS OJOS DE ALEXIS.

Miéntras mis corderos
Del ameno soto
Pacen la verbena,
Rumian los escobos,
A mis solas pienso;
¡Qué iman poderoso
Tendrán de mi Alexi
Los alegres ojos!
Que á par de ellos vistos,
Obscuros y toscos
Juzgo los luceros
Del celeste globo.
El Alma me llevan;
Y pienso que es poco
Valor cuanto valgo
Para su despojo.
Que el placer de verlos
Me sustenta solo;
Y en cosa ninguna
Yo encuentro mas gozo.

LETRILLA XXX.

DESDEN FINGIDO.

Cuando bajo al rio
A lavar mis paños,
A que baje Alexis
Codiciosa aguardo.
Luego por el monte
Se le va el ganado:
Y en verle perdido
Le suelo dar chasco.
Porque á mi no llegue,
Agua con la mano
Le arrojo; y dèseo
Se acerque otro tanto.
Y él, como á porfia,
Mas crecido rato
Suele estar conmigo,
Mi esquivez burlando.
De lo que me dice
Finjo que me enfado:
Y un deleite siento,
Que no sé explicarlo.

LETRILLA XXXI.

DE UN RAPAZ.

Oliendo yo un dia
Un fresco ramillo
De azucena y rosas,
Un rapaz me dijo:
Mal olor es ese
Para el gusto mio;
Tus labios, Zagala,
Dan olor mas fino.
Yo le dije entónces:
Mientes, picarillo;
Que el olor que dices,
Yo no le percibo.
Ni estotras pastoras
Que duermen conmigo
Las mas de las siestas,
Tal cosa me han dicho.
No te miento hermosa,
Gritó el rapacillo;
Que para embustero
Ya ves que soy niño.

LETRILLA XXXII.

DE UN REGALILLO.

Yo no sé con que haga
A mi bello Adonis
Un gentil regalo,
Que á mi amor le torne.
Bien quisiera hacerle
Presente conforme
Al gusto del que ama
Con prendas tan nobles.
El queso, las natas,
La miel y otros dones
Que el campo produce,
Le causan ardores.
Mas ya se me ocurre
Darle hoy diez limones,
Y otros diez mañana,
Que el ardor le corten.
Que si tal vez fiebre
Padece de amores,
Para refrescarle
No creo le sobren.

LETRILLA XXXIII.

LA PALOMITA.

Una paloma blanca
Como la nieve,
Me ha picado en el alma:
Mucho me duele.

Dulce paloma,
¿Como pretendes
Herir el alma
De quien te quiere?

Tu pico hermoso
Brindó placeres:
Pero en mi pecho
Picó cual sierpe.

Pues dime, ingrata,
¿Porqué pretendes
Volverme males
Dándote bienes?

¡Ay! nadie fie
De aves aleves;

Que á aquel que halagan,
Mucho mas hieren.
   Una paloma blanca
Como la nieve,
Me ha picado en el alma:
Mucho me duele.

LETRILLAS DE ESTRIBILLO.

LETRILLAS SEGUNDAS.

LETRILLA PRIMERA.

Si el estilo en mis Letras
Mucho se humilla;
Como vengo del campo,
No es maravilla.
Cantar yo cantara
Los campos y flores,
La niñez y amores
Con que me criara:
Mas si es cosa clara
Trivial y sencilla;
Como vengo del campo,
No es maravilla.
Si niña agraciada
Un niño Pastor
Cantaba á mi amor
Mas de una tonada;
Y yo de picada
Mas de otra Letrilla;

Como vengo del campo,
No es maravilla.
Si á mi talle agrada
Variado pellico;
Y á mi frente aplico
Guirnalda rosada;
Y ando recostada
En mi cayadilla;
Como vengo del campo;
No es maravilla.
Dicen que florido
Traigo mi cabello;
Y el seno y el cuello
De rosas guarnido:
Mas si he recogido
Tanta florecilla;
Como vengo del campo,
No es maravilla.
Morena me llama
Quien bien no me quiere;
Y á mil me prefiere
El Zagal que me ama:
Si del Sol la llama
Me trae tostadilla;

Como vengo del campo,
No es maravilla.

LETRILLA II.

Pues de amar amores
Leccion tomé en tí;
Zagal desdeñoso,
Duélete de mí.
Mi rabel que amores
Cantara hasta aquí,
Por tí solo en duelos
Trocado lo ví.
Tañolo ¡ay! y solo
Sólo ¡ay! sé decir;
Zagal desdeñoso,
Duélete de mí.
De mi amor testigo
Ves la fuente allí,
Do la vez primera
La alma te rendí:
No mi verdad ella
Querrá desmentir.
Zagal desdeñoso,
Duélete de mí.

Tú sol me llamabas
Una vez y mil;
Tú amor, tú alba y rosa,
Tú espejo y pensil:
Y hoy nombre de esclava
No merezco en tí;
Zagal desdeñoso,
Duélete de mí.
El amor ufano
Juzgué yo que allí
De tan dulce triunfo
Se empezó á engreir:
Y hoy pienso que el odio
Le ha vencido en lid;
Zagal desdeñoso,
Duélete de mí.

LETRILLA III.

Llévame á Zurguen
Do está quien yo quiero:
Anda acá, llévame Carretero.
De mi bien ausente
Muero en esta Aldea;
Quien no me lo crea

La llaga reciente
Sienta, que otra siente;
Y muera cual muero.
Anda acá, llévame Carretero.
 Llévame, Zagal,
Donde está mi bien;
No sea que haya quien
Me lo trate mal:
No otra dicha igual
Al verle yo quiero.
Anda acá, llévame Carretero.
 Gloria del Zurguen
Es mi Zagalejo;
Su gala y despejo,
Su hechizo y desden
Son del querer bien
Iman verdadero.
Anda acá, llévame Carretero.
 Por quien yo suspiro
Es bien mas precioso,
Que lo mas hermoso
Que en los campos miro;
Si dél me retiro,
Se pone el lucero.

Anda acá, llévame Carretero.
Su voz regalada
Al son de su lira
Un ardor inspira,
Que ofende y agrada;
De él estoy tocada,
Y huirle no quiero.
Anda acá, llévame Carretero.
Al salir la Aurora
Mi bien saldrá al prado
De aquella buscado
Que muy mas le adora:
Pues mi amor no ignora,
Que de amarle muero.
Anda acá, llévame Carretero.

LETRILLA IV.

En vano á la puerta llama,
Quien no llama al corazon.
Zagal, tus cantares deja;
No el dulce silencio alteres,
Ni te quejes á mugeres,
Que no han de escuchar tu queja:
Cesa de observar la reja,

Que rondas sin ocasion;
Que en vano á la puerta llama,
Quien no llama al corazon.
De tu voz la melodía
Por mas que agrade al oido,
Si en el alma no ha podido
Hacer igual harmonía;
Tenla por vana y vacía,
Y aun por disonante son;
Que en vano á la puerta llama,
Quien no llama al corazon.
Los oidos que estan llenos
De los ecos de otro amante,
Por gracias que tu voz cante,
Ni las aman ni echan ménos:
Al fin son ecos agenos
Del cariño y aficion;
Que en vano á la puerta llama,
Quien no llama al corazon.

LETRILLA V.

Cuando anuncia el Lucero
La nueva Aurora,
Orillitas del rio

Jacinta llora.

Ven, Jacinto, ven:
No seas desdeñoso,
Corre presuroso,
Donde está tu bien:
Al pie del Zurguen
Está quien te adora,
Que orillitas del rio
Jacinta llora.

En tí está pensando;
Pregunta por tí;
Y yo ayer la ví
Triste y suspirando:
Se, Zagal, mas blando
Con quien te enamora,
Que orillitas del rio
Jacinta llora.

De sus ojos perlas
Vierte cual luceros;
Si en hilos enteros
Llegaras á verlas,
Fino á recogerlas
Fueras á la hora,
Que orillitas del rio

Jacinta llora.
Llega á consolarla;
Que ella sin rezelo
Solo ama el consuelo
Que llegues á hablarla;
Di sin asustarla:
Salud, mi Pastora.
Que orillitas del rio
Jacinta llora.

LETRILLA VI.

¡Triste de mí que amo
Quien no me lo estima!
Que amar sin retorno
Fué la estrella mia.
Cuando á ver á Alexis
Voy de amor herida,
Curo de agradarle
Y hacerle caricias:
Y él con todo ingrato
Mi amistad esquiva;
Que amar sin retorno
Fué la estrella mia.
Los sus corderillos

Van á sal mia;
Y de mis collares
Les pongo divisas:
Y él me desconoce
Siendo su cautiva;
Que amar sin retorno
Fué la estrella mia.
A sus mansos chotos
Ató mis esquilas,
Sus cuernos ornando
Con mil clavellinas:
Y él tal vez ceñudo
Las flores les quita;
Que amar sin retorno
Fué la estrella mia.
Panales le envio,
Mi leche y natillas
En orzas labradas
Por mis manos mismas:
Y él los mis presentes
Siempre desestima;
Que amar sin retorno
Fué la estrella mia.
Jugueton su perro

Siempre me acaricia;
Rastréame, y sigue
Por valle y colina:
Y él se va á otro canto
Si en este me mira;
Que amar sin retorno
Fué la estrella mia.

LETRILLA VII.

Ni tú quitarme puedes,
Ni yo á mi rabel,
Decir, Zagal, verdades
Que sabe el Zurguen.
Cantar á la Aurora
Que alegra el Oriente,
El agua sonora
Que rie en la fuente,
La rosa luciente
Reina del vergel;
Ni tú quitarme puedes,
Ni yo á mi rabel.
Así, que el despejo,
Belleza y agrado,
De quien es espejo

El Cielo y el prado
Cantar no es vedado
A cuantos lo ven;
Que son, Zagal, verdades
Que sabe el Zurguen.

Decir que en tí vive
La vega florida,
Yerba y flor recibe,
Toma aliento y vida,
Que dejas vencida
La gala al clavel;
Ni tú privarme puedes,
Ni yo á mi rabel.

Que al baile por verte
Van muchas Pastoras,
Firmes en quererte,
Mas bellas que auroras,
Con voces sonoras
Te canto, mi bien;
Que son, Zagal, verdades
Que sabe el Zurguen.

LETRILLA VIII.

Anda, mi Zagal, anda;
Tráeme de Miranda flores,
Y un ramillo de amar amores.
Galan de mis ojos,
Si á Miranda vas,
Seis claveles rojos
De allá me traerás;
Esto y nada mas
Tu Elisa te manda.
Anda, mi Zagal, anda;
Tráeme de Miranda flores,
Y un ramillo de amar amores.
Mucho hay que entender
En esto de flores;
Pues suele escoger
Tal vez las peores,
Quien tras las mejores
Audaz se desmanda.
Anda, mi Zagal, anda;
Tráeme de Miranda flores,
Y un ramillo de amar amores.
En Miranda, dicen,

Que se aprende á amar;
Y otros lo desdicen,
Con me replicar,
Que en cualquier lugar
Amor triunfa y manda.
Anda, mi Zagal, anda;
Tráeme de Miranda flores,
Y un ramillo de amar amores.
La fuente y la flor,
El bosque y el prado,
Dicen, que de amor
Allí está tocado.
¡Y á mí no me es dado
El ir á Miranda!
Anda, mi Zagal, anda;
Tráeme de Miranda flores,
Y un ramillo de amar amores.

LETRILLA IX.

En la floresta un Pastor
Su amor á Silvia contaba;
Pero ella le preguntaba:
¿Qué pajarito es Amor?
El la dice: Silvia hermosa,

Desde el punto que te vi,
En el corazon sentí
Una flecha rigorosa:
Dicen que un niño traidor
Me la arrojó de su aljaba;
Mas ella le preguntaba:
¿Qué pajarito es Amor?

El dice: aunque por los ojos
Me ha entrado este crudo mal,
Yo jamas sentí otro tal,
Ni que me dé mas enojos:
Cuentan, que aqueste dolor
Clori á su Zagal curaba;
Mas ella le replicaba:
¿Qué pajarito es Amor?

El dice: si tú gustaras
Diérasme un remedio sano,
Tan solo con que tu mano
Al corazon me aplicaras:
Pero si usas de rigor
Verás que tu Elisio acaba;
Mas ella le importunaba:
¿Qué pajarito es Amor?

LETRILLA X.

LA ROSA DE ABRIL.

Zagalas del valle,
Que al prado venis,
A tejer guirnaldas
De rosa y jazmin,
Parad en buen hora;
Y al lado de mí
Mirad mas florida
La rosa de Abril.

Su sien coronada
De fresco alelí
Excede á la Aurora
Que empieza á reir;
Y mas si en sus ojos,
Llorando por mí,
Sus perlas asoma
La rosa de Abril.

Veis allí la fuente,
Veis el prado aqui
Do la vez primera
Sus luceros ví:

Y aunque de sus ojos
Yo el cautivo fuí,
Su dueño me llama
La rosa de Abril.
La dije : *¿ me amas ?*
Díjome ella, *sí ;*
Y porque lo crea,
Me dió abrazos mil :
El Amor de envidia
Cayó muerto allí,
Viendo cual me amaba
La rosa de Abril.
De mi rabel dulce
El eco sutil
Un tiempo escucháron
Londra y colorin :
Que nadie mas que ellos
Me oyera, entendí ;
Y oyéndome estaba
La rosa de Abril.
En mi blanda lira
Me puse á esculpir
Su hermoso retrato
De nieve y carmin ;

Pero ella me dijo:
Mira el tuyo aquí;
Y el pecho mostróme
La rosa de Abril.

El rosado aliento,
Que yo á percibir
Llegué de sus labios
Me saca de mí:
Bálsamo de Arabia,
Y olor de jazmin,
Excede en fragancia
La rosa de Abril.

El grato mirar,
El dulce reir,
Con que ella dos almas
Ha sabido unir;
No el hijo de Vénus
Ló sabe decir,
Sino aquel que goza
La rosa de Abril.

ROMANCES.

ROMANCE I.

EL RAMO DE LA MAÑANA DE SAN JUAN.

La mañana de San Juan,
Cuando á los alegres campos
A coger verbena y flores
Salen los enamorados;
Entónces, cuando el Lucero
Del alba sale bailando,
Delante la deseada
Aurora mayor del año;
Toma á bien que en tu ventana
Te ponga, Zagala, el ramo,
Ramo que en el Val de Otea
Mis niñeces cultiváron.
Tómalo á bien, mi Señora;
Recíbelo de buen grado,
La vista pon en sus hojas,
Y á la sombra de él sentaos.
Primicia de mis amores,
De tu gran belleza lauro,

Regocijo de tu calle,
De tu mirador ornato.
Si te parece va pobre
De flores y hermosos lazos,
Arrímale á tu hermosura,
Y será el mas adornado.
Tome él, como yo lo hiciera,
Los claveles de tus labios,
La azucena de tu frente,
Los jazmines de tus manos.
Entre sus hojas reciba
El rocío nacarado
De tu aliento, y la fragancia
De tu pecho soberano.
Que yo, Zagala, le juro,
Que él será rey de los Ramos,
A quien salva harán rendidos
Ruiseñores soberanos.
Los que por mi mal te adoran
Con placer le irán mirando;
Y las que no te compiten
Lo verán con sobresalto.
Y yo, Zagala, á su dicha,
Esta letra iré cantando;

Que por si no la escuchabas
Te la puse al pie del Ramo.
¡Qué florido estais!
¡Qué dicha teneis,
Ramito de flores
De mi dulce bien!
Decid á la Rosa
De tan feliz Ramo;
Es solo la hermosa
Ventura que yo amo,
Y el dulce reclamo
Del Niño Amor es.
Ramito de flores
De mi dulce bien.

ROMANCE II.

LA ENEMIGA DEL AMOR.

De la muerte y de un Pastor
Florindo vive envidioso:
Mucha tiene de la muerte;
Pero mas tiene de Mopso.
Juanita la mal hadada
De la hermosura pimpollo,

Que tanto el Zagal queria,
La muerte cerró sus ojos.
Nunca le diera los brazos;
Mas solo la fe de esposo,
Que á lograrlos, no viviera
Mortal que llegó á tal colmo.
No vistió luto el cuitado
De la doncella en abono;
Mas si es luto la tristeza
Tres años se vió en su rostro.
En los bailes del Ejido
Y en los pastoriles coros
Le pensáron por su falta,
Estar ojeado del lobo.
Como á las sombras el Alba,
Siguió á la pena del mozo
El nuevo amor de Crisalda,
Premio á su virtud bien corto
Porque como nunca viene,
Como dicen, un mal solo;
La que en un tiempo le quiso,
Le faltó mudable en otro.
Por respetos de fortuna
Casó Crisalda con Mopso:

Mopso el rico del Aldea,
Pero el mas simple de todos.
Naturaleza y fortuna
Son de la vida los polos;
Feliz el hombre que encuentra
En cualquier de ellos apoyo.
Pero á quien ámbos persiguen
Mal se llamará dichoso;
Si no ignora que es desprecio,
O sabe de amores poco.
Esto le cantó Florindo
A Crisalda junto al soto,
Donde apénas ella pudo
Desentenderse á su tono;
Pero en señal de su enfado
Torció la Zagala el rostro:
Calló el Pastor, y ausentóse
Por la selva sola solo.

ROMANCE III.

LA FIRME RESOLUCION.

Zagala hermosa del Tajo,
Lumbre de sus Pastorcillas,

Alma real, en cuerpo hermoso,
Tres veces de imperio digna.
Si sobre todos mis males
Cruel Cielo determina,
Que por corona de todos
En tu disfavor yo viva:
¿Qué culpa tendré, Señora,
Que mi corazon opriman,
Torrentes de desconsuelos,
Aguaceros de desdichas?
Si en cerco de los mis ojos
El sueño jamas se mira,
Ni muestras de bello riso
Aparece en mis mejillas;
Si soy doncel desdichado,
A quien el Cielo castiga
Como á su mayor contrario,
Léjos de toda alegría;
No armes tu rigor, Señora,
Contra aquesta alma mezquina:
Tu piedad merezca al ménos,
Pues es de tu amor indigna.
Que tambien á tí cuitada,
Perseguirán algun dia

Saetas de desconsuelos
Enarboladas de acibar.
Bien como amanece ufana
La pomposa clavelina,
Y el granizo la destroza,
O el aquilon la derriba.
No hay prosperidad durable
En esta inconstante vida
Rápido vuela el deleite,
Pesado el dolor camina.
Por último desengaño
Mi corazon solo aspira,
A elevarse en su bajeza
Sobre el telar de la envidia.
Ya el bullicio no me agrada,
Ni la hermosura me inclina,
Ni el oro me lisonjea,
Ni me vale la mentira.
Solo una alma pura y sana
Puedo decir que me hechiza;
Esta busco hasta la muerte,
Y en ella haré mi manida.
Tal me contará Lisardo
Que sois vos, Lisi divina,

Alma, do el saber se hospeda,
Pecho, do el candor se anida.
¿Y querrás que no te adore,
Y dirás que no te siga,
Cuando lo que yo en tí veo
A llanto y dolor me incita?
Opóngaseme la noche
De la ausencia de tu vista:
Opóngaseme la nube
De la pasion mas temida;
Que siempre ansiaré por tí,
Luz de mis ojos querida,
Alma real, en cuerpo hermoso,
Mil veces de imperio digna.

ROMANCE IV.

LA SALIDA DE AMARILIS AL ZURGUEN.

Venid, venid, Zagalejos,
Que al Zurguen sale Amarilis,
Si es que el Alba á media tarde
Ver alguna vez quisísteis.
Veréis triscar los corderos
Cuando á mi Pastora miren;

Y que do quiera qué vaya,
Balando por sal la siguen.
El canto veréis que esfuerzan
Alondras y colorines;
Y que nacen azucenas
Donde la sandalia imprime.
Que la senda por do pase
Olor de casia despide;
Y que si los troncos toca
Producen blancos jazmines.
Veréis como el arroyuelo
Por boca de perlas rie;
Y saltar los pececillos,
Cuando á su estanque se mire.
Salir veréis los Zagales
Con flautas y tamboriles;
Los Zagales que en prisiones
De sus rubias trenzas viven.
Tristes veréis las Pastoras,
Cuando de ellas se retire:
¿Pues qué los tiernos Zagales?
Los veréis mucho mas tristes.
Y á mi en fin veréisme ufano,
Si es que: *á Dios, Zagal,* me dice.

Empero si no me hablare
De pena veréis morirme.
Así cantó Arcadio, á tiempo
Que llegó al prado Amarilis,
Vergonzosa en ver que todas
Como á nuevo Sol la miren.

ROMANCE V.

LA FINA SATISFACCION.

Guárdete Dios, Zagaleja,
De los mis ojos Aurora,
Deidad del Zagal Arcadio,
Y de sus corderos gloria.
¡O cuan galana á mis ojos
Eres, mi dulce Pastora!
¿De do vienes tan ufana?
¿De do sales tan graciosa?
Tus ojos despiden rayos,
Vierte dulce miel tu boca,
Tu seno vence la nieve,
Tus plantas producen rosas.
¡Ay como no puede Arcadio,
Aunque asaz fino te adora,

Corresponder al amor
Con que tú muy mas le adoras!
Tus cabellos oro esparcen,
Tu frente el Alba me asoma,
Tus mejillas me dan flores,
Tus labios me dan aljofar.
¿Sabes tú cuan dulce le amas?
¿O cuan tierna le enamoras?
¿Con cuales luces le miras?
¿Con cuales gracías le arrobas?
Así dijo amante Arcadio,
En el dia de sus bodas,
A Amarilis que le escucha
Con aquel pudor de novía,
Bien sé que tu amor no pago;
Pero yo bien sé, Pastora,
Que dejaré por tus brazos
Del orbe toda la pompa.
Y así déjame, Zagala,
Que en sazon tan amorosa
Te pague cuanto me quieres
Con un beso de mi boca.

ROMANCE VI.

LA ADVERTENCIA.

Quince años tienes, Zagala;
Y aun dudo si son cumplidos:
Flor de hermosura, bien digna
De mas honesto retiro.
No ha mucho que te creia
Palomita, que del nido
Aun no sale temerosa,
Besando el materno pico.
Y ya, á cuantos ves los quieres:
Como si fuera lo mismo
Solicitar tú á los quince,
Que otras á los veinte y cinco.
La flor que á abrirse comienza,
Estima el boton nativo,
Mas que la atrevida mano,
Que la arrancó del espino.
Con las Pastoras de treinta
Que aman falaces caminos,
En la mitad de su edad
Usas de afeites fingidos.

¡Oh! guárdate, que te llevan,
A dar en un precipicio
De dulce entrada, y salida
Mas amarga que torvisco!
Encontrarás mil Pastores
En las palabras muy finos;
Mas de tan dañados pechos
Como el áspid vengativo.
Perseguiránte cual lobos
De ovejas blancas vestidos;
Hasta robarte la prenda
Que guardar no habrás sabido.
Harto te he dicho, Zagala,
Si quien te dió tan divino
Rostro, te dió entendimiento
Para estimar mis avisos.
Así á una simple Serrana
Requirió Delio al oido;
Y al ver que el rostro apartaba,
Con mas blandura la dijo:
No fies de los hombres,
Niña, no fies;
Que llorarás un tiempo
Lo que ahora ries.

La flor de tus años,
Graciosa Lisarda,
Como el oro guarda
De amantes extraños:
No de sus engaños
Tu candor confies;
Que llorarás un tiempo
Lo que ahora ries.
Tu bien va contigo,
Echale mil llaves;
Si guardarlo sabes,
Yo seré tu amigo:
Mas no á lo que digo
El rostro desvies.
Que llorarás un tiempo
Lo que ahora ries.

ROMANCE VII.

LA REPREHENSION.

Zagaleja, el ser humilde
(Te lo dice quien te quiere)
No lo imagines impropio
De tu beldad floreciente.
Con quien ignora sus daños

Deja estar las altiveces;
Porque los justos desprecios
Nacen de soberbia siempre.
Cuando mas hinchado el rio
A la sorda peña hiere,
Entónces deshecho en llanto
A besarla el pie desciende.
El ser humilde y discreta
Bien los Cielos te conceden;
Pero ser altiva y sabia,
Quien te lo haya dicho, miente.
No quieras que al vano pavo
Los ancianos te asemejen,
Ave ruda, que del suelo
Jamas alzarse merece.
El honor que dan los otros,
Vano es, Zagala, que pienses
Conseguirlo con tu orgullo,
Que ántes bien lo desmereces.
Del humo de las cabañas
A no ser altiva aprende,
Que cuanto mas alto sube
Mas presto se desvanece.
Misterio de la humildad,

Que cuando así se envilece,
Entónces empieza á alzarze
Orladas de honor las sienes.
Tal la planta que mas honda
Echar la raiz pretende,
Alza la florida copa
Corona de los vergeles.
Así que, Zagala hermosa,
Si mi consejo siguieres,
Serás querida de todos,
Bendeciránte las gentes.
Daráte la Aldea el nombre
Que tu modestia desprecie;
Y aunque se exceda en tu elogio
No temas, no, que le pese.
Así cantaba Lisardo
A los umbrales de Fenis,
Que cansada de escucharle
Como quien se agravia duerme.
Rogáranle otros Zagales
Que el cantar en vano deje;
Y él de la ingrata Pastora
Se despidió de esta suerte:
Ser Reina de la Aldea

Quieres, Zagala,
Pues ve que en ser altiva
No logras nada.
Ser rey de las flores
El girasol quiso,
Y al Sol adulando
Encumbróse altivo;
Mas ya ves, que ha sido
Su intencion frustrada :
Así que en ser altiva
No logras nada.
La rosa al contrario,
Que en un botoncillo
De espinas cercada
Amaba el retiro;
Es quien reina ha sido
Del campo nombrada :
Así que en ser altiva
No logras nada.

CANTILENAS.

CANTILENA PRIMERA.

Por esta selva umbrosa
Busqué anoche á mi amado:
Busquéle congojosa!
¡Ay triste! y no le he hallado!
Antes que el Sol dorado
Con sus rayos brillantes
Alumbre estas campañas,
Despierte los amantes;
Cercaré las cabañas
De los demas Pastores,
Buscando á mis amores
Con un ansia importuna;
Por si le esconde alguna
Zagala codiciosa
Que envidie mi fortuna.
No quedará al fin cosa
Que mi pasion zelosa
No la haya registrado,
Hasta que halle á mi Amado;
Que en esta selva umbrosa

Anoche busqué ansiosa,
¡Ay triste! y no le he hallado!

CANTILENA II.

Ya la rosada Aurora
Por el balcon de Oriente
Descubre de su frente
La vista encantadora.
De un nuevo arrebol dora
Su azul celeste manto;
Y el viso de su coche
Ahuyenta de la noche
El adormido espanto.
Hurta á la Luna el oro,
Y á los astros sus brillos;
Mil salvas le hace el coro
De pájaros sencillos.
Con blandos cefirillos
El prado en perlas cuaja
Y entolda de jazmines;
Y á abrir las flores baja
De todos los jardines.
El blando movimiento
De sus rubios candores

En luces baña el viento,
Y en bálsamo las flores.
Los dulces amadores
En llanto enterneciendo;
Y al pecho duro haciendo
Mas blando y amoroso :
Tú, Alexi, desdeñoso,
Aprende de la Aurora
Cual los otros amantes;
Y mira como llora
Aljófares brillantes
En lágrimas deshechos
De sus candidos pechos.
Mas si amas mas despojos
Ven, mírate en mis ojos,
Verásios perlas hechos.

CANTILENA III.

Ahora que suave
La Primavera hermosa
Al año abre la llave
De su cancel de rosa :
¿Qué alma no está gozosa
Y ahuyenta sus martirios

Viendo las azucenas
De aljófar y oro llenas,
Los claveles y lirios
En que el placer retoza;
Cuando la vista goza
Del tapiz mas lucido,
Y la alfombra mas rica
De cuanto multiplica
Mayo y Abril florido?
Ven, Alexis querido,
Ven, ven á la floresta;
Porque ¿qué mayor fiesta,
Ni qué mayor recreo
Hallar puede el deseo,
Que oir los ruiseñores
Cantar cabe las fuentes,
Y en campos florecientes
Coger hermosas flores?
¡O amor de mis amores!
Ven, ven al bosque ameno
De todo placer lleno;
Verás como cantamos
Debajo de sus ramos
Tan alegres cantares,

Que los duros pesares
A su pesar burlamos.

CANTILENA IV.

Un tiempo inadvertida
Seguí la caza ufana,
Al rito de Diana
En todo prevenida.
La trenza mal prendida
De un lazo sin concierto;
Un pecho y otro abierto;
Debajo de él un cinto
De bello laberinto,
Que en pertrechos brillaba:
De Corinto la aljaba
Con las saetas de oro
A la espalda colgaba
Con un ruido sonoro:
Un venablo liviano
Y una punzante flecha;
Esta en la izquierda mano,
Y aquel en la derecha;
De esta arte satisfecha,
En soledad cerrada

Al jabalí seguia,
Y al corzo noche y dia:
En este afan cebada
De jabalís y de osos,
Y varia montería,
Con los despojos via
Mi casa coronada:
Hasta que importunada
Por tus blandos suspiros
Que son de amor los tiros,
Al cabo fuí rendida,
Y mi altivez vencida;
Cuando me fué mostrado
De pena y alegría
Un no sé que mezclado
Que nunca visto habia,
Y hacer amar podia
Los mármoles y bronces.
Arrepentida entónces
Del desabrido engaño
De aquel mi afan extraño,
A Cintia le decia:
Toma desde este dia
Tu bocina, arco y cinto,

Y aljaba de Corinto;
Toma allá si te agrada
Tus lazos y tus flechas,
Que en redes mas estrechas
Estoy de Amor cazada.

CANTILENA V.

Cual suele en aire obscuro
Centella amortiguada
Rompiendo el azul muro,
Dejar de luz bañada
La bóbeda estrellada;
Y aquel que la columbra,
En su quietud sabrosa;
Le arrebata y deslumbra
La vista tenebrosa:
Tal yo la vez primera
Que ví el claro semblante
De mi adorado amante,
Turbada y pensativa
Quedé en nueva ceguera
De sus ojos cautiva.

CANTILENA VI.

Cual simple pajarillo
Que en una fuente pura
De una falsa hermosura
Le llama el reclamillo;
Acercarse sencillo,
Cuando el vuelo atajado
Entre la liga siente :
Su prision no consiente,
Y se halla mas ligado;
Hasta que ya cansado
Por mas que audaz forceja,
De vencido se deja
Quedar en la red preso :
Tal siento yo que opreso
Tengo el suelto albedrio,
Sin ver porque, sin brio;
Vencido, y aherrojado
Se encuentra sin reposo,
A un sinsabor gustoso
El corazon ligado.

CANTILENA VII.

Pára, Ruiseñor blando,
Pára tus dulces ecos,
Que de esos ramos huecos
La pompa está escuchando :
Párate, y treguas dando
A las vecinas selvas,
Hasta que á cantar vuelvas,
Serásme fiel testigo
Del disfavor, quebranto
De la amargura y llanto
Que me dejó mi amigo;
Mas no : sigue tu canto,
Pajarillo sonoro,
No prives del encanto
De tu picuelo de oro
A estas selvas y fuentes,
Que aguardan impacientes
Oir tu lengua arpada
De Reyes escuchada;
Que si Silvio mi grato
Amor, mi fe y recato
A coronar no viene;

Disculpa propia tiene
Por hombre y por ingrato.

CANTILENA VIII.

Ven, ven, Filena mia,
Que ya se pasó el dia;
Ven, ven á mi cabaña,
Que de Aquilon la saña
Mil yelos nos envia.
Ven, ven, que los Pastores
Sus hatos recogiéron,
Y á descansar se fuéron
Con sus Zagalas bellas.
Ven, ven, sigue mis huellas;
Ven, llégate á mis brazos,
Donde en sabrosos lazos
Será mi amor eterno;
Y acabará el infierno,
En que mi pecho pena
Desde Zagal muy tierno:
Si noche tan serena
Amor nos ha dispuesto,
Llega á mis brazos presto,
Llega, llega, Filena,

Llega, y cante otro el resto
De aquesta Cantilena.

CANTILENA IX.

Muchacho inadvertido
Toqué un dulce instrumento,
Cuyo agradable acento
Me cautivó el oido;
Y apénas le hube herido,
Me atrajó su harmonía
La gran beldad que adoro,
Por quien suspiro y lloro:
Cuando con melodía
Dando á las cuerdas de oro
Mis voces compañía,
De la que anuncia el dia
Canté las frescas rosas
Que esparce de su falda,
Las ráfagas hermosas
Que arroja su guirnalda,
De rojo, azul y gualda,
Los riscos esmaltando,
Y á cada flor prestando
Los vivos de su tinta

Tras esto mi voz pinta
Del Sol el señorío
Y magestad augusta,
Que no hay fanal que iguale.
Y como huyendo sale
Ante él la sombra adusta,
Medrosa de su brio.
Sobre el cristal sombrío
Su luz temblar parece,
Y á su fogoso aliento
Cuando mas lo desea
El bajo suelo humea,
Y arder se mira el viento.
Mas toda esta hermosura
Y rasgos de grandeza,
Con no sé que dulzura
Mi voz aduladora
A acomodarla empieza
A mi amante Eliodora,
Cuando ella así me dijo:
Muchachuelo prolijo,
Tu gracia lisongera
Un poco mejor fuera,
Que en ti la acomodaras,

Y no me avergonzaras.
No soy Alba, ó Lucero,
Mas te adoro y te quiero:
No soy autor del oro,
Mas te quiero y te adoro.
Y este querer sincero
Tan solo es bien que cantes;
Pues quizá en mil amantes
No lo hay tan verdàdero.

CANTILENA X.

Un Colorin hermoso
Que en torno revolaba
De un arrayan frondoso,
Donde mi amante estaba
Dormida en dulce sueño,
Luego que de mi dueño
Sintió la compañía,
Un punto no queria
Partirse de su lado;
Y así regocijado
Dulce la saludaba,
Y halagos mil la hacia.
Ya en su halda se ponia,

Ya de ella se apartaba;
A su seno volvia,
Y en su mano posaba;
Ya esforzando su acento,
Segun dulce trinaba
Parece que contaba
A mi bien su contento
No léjos de su oido:
Mas ella con el ruido
Abrió sus ojos bellos,
Y el pájaro que de ellos
La hermosa lumbre vido;
Cayó en su falda herido.

CANTILENA XI.

Sobre las frescas flores
De una alameda umbría
Mi Licori dormia,
Gustando los dulzores
Que el sueño la ofrecia.
Y yo, que en sus rigores
Estaba desvelado,
En su ausencia abrasado,
A ver mi bien corria,

Ardiendo en vivas llamas.
Cuando el son de las ramas,
Que tropezando hacia
Al sueño dan enojos;
Y ella abriendo los ojos,
Me deslumbráron luego:
Y caigo en tierra ciego,
Y aumento sus despojos.
Vuelve luego á cerrarlos:
Vuelve el sueño á gozarlos,
Y yo á recobrar vista:
Mas tanto me conturba
Amor con la evidencia
De la incierta conquista,
Que me hace amar su ausencia,
Y huir de su presencia.
Ya de ella me apartaba,
Cuando ir hácia ella veo
Una Abejuela brava,
Con airoso meneo;
Que me da zelos creo,
Y zelos muy crueles,
Cuando en los dos claveles
De sus labios reposa;

Y gusta de sus mieles
Como en purpúrea rosa.
¡O avecilla atrevida!
¡O abeja inadvertida!
Exclamo; y presurosa
De sus labios se aleja;
Llevándose robada
La miel mas delicada
Que diéron jamas flores.
Mas yo muerto de amores,
La digo: dulce abeja,
Deja de volar; deja
Tu curso acelerado:
Y si en algo te obligo,
Parte, parte conmigo
El néctar que has robado.
Así con dulce agrado
Mi dulce Pastorcilla
Te convide de nuevo
Con el sabroso cebo
De su rica mejilla:
Te deberé, avecilla,
Lo que al Amor no debo.

ANACREONTICAS.

ANACREÓNTICA I.

Siendo yo niño tierno
Iba cogiendo flores
Con otra tierna niña
Por un ameno bosque:
Cuando sobre unos mirtos
Ví al Teyo Anacreonte,
Que á Vénus le cantaba
Dulcísimas canciones.
Voyme al Viejo y le digo:
Padre, deje que toque
Ese rabel que tiene,
Que me gustan sus sones.
Paró su canto el Viejo,
Afable sonrióse;
Cogióme entre sus brazos,
Y allí mil besos dióme.
Al fin me dió su lira:
Toquéla, y desde entónces
Mi blanda Musa solo,
Solo me inspira amores.

ANACREÓNTICA II.

¿Quien es aquella Ninfa,
Que por esos jardines
Viene dando á las flores
Mil cándidos matices?
¿De púrpura vestida
Con lazos carmesíes,
Que el aire y gentileza
Del bello dueño dicen?
¿Ceñidas sus garzotas
De rosas y alelíes;
Y de Ninfas cercada,
Que obedientes la sirven?
Sin duda será Vénus,
La gran Deidad de Chipre:
Pues no, Zagal, no es ella,
Que es mi Pastora Nise.

ANACREÓNTICA III.

Al son de los rabeles
Que en estas selvas tocan
Formando alegres danzas

Zagales y Pastoras:
Echa, Batilo, vino
Y asaz llena las copas;
Brindarás tú á mi Nise,
Brindaré yo á tu Flora;
Y entrámbas coronadas
De mirtos y de rosas,
A honor de Baco bailen,
Que nos asiste ahora.
Que yo tomaré luego
Mi cítara sonora,
Y cantaré contigo
Letrillas mil graciosas.

ANACREÓNTICA IV.

Si alguna vez me veo
De tristezas cercado,
Que juntas á porfía
Me están atormentando;
Luego, luego á tus brindis
Me entrego, ¡o Padre Baco!
Y á fe que las tristezas
Huyen mas que de paso.

ANACREÓNTICA V.

Durmiendo yo á la sombra
De unas frondosas vides,
Soñé que Egon los brazos
Gozaba de mi Nise.
Yo entónces entre sueños
Incorporarme quise,
A vengar con su muerte
Mis zelos insufribles.
Pero desperté en esto;
Y al ver sola á mi Nise,
Reclinado en su seno
Volví luego á dormirme.

ANACREÓNTICA VI.

Cortó un cabello Nise
De sus doradas trenzas;
Y con él ámbas manos
Me ligaba halagüeña.
Yo me reí, creyendo
Que fácil cosa fuera
Quebrantar las lazadas

Con que amarrarme intenta.
Mas despues lloré triste,
Cuando al querer romperlas,
Aquel blando cabello
Le hallé dura cadena.

ANACREÓNTICA VII.

Corra el otro indignado
A las sangrientas lides,
Ansioso de algun triunfo
Que su nombre eternice
Que yo quieto en mi Aldea
Solo correré al brindis
De aquel licor suave,
Que á Baco dan las vides.
Licor que es muy sobrado
A hacer que el hombre triste,
En sus mayores penas,
Se aliente y regocije.

ANACREÓNTICA VIII.

Debajo de aquel árbol
De ramas bulliciosas,
Donde las auras suenan,

Donde el favonio sopla;
Donde sabrosos trinos
El ruiseñor entona,
Y entre guijuelas rie
La fuente sonorosa;
La mesa, o Nise, ponme
Sobre las frescas rosas,
Y de sabroso vino
Llena, llena la copa.
Y bebamos alegres
Brindando en sed beoda
Sin penas, sin cuidados,
Sin sustos, sin congojas;
Y deja que en la Corte,
Los grandes en buen hora,
De adulacion servidos
Con mil cuidados coman.

ANACREÓNTICA IX.

No busco de Alejandro
Los prósperos sucesos,
No envidio sus haberes
Al opulento Creso.
No á Adonis su hermosura

No á Alcides el esfuerzo,
No, no á Platon su ciencia,
No, no su lira á Orfeo.
Solo la dulce vista
De la que me ama quiero,
Que estimo en mas sus ojos
Que todo el orbe entero.

ANACREÓNTICA X.

Batilo, échame vino,
Llena el vaso, muchacho:
Mira que no le llenas,
Echale hasta colmarlo.
Echa otra vez; pues este
Lo mismo que el pasado
De un sorbo le he bebido;
Con la misma sed me hallo.
Echame otra vez, que este
Le consumí de un trago:
Que ó bien mi sed es mucha,
O me han mudado el vaso.
Otra vez echa, ¡ay cosa!
Que en el vaso que acabo,
El anterior, y el otro,

Efecto no he encontrado.
Pues echa este, otro, y otro,
Y hasta mil sin contarlos;
Porque ó mi sed es mucha,
O me han trocado el vaso.

ANACREÓNTICA XI.

Bebe, bebe, mi Nise:
Come, muchacha, come:
Porque sin Baco y Ceres
Se hielan los amores.
Llena, llena la copa
De los dulces licores
Que el alma nos alegren,
Que el seso nos trastornen.
Come, come, no ceses:
Bebe, bebe, no aflojes;
Los vinos se varíen,
Los manjares se doblen.
Bebe esta copa y otra,
Y otra, y otra, que entónces
Verás hervir tu pecho
De amorosos ardores.
Y que sin recatarse

Se unen los corazones,
Se doblan los abrazos,
Y excitan los amores.

ANACREÓNTICA XII.

Bajaba por los vientos
Un rayo despedido
De la suprema mano
De Júpiter divino.
Viólo el Amor, y al punto
Hácia él se fué atrevido;
Y entre sus tiernas manos
Airado lo deshizo,
Y al fin se volvió ufano.
Dando á entender el niño,
Que es el Amor mas fuerte
Que el fuego mas activo.

ANACREÓNTICA XIII.

Corte, corte en buen hora
El Guerrero invencible
Laureles, que en su frente
Su esfuerzo y gloria indiquen.
Y á mí, muchacho, solo

Solo córtame vides;
Y de sus frescas hojas
Mis rubias sienes ciñe.
Que esto á mi me es muy propio,
Que á Baco sirvo humidle,
Que me armo de su copa,
Y triunfo con sus brindis.

ANACREÓNTICA XIV.

¿No ves, Nise, la envidia
Murmurio y sobresaltos,
Y odios con que en la Co
Vivimos angustiados?
Pues léjos, léjos de ella
Salgámonos al campo,
Que allí vivir podemos
La dulce paz gozando.

ANACREÓNTICA XV.

Vuela, Ruiseñor blando,
Vuela, y cuéntale á Nise
Las lágrimas, que á Arcadio
Llorar por ella viste.
Dile que ovejas, flores,

Aves, fuentes y vides
De su desden murmuran,
De mi dolor se aflijen.
Dile, como en su ausencia
Solo su voz repite:
Llorad, ojos cansados,
Salid, lágrimas tristes.
Dile en fin, que se acuerde....
Pero ya nada dile;
Di solo, si gustares,
Di que espirar me viste.

ANACREÓNTICA XVI.

En tanto que fuí niño
No supe de trabajos:
Ni el pago que dar suelen
La edad y el desengaño.
Burlábame ignorante
De ver á un cuerdo anciano,
Hecho un niño en sus risas,
Con el tazon de Baco.
Mas luego que he sabido
Del mundo los engaños,
Que dan al que es mas bueno

Pesares mas amargos:
Tú, o Baco, me enseñaste
El modo de hacer gratos
Los tragos que da el mundo,
Con tus alegres tragos.
Con ellos me alborozo:
Con ellos juego y danzo:
Con ellos mis pesares
Huyen mas que de paso.
Así bebiendo alegre
Yo vuelvo á ser muchacho:
Si quiera se avergüencen
Las canas y los años.

ELISA.

IDILIOS.

IDILIO PRIMERO.

EL CLAVEL.

La madre universal de lo criado,
Que con diversas y pintadas flores
De la alma Primavera en mil colores
Adorna el verde manto, que ha bañado
Céfiro en mil olores,
Ya alzando al Cielo frescas azucenas
Nacidas al albor de la mañana;
Ya vistiendo á los troncos pompa ufana
De frescas hojas, y de frutas llenas,
De rosicler y grana,
En mi huerto produjo el mas hermoso
Pundonor del jardin, el presumido
Galan de toda flor, astro florido,
En quien se excede el año presuntuoso,
El clavel encendido.
Sus edades se pasan de hora en hora;
Corto vivir le destinó la suerte,

Y solo un sol solempnizarle advierte
En risa el Alba, en lágrimas la Aurora
Su nacimiento y muerte.
Señuelo sea de tu amante lado,
O bello airon de tu galan sombrero,
Por primicia del año placentero,
Y de un alma, que á tí te ha consagrado
Su afecto lisonjero.
Lógrese en tu beldad esclarecida:
Y pues del año fué pimpollo tierno,
Ni le dañe el calor, ni helado invierno,
Y á tu lado consiga eterna vida
En un Abril eterno.

IDILIO II.

LA AUSENCIA.

Mírote en noche del helado invierno
Botos tus cuernos, Luna amortiguada;
Y entre negros celajes ofuscada,
Muestras falto de luz el rostro tierno,
De Febo desdeñada.
Tal yo mezquina entre una niebla obscura
Quedo al desden que el ánimo me yela,

Sin luz ni gala, mi cariño vuela,
Mísero, solo, y pobre de ventura,
Y sin tu centinela.
Solo á tí he descubierto mis amores,
Solo á ti he dado cuenta de mi vida
Como á la secretaria mas querida,
Que el Cielo pudo darme en sus favores,
De que ando despedida.
Que si acaso el cruel, cuya memoria
Siempre en mi alma vivirá guardada,
Llegare aquí á sazon, que declarada
Esté ya por la muerte la victoria
De mi vida cansada;
Cuéntale con dolor mi amarga nueva:
Y por corona de mi triste suerte
Dirás ¡ay Dios! que en este paso fuerte
Muy mas su ausencia el ánima me lleva,
Que el brazo de la muerte.

IDILIO III.

LOS ZELOS.

Tu, Ruiseñor dulcísimo, cantando
Entre las ramas de esmeraldas bellas,

Ensordeces las selvas con querellas,
Su gravísimo daño lamentando
Al Cielo y las Estrellas;
Pesados vientos lleven tu gemido
En las cuevas de amor bien aceptado,
Y con pecho en tus penas lastimado
Bien es responda al canto dolorido
De tu picuelo arpado.
¿Quien te persigue? ¿quien te aflije tanto?
Si acaso es del amor la tiranía,
Consuélate con la desdicha mia,
Que advirtiendo tu mísero quebranto,
Busco tu compañía.
No me desprecies cuando te acompaño
Pensando que en dolor me aventajaras;
Pues si mis desventuras vieras claras,
Y al fin te persuadieras de mi daño,
Quizá el tuyo aliviaras.
¡Triste de mí! que en páramo apartado,
Siendo alimento á pena tan esquiva,
Hallé muerte de zelos, que derriba
El edificio amante, que hube alzado
Sobre agua fugitiva.

IDILIO IV.

DURACION DE SU AMOR.

Plátanos frescos de esta verde falda,
Sombríos sauces, cedros de olor llenos,
Que os holgais con los céfiros serenos,
Y enguirnaldais con cercos de esmeralda
Los prados siempre amenos;
Vos, en quien floreció la primavera,
Y alzais al Cielo vuestra frente grata,
Dando ornamento á la luciente plata
De los raudales de esta fiel ribera,
Y veis como os retrata;
Ya que es fuerza mi amor crezca en el suelo;
Crezca, pues, lo grabe en vuestra corteza,
Crezca mi amor, mi nombre y mi firmeza,
Miéntras os diere su favor el Cielo,
Ornándoos de belleza.
Siete años hace ya que en mi alma exenta
Con imperio unos ojos han reinado;
Y otros siete en mis venas he guardado
El fuego, el dulce fuego que alimenta
Mi pecho enamorado.

Miro mil veces su beldad sin tasa:
No porque aumento, no, mi pasion pura;
Que una vez y otra vista su hermosura,
Eternamente el corazon abrasa,
Y el fuego mortal dura.
Llama que eterna duracion alcanza,
Y al vivir del espíritu se extiende,
Ni el horror del sepulcro la comprende,
Ni del tiempo la rígida mudanza
La marchita ni ofende.

IDILIO V.

ILUSIONES DE LA TRISTEZA.

Descaminada, enferma, y peregrina
La estéril tierra piso:
Ocúltase la luz que me encamina,
Y tiemblo de improviso.
Airado el Aquilon tronca las plantas,
Silbando en las cavernas:
Suspenden sus dulcísimas gargantas
Las avecillas tiernas.
Marchítanse estos prados, cuando miran
El fuego de mis ojos;

Las florecillas de ellos se retiran;
Armándose de abrojos.
Copian mi rostro pálido las fuentes,
Y enturbian sus cristales:
Huyen de mí las fieras inclementes
Con bramidos fatales.
¿Quien les dijo mi mal? ¿Quien les dió cuenta
De mi dolor callado,
Cuando el ardor que el alma me atormenta
Decir me está vedado?
¿No te basta, cuitada, el miedo extraño
Que dentro el alma sientes,
Sin que todas las cosas en tu daño
Se muestren inclementes?
Llora, ¡ay mísera! llora, pues el llanto
Solo á tu mal conviene;
Y ni en hombres ni en fieras tu quebranto
Remedio alguno tiene.

IDILIO VI.

DELIRIOS DE LA DESCONFIANZA.

Osé y temí; y en este desvarío
Por la alta frente de un escollo pardo

Del precipicio donde no me guardo
Sigo la senda, preso el albedrio
Con pie dudoso y tardo.
Nuevo ardor me arrebata el pensamiento;
Discurro por el yermo con pie errante;
La actividad de un fuego penetrante,
Ni la inquietud que en mi interior yo siento,
Huyen de mí un instante.
Por el hondo distrito y dilatado
Del corazon en fuego enardecido
Se explayó el gran raudal de mi gemido,
Y la dulce memoria de mi amado
Hundió en eterno olvido.
Soy ruinas toda, y toda soy destrozos,
Escándalo funesto y escarmiento
A los tristes amantes, que sin tiento
Levantáron de lágrimas sus gozos,
Gozos de inútil viento.
Los que en la primavera de sus dias
Temieren el desden de sus amores,
Envidien el teson de mis dolores,
Y fuego aprendan de las ansias mias
Los finos amadores.

IDILIO VII.

LA AGITACION.

¡Ay! ¡como ya la alegre Primavera,
A su felice estado reducida,
Torna á las plantas nuevo aliento y vida,
Esmaltando de flores su ribera,
Que ántes se vió aterida!
Suelta el raudal su risa harmoniosa;
Y canta el ruiseñor con trino doble;
De púrpura se viste el clavel noble,
Y enlaza al olmo con la vid hermosa,
Y con la yedra al roble.
¡Qué de veces me vió rosada Aurora
Mustia y débil la flor de mi hermosura,
Reclinada del monte en la espesura,
Y en vela inquieta me encontró á deshora
Llorando mi ventura!
Cae del Cielo la noche tenebrosa;
Cubren sus alas negras todo el suelo:
Mi dolor se acrecienta y desconsuelo,
Y paz el blando sueño da engañosa
A mi triste rezelo.

Que despierto asustada : y mi cuidado
Me lleva á yerma orilla de ancho rio :
Vuelvo en vano á dormir, y desconfio
De poder encontrar puente ni vado
Al triste curso mio.

Triste de mí que sigo temerosa
La luz escasa de funesto fuego,
Que el poder de mis ojos deja ciego,
Y émula de la incauta mariposa,
A su volcan me entrego.

IDILIO VIII.

EL DESFALLECIMIENTO.

Delicioso vergel, fuente risueña,
Espumoso raudal que al prado esmalta,
Y de la peña que miró mas alta
Al cóncavo enyedrado de otra peña
Lleno de aljófar salta.

En este soto un tiempo entretenido
La flor mi breve pie pisó contento:
Ví aqui mas verde juncia, allí mas viento,
Acá hallé fresco, allá un balcon florido,
De mi delicia asiento.

Pues ya del Sol la luz que al mundo alegra
Huye á mis ojos que aman el retiro;
Y ciega del humor con que suspiro,
Y triste y sola entre una nube negra
La fiera parca miro;

Cielos, ¿á cual deidad tengo agraviada,
Que en medio de mi dulce primavera
En tan nuevo rigor quiere que muera,
Y que ántes de gozarla, parca airada
Corte mi flor primera?

Del seno obscuro de la tierra helada
Llamarme con terribles voces siento:
Tristes sombras cruzar ví por el viento,
Y que me llaman todas de pasada
Con lamentable acento.

No me aterra la muerte, ni rehuso
El dejar de vivir de edad florida,
Ni he esquivado la muerte tan temida,
Que amaneció con mi vivir confuso
De mi cuidado asida.

Siento haber de dejar deshabitado
Cuerpo que amante espíritu ha ceñido,
Y yermo un corazon que tuyo ha sido,

Donde todo el amor reinó hospedado,
Y su imperio ha extendido.
No el morir siento, ay Dios! siento el dejarte:
¿Qué mayor muerte quieres que perderte?
Si me era paraiso y gloria el verte;
¿Qué gozaré, dejando de gozarte,
Sino perpetua muerte!

EGLOGAS.

ÉGLOGA PRIMERA

EN ALABANZA

DE LA VIDA DEL CAMPO.

DELIO, SILVIO, ALEXIS.

POETA.

Canto con voz suave
Del Tórmes dos galanes Pastorcillos:
Y aquel contender grave,
Que hubiéron al vergel de los tomillos:
Holgándome de oillos;
Que tan dulces primores
Jamas pensé de rústicos Pastores.
Luisa sin par graciosa,
Del gran blazon de Asturias ornamento,
De España lumbre hermosa,
Que envidia el estrellado firmamento;
Si alguna vez contento
Te dió el ameno prado
Con la luz de tus ojos hermoseado:

O si te place ahora
Ser de sus dulces musas norte y guia,
Presta oido, Señora,
Al tierno son de la zampoña mia:
Que aunque ronca solia
Sonar, si hoy la escuchares
Vientos enfrenará, calmará mares.
Al tiempo que hacen salva
Los tiernos ruiseñores dulcemente
Al que en brazos del Alba
Se levanta del tálamo de oriente;
Y sacando la frente
Bañada de esplendores
Nos da luz, cuaja perlas, abre flores;
De su chozo salia
Delio Pastor de Tórmes regalado:
Delio, por la harmonía
De su sin par zampoña, celebrado;
Guiando su ganado
Por la mas fértil vega
Que el Tiber Español fecunda, y riega.
Y el buen Zagal, que estaba
El cielo, y suelo hermosos contemplando,
Sacó el rabel, que daba

Alegría á las granjas con son blando:
Al cual acompañando
Voz del alma salida,
Así cantaba á la estacion florida.

DELIO.

Deja en buen hora, primavera alegre,
Deja de Cipro, deja los Jardines;
Y á los confines de la Madre Iberia
Súbito vente.
Ven, ninfa hermosa: y por la verde alfombra
De nuestros valles, siembra á manos llenas,
Siembra azucenas blancas, rojas flores,
Cárdenos lirios.
Tambien Favonio, de benigno aliento
Para bien nuestro dulce á silbar vuelvas;
Y de estas selvas vistas los erguidos
Alamos tiernos.
Tu frente bella de esperanza verde
Inmensa madre, muestra coronada
Del Cielo ornada con tan regalados
Fértiles dones.
En vuestras cimas amarillos montes
Benigna hiera la Apolinea lumbre;

De cuya cumbre leche y miel destile
Liquida vena.
Por bellos caños de variado jaspe
Viertas, o fuente, perlas orientales;
Y en tus cristales los sedientos pechos
Néctares beban.
Cantad ufanos pajarillos blandos:
Henchid la selva de amoroso acento:
Y el vago viento vuestros picos, y alas
Rápidos corten.
Saltad alegres corderillos mios;
Corred jugando tras las madres blancas;
Y sin carlancas sueltos mis mastines
Júbilo muestren.
Vuestros contentos por los verdes llanos
Mostrad tañendo, dulces Pastorcillos,
Los caramillos con que dais al bosque
Música alegre.
Deja tus urnas regalado Tórmes;
Y á ver el dia sal del agua afuera;
Y en tu ribera discantando mira
Cándidos cisnes.
Tambien vosotros, amorosos Faunos,
Bellas Napeas, coro de Amadrias;

Y hermosas Drias, celebrad aquesta
Selva florida.

Vengan pues, vengan las divinas gracias
Al gozo ameno de la amiga selva:
Todo se vuelva dulcedumbre, y todo
Júbilo sea.

Quien quiera siga, siga las pisadas
De los que ¡o Mundo! en grillos de oro pones;
Míseros dones, con que los adulas;
Míseros lazos.

Y tú que un tiempo el desengaño viste,
Libre tu dueño, libre el son levanta:
Y alegre canta al inocente campo
Cítara mia.

SILVIO.

Dime querido Alexis, así goces
Del amor de tu dulce Galatea,
¿Quien hinche el valle de sonoras voces?

ALEXIS.

Yo, mi Silvio, no sé cual Pastor sea:
Tan solo sé que Delio nuestro amigo
Conduce su ganado junto á Otea.

SILVIO.

De eso puedo yo ser mejor testigo;
Que á mi Padre sirvió: mas el que canta
Si es él ú otro Zagal, solo te digo.

ALEXIS.

Un poco mas los pasos adelanta:
Y al cuento le verás de esa pradera;
Pues has por conocerle prisa tanta.

SILVIO.

Yo me holgaria, sí, que Delio fuera;
Pues con su ingenio, y tono regalado
Quizá algun placer al alma diera.
Que este Pastor, cual Padre de mi amado,
Aunque en la grande Mantua no hace asiento,
Ni en las doctas Atenas se ha versado,
No es Pastor, no, de ocioso pensamiento;
Que ántes goza de fértil fantasía,
Con una luz de raro entendimiento.
Que allá en mis hatos yo estudiar le via
De cielo, y tierra las disposiciones,
Y hazañas de la Hispana Monarquía:
Desde el polar crucero á los Triones

(Cual si el Pastor allá se hubiera hallado)
Noticia da de todas las naciones.

ALEXIS.

Pues yo te apostaria de contado
El manso mas gentil de mis ovejas,
A que no es otro el que hemos escuchado.
¿No te suena su voz en las orejas?
¿De su rabel no escuchas el sonido?
En vano en conocerle mas te aquejas.

SILVIO.

No en vano para mí, que es muy debido
Que yo le busque, y mi pasion le cuente;
Que al fin le quiero como me ha querido.
Mas hételo á la orilla de la fuente:
¡Ay Dios! cuanto me alegró de encontrallo
Por pasar esta aurora alegremente.

DELIO.

Amado Silvio, lustre de este valle,
Jóven Narciso de este bosque, y rio,
En hora buena mi cariño te halle.
El Cielo guarde ese ademan, y brio:

Y como creces en edad florida,
Así dilates tu amplio poderío.

SILVIO.

Gozar quisiera descansada vida:
Mas cual le place á mi contraria estrella,
Cada vez me será mas desabrida.

DELIO.

Vemos Zagal tu primavera bella,
Don celestial de mil venturas lleno,
Y tu beldad que á todo el campo sella
Date la comun madre de su seno
Sin repugnancia frutos, y años tales,
Cuales á nadie en este campo ameno.
Bien querido de nuestros mayorales,
Tal vez de mil Pastoras codiciado,
Y envidiado tal vez de mil Zagales;
Y con todo pretexto has encontrado
Que de tu ser feliz haga olvidarte,
Para ser con los míseros contado.

SILVIO.

Escusado es, mi Delio, ya contarte
Agravios de que no puedo guarirme

Ni lo podré alcanzar por fuerza, ú arte.
Intentáron los hados destruirme:
Y por mas que á sus crudos golpes arme
El corazon, no puedo resistirme.
Así que estoy resuelto de ausentarme
De esta heredad á Mantua la famosa;
En donde espero de este mal librarme.
Jamas con pena el ánimo reposa:
Y pues fortuna dices me da el Cielo,
Probar quiero hasta donde es poderosa;
Porque yo al fin no tengo por buen zelo
El que mostramos á esta choza, y prado,
Sin ver otro jamas que aqueste suelo.

DELIO.

¡Ay Silvio, cuanto vives engañado!
Y cuan cierto es aquel proverbio viejo,
Que nadie está contento con su estado.
Mas porque anticipado el buen consejo
Tal vez al hombre suele ser amargo,
Y odio, y cautela trae consigo anejo;
Yo te ruego, Zagal, nos hagas cargo
De la ocasion, que asi vino á mudarte.

SILVIO.

Oid; que yo os prometo no ser largo.

DELIO.

Preparados estamos á escucharte.

SILVIO.

Ya veo que os espanta
Mi interior guerra, y mis discursos raros;
Y que hay justa razon para admiraros,
Con lo que mi voz canta;
Que sobre mi experiencia se adelanta:
Siéndome desabrida
La suerte, que parece que abrazáron
Mil sabios, que las selvas celebráron
Con voz dulce, y subida,
Llamándola apacible, y dulce vida.
Pláceme, que este suelo,
Y montes coronados de lentiscos,
Y la estrañeza de estos altos riscos,
Y despejado cielo
Den bastante ocasion al Dios de Delo.
Pero negar no debo,
Que estando de las ciencias tan remoto,

Tiene al ingenio enrudecido, y roto,
Sin que cosa de nuevo
De un dia en otro muestre el mismo Febo.
Porque, ¿cual noble idea
De la maquina hará del universo,
Mas admirable cuanto mas diverso,
Aquel que jamas vea
Mas que los breves chozos de la aldea?
Que al fin cosa es pesada,
Ver cual pasamos los prolijos dias
En estas solitarias alquerías;
Sin que esta vida en nada,
Cual de Pluton el reino, sea variada.
Si el bosque reverdece
El azul lirio, y los claveles rojos,
Aunque tal vez deleitan á los ojos;
Triste al cabo se ofrece
Por la gran soledad, con que aparece.
Y una vez observada
La amenidad de selvas, fuentes, prados;
El repetir fastidia sus cuidados:
Y queda de sobrada
La atencion mas vivaz desconsolada.
Si mi juicio desdeñas,

¿Qué sacas, di, de oir las bulliciosas
Aguas correr, ó respirar las rosas;
Si responden las peñas;
O si el árbol parece que hace señas?
¿Qué en notar se adelanta
La variedad, que ves en brutos tardos,
Ligeras aves, rápidos bastardos,
Diversidad, que espanta,
O qué puede alegrar fiereza tanta?
Pues la aldeana gente
Corta es de ingenio, y llena de rudeza:
Y placer poco causa á la grandeza
De un ánimo valiente,
Que estrechez tan oculta no consiente.
¿Cual razon no se enturbia
Sin salir de otro asunto, ni palabras,
Que huertos cultivar, ordeñar cabras,
Si crece el ren, ó alubia,
Si el ábrego promete viento, ó lluvia?
Si alguno en la contienda
Pastoral ganó un premio sabiamente,
La soledad del sitio no consiente,
Que su virtud se extienda;
Ni que otro, que los rústicos lo entienda.

Si otro osa divertirse
Seguirá solo àl áspera Diana,
Cruel hallando alguna traza insana
De la que perseguirse,
O perseguir á otro ha de seguirse,
Y cuando esto no sea
Abundar en sospechas, y malicias
Contra el pastor, que sigue las caricias
De zagala no fea,
Siendo por ello el cuento de la Aldea.
Así, bien que esta vida
En la mayor bajeza abandonada
Fuese de muchos doctos celebrada;
Quizá no fué seguida,
Ni con un querer libre apetecida.
¿Y quien dirá, que ménos
Que entre estos rudos, y agrios materiales
Pueden brillar las lumbres naturales
En los pueblos amenos
De gentes, de artes, y de ciencias llenos?
Cual Dalmiro decia
Aquel, que siendo jóven fué á la guerra
De Portugal; las Cortes vió, y la tierra
En donde empieza el dia;

Y que portentos de ella referia.
Expuso la destreza,
Con que á Naturaleza vence el Arte:
El órden, con que todo se reparte;
La gala, y la fineza,
Novedad grata, y célebre grandeza.
Por esto al gran Carpento,
Cual te dije, pasar me determino;
Donde ver cosas grandes imagino;
Que por mas que esté atento,
Jamas las alcanzó nuestro talento.

DELIO.

Bien veo noble Silvio, que has querido
Con tu voz, y talento sin iguales
Dar pruebas de tu ingenio florecido,
Y mostrarnos, Zagal, cuan bien te vales
De la enseñanza, que en tus tiernos años
Te dió el mejor de nuestros mayorales.
Mas la falta de edad, y desengaños
Tras de tu ardor te lleva, y arrebata
A padecer al fin duros engaños.
Y así en no desengañarte fuera ingrata

Este dia mi voz; que en lo propuesto
Contradecirte en modo humilde trata.

SILVIO.

Pues muévela, que á oirte estoy dispuesto:
Demas que sin su luz encaminado,
Nunca pensara de partir tan presto;
Nunca dejara tu amistad, y lado.

DELIO.

¡O tres, y cuatro veces bien hadado
El primitivo siglo delicioso;
Que de otro no envidioso,
A ser llegó de todos envidiado:
Cuando el supremo artífice del cielo
Bendijo el suelo;
Do verdad Santa
Selló su planta;
Todo era hartura,
Todo dulzura;
Y el hombre ufano un libre ser gozaba,
Amando solò al dueño que admiraba!
Amable sencillez, que los humanos
Ignorantes del bien que poseyéron,

Por su culpa perdiéron
Con su maldad, y pensamientos vanos;
¿Adonde, Zagal, piensas que se ha huido
Léjos del ruido
De los tiranos,
Que nada humanos,
Ciegos, é injustos
Huyen sus gustos?
¿A do, si no es á nuestras heredades
Con quien hizo perpetuas amistades?
Puerto tranquilo, sosegado suelo,
Donde del mar del Mundo el bajel roto
Huyendo el alboroto
Encuentra el alma Celestial consuelo:
¡Cuantos ya de tus árboles frondòsos
Los dolorosos
Tristes vestidos,
Humedecidos,
Que dél libráron,
Ledos colgáron!
De aquí mirando, como de atalaya,
Los que ahogados el mar lanza en su playa.
Dichoso, el que de aquí no ve los techos,
Y patios de magníficos Señores,

Torneados corredores;
A emulacion de agena pompa hechos:
Goza, sí, de mas plácida morada
En sosegada
Fresca alameda;
Que vid enreda
Por prado ameno
De flores lleno:
Que el rayo al mas gentil torreon derroca;
Y al débil heno su poder no toca.
No del Pastor los ojos se dirigen,
A adorar oro, plata, y falsas piedras;
Que con agenas medras
Sobre el polvo en los pórfidos erigen:
Pero contempla en matizado suelo
Al raso Cielo
Luces mas bellas
De astros, y estrellas,
Que hacen notoria
De Dios la gloria;
Pues solamente el Cielo, y no el palacio
Llenar puede del alma el ancho espacio.
Al Rey no culpa con orgullo vano:
Ni su gobierno, ó ley mudar quisiera;

Cual si Dios tuviera
El corazon del Rey siempre en su mano:
Que ántes le alaba con afecto puro;
Porque seguro
Le ha conservado
Su haber, y prado;
Y á tardos bueyes
Solo da leyes:
Que el que á sí propio no se ha gobernado
Mal podrá dirigir ageno estado.

Contento el Pastor vive con su suerte
Sin mayorazgos de avarientos padres;
Que de ellos, y sus madres
Por gozarlos se alegren en la muerte:
Pues dende la bajeza de su estado
Nunca ha pensado;
Ni se asegura
Mayor ventura,
Que la que hoy tiene,
Y le conviene;
Cuando ver á su Padre es el contento
Mayor del que al trabajo vive atento.

Jamas nadie le vió, que á hierro duro,
Sus senos rompa á la primera madre;

Ni sus venas taladre,
Osando despojar su claustro obscuro:
Antes en su vergel solo apetece
Lo que le ofrece
Abierto el pecho;
Y es de provecho,
Para la vida
Bien bastecida:
Que la tierra tal vez solo ha temblado
Del que avaro sus senos ha robado.

No sufre al ambicioso, que contento
Presumió en un mortal fijar su suerte;
En cuya incierta muerte
Se desvanece su alto pensamiento:
Antes aquí mas bien Naturaleza
Le dió llaneza,
Y honra iguales
A otros Zagales
Con firme suerte
Hasta la muerte;
Que junto á la ambicion en cosa alguna
Jamas juró estar firme la fortuna.

Ni se goza el pastor desvanecido
Con blason heredado; ni presume

Por ageno perfume,
Tal vez dado á quien no lo ha merecido.
Empero á la quietud del alma atento
Le da contento
Su fantasía;
Que es la que guia
Sus opiniones,
Dichos, y acciones:
Que el cuerdo solo á presumir se atreve
De obrar lo que le es propio, y lo que debe.
No va sin lucimiento sometido
Al mando del Señor, que el mundo encumbra;
Y su virtud deslumbra,
Y aja su libertad desvanecido:
Sino libre en las juntas de pastores,
Goza favores;
No le desprecia
Soberbia necia;
Y es atendido
Con grato oido:
Que en la noche mejor la estrella luce
Que á par del Sol, que su esplendor desluce.
Ni, como el vano, oido da engañado
A la música, y voz de aduladores;

Aparentes loores,
Que si lo mira no le dan de grado:
Mas entre tanto que sus cabras pacen,
Libres le hacen
Las avecillas
Mil maravillas
Con un sonido
Grato al oido:
Que aquello el hombre mas siempre apetece
Que con un querer libre se le ofrece.
Al ganadero su vianda, y plato
Jamas agena mano le dispone;
Donde ponzoña pone
Algun traidor, ó servicial ingrato;
Mas estos huertos de maduro fruto
Le dan tributo
Con las tempranas
Legumbres sanas;
Y trasparentes
Aguas las fuentes:
Que jamas daño encubre la corteza
De lo que al hombre dió Naturaleza.
Jamas el hombre aquí la voz atiende
Del que afectó ridícula cultura;

Cuya habla al fin obscura
Ser alabada sin razon pretende;
Mas si en su pastoril, y alegre bando
Verdad amando
Su amar declara
Con lengua clara,
Zagal sencillo,
Gozo es oillo:
Que no es loable lo que no se entiende;
Solo amando el mortal lo que comprende.

Ni la pastora á la naturaleza
Osó mentir con cauteloso afeite;
Ni hizo usura al deleite,
Usurpando á las flores la belleza:
Antes mostró con naturales dones
Propias facciones,
Faz limpia, y pura,
Simple blancura,
Donaire bello,
Suelto cabello;
Pues que la gentileza mas preciada
Solo es gentil, si simplemente agrada.

En fin, pastor, si es la virtud hermosa;
Y ella sola corona de la vida;

Y en el Orbe no hay cosa,
Que con tan soberano bien se mida;
En esta soledad, en este prado
La han encontrado
Las almas puras;
Que á sus dulzuras
Se alimentáron,
Hasta que halláron
Seguro paso á aquel eterno dia,
Donde esta hermosa luz sus almas guia.
O silvestre mansion, o patrio nido,
Tú solo eres en medio de los males,
Que pasan los mortales,
Consuelo dulce al ánimo afligido.
Dichosa sencillez de Dios querida,
Paciente vida,
Mansion preclara,
Libertad cara,
Tranquilo puerto,
Seguro cierto
¡ O, ampárame, o recíbeme en tus brazos
Libre del mundo, y sus astutos lazos!

SILVIO.

Los tuyos, buen Zagal, los tuyos tiernos,
No el Consejo, tus brazos solo pido:
Serán de nuestro amor nudos eternos,
Que nunca el sueño al que veló afligido
Tan dulce al alba fué; ni tan preciada
La fuente al que de sed se halló rendido;
Cual para mí tu celebre tonada:
Y yo por ella, y tu cariño blando
Me apartaré de mi intencion pasada.
Y pues siempre hemos visto que cantando
Halla el mortal alivio de sus males;
Id, os ruego, algun tono concertando
Del campo, sí, del campo, mis Zagales,
Ambos cantad en alternado coro;
Pues sois en letra, y tono sin iguales.

ALEXIS.

Pues ea, ántes que el sol sus rayos de oro
Ascienda á la mitad del firmamento;
Alexis, templa tu rabel sonoro:
Que embebecido en pos de nuestro acento,
Cual tiene de costumbre irá el ganado.

DELIO.

Contento soy; da tú la voz al viento:
Que á responderte estoy aparejado.

ALEXIS.

Sabroso campo mio,
Vida feliz, alegre, y descansada,
Arboles, fuente, y rio,
Do mora la verdad, y es apreciada;
Tríste del que carece
Del dulce bien, que el cielo aquí le ofrece!

DELIO.

Desapacible vida
Para mí donde faltan las verdades;
La inocencia es vendida,
Engaños hay, falacias y maldades;
Feliz aquel se cuente,
Que escapó de tratar tan doble gente.

ALEXIS.

Dulces son los albores
De Febo al que en la noche erró el camino:
A la abeja las flores;

Y al ánade el arroyo cristalino;
Pero á mi mas gustosa
Me es la vida del campo deliciosa.

DELIO.

Duro es el viento airado,
Que los pinos trastorna en las montañas;
El ladron no esperado,
Y el turbion que destroza las cabañas;
Mas para mí es mas duro
El orgullo, que encierra un alto muro.

ALEXIS.

No á la agua placentera
Así corre el corcillo fatigado;
Ni la blanca cordera
A su Pastor, que pan con sal le ha dado;
Cual mi Lisi prendada
De la vida del campo á mi majada.

DELIO.

Nunca rehuye tanto
Paloma al alcotan, que la ha seguido;
Ni el áspid al encanto
Del mago adulador tapa el oido,

Cuanto mi Zagaleja
Del tumulto civil huye, y se aleja.

ALEXIS.

Ameme mi Pastora
Sobre los Zagalejos mas galanes;
Salúdeme á la Aurora,
Y enguirnalde mi manso de arrayanes;
Que todo lo habré en nada,
Si del valle el placer la desagrada.

DELIO.

Si le place, desprecio
Muéstreme Fili ingrata á mis amores;
Préndase del mas necio,
Corónele de rosas y favores;
Con tal que no la vea
Que á ver los ciudadanos ir desea.

ALEXIS.

Al Mayo la flor ama,
La tórtola al verano, al Sol el dia,
Los novillos la grama,
Y el verde campo la Pastora mia,
Pues amen nuestros prados

El Sol, las flores, tórtola y ganados.

DELIO.

No quiere el pez ambiente,
El gamo al mar, ni oveja al lobo insano,
Ni el ave á la serpiente,
Ni mi Fili al estruendo ciudadano;
Pues la ciudad no quiera,
Ni ave, ni pez, ni gamo, ni cordera.

POETA.

Estas dulces canciones
Los dos tiernos Zagales repitiendo,
Iban sus corazones
En el amor del campo enardeciendo;
Cuya harmonía oyendo
El coro de las aves,
Correspondió con músicas suaves.
Cuando Febo explayando
Iba su luz de la mitad del Cielo,
Las sombras acortando
Las altas hayas al florido suelo;
Así que sin rezelo
Se entran en la espesura,
A gozar de su placida frescura.

ÉGLOGA II.

LICIDA, MONTANO, POETA.

POETA.

Yace un bosque del mundo mas loado
Sobre el de Chipre de beldad extraña;
Que el Padre Tajo cerca recostado
De verde y oro sobre juncia y caña :
Donde con urnas de cristal sagrado
Riega el sitio mejor de la alta España;
Mansion dando en la fértil primavera
Al Rey de cuanto el sol mira en su esfera.
Crece el fresco plantel sobre la playa
A su frescura y amistad dispuesto;
Del quebrado cristal florida raya,
De la delicia humana alegre puesto :
Donde Vertuno su riqueza esplaya;
Y el regalo mayor deja traspuesto;
Sembrando por sus cuadros y labores
A medida del gusto sus primores.
Cuando entre estos pensiles placenteros

Se encontráron el Licida y Montano;
Montano el mas gentil de los vaqueros,
Y Licida Pastor tierno y lozano :
De laureles coronados sus sombreros,
Y cada cual gaban de piel galano :
Ambos del Aranjuez, ámbos Zagales;
Y en contender cantando sin iguales.

LICIDA.

Salud tengas; salud Montano mio;
Y el Cielo multiplique tu vacada :
Parte tengas del alba en el rocio;
Miel te de el alcornoque regalada :
Las nubes te hagan sombra en el estio;
Y en tus dehesas no cuajen las heladas :
Y halles siempre en el campo tal contento,
Como yo ahora en encontrarte siento.

MONTANO.

Goces tambien, Pastor, tu edad lozana,
Y guarde Dios del lobo tus corderas :
Como nieve tus mansos te den lana :
Perdone el año esteril tus praderas :
Cojas en la aridez fruta temprana;

Y aromas ricos broten tus laderas :
Y tan grata, y feliz pases la vida,
Cual para mí lo ha sido tu venida.

LICIDA.

Tú, libre de pasion entre estas ramas,
Zagal, te gozas de hayas y laureles;
Viendo la yedra fiel, viendo las gramas,
Que enlazan con primor estos vergeles:
Y te place gozar en frescas camas
Matizadas de lirios y claveles;
Tal vez movido de la vid frondosa,
Que sobre escaños de jazmin reposa.
¿Pero como tan tarde en este asiento?....
¿El ver te ha detenido la guirnalda
De árboles tantos, que sacude el viento
Jugando con sus hojas de esmeralda?
¿O te embelesa aquí el mirar atento
De rosicler de azul, de verde y gualda
Los variados esmaltes, que la Aurora
En prados, fuentes, y árboles colora?

MONTANO.

En este sitio de sin par belleza,
Y en sumo grado ameno y delicioso,

Tanto que mi atencion lleva á la alteza
De un no sé que divino y venturoso:
Que cierto aquí extremó naturaleza
Todo lo mas suave, y mas hermoso,
Que mueve á contemplarla, como Elpino
Nos muestra con su ingenio peregrino.

Elpino, aquel pastor que de las cosas
Me enseña los principios que investiga,
Diciendo, que en las selvas silenciosas
Cuanto hay, saber podemos sin fatiga;
Con él paso las horas mas gustosas
Porque el deseo de saber me obliga
A amar con él del campo el ejercicio
Sobre el popular tráfago, y bullicio.

LICIDA.

¿Pues qué tanta instruccion el verde prado
Nos dará como Elpino te protesta?
¿Qué observacion, qué estudio, qué cuidado
En esta soledad te manifiesta?
¡O amigo, qué al reves que lo han pensado!
Y ántes de dar á tu razon respuesta
Por diversion contarte quiero un cuento.

MONTANO.

Empiézalo, que á oirte estoy atento.

LICIDA.

Mas he la cueva aquí, mira Montano
Donde decir he oido que dormido
Hallando los pastores un Silvano,
Caida su guirnalda, y muy tendido
Con ella le asen una y otra mano;
Forzándole á cantar un ofrecido
Cuento, que te diré si acaso ignoras,
La frente y sien pintándole con moras.
Y él riendo la burla, les decia:
¿Por qué me atais? ya entiendo vuestro juego:
Yo os cantaré la dulce cancion mia;
Soltad, pues, satisfago vuestro ruego:
Soltad, niños, en fin les añadia,
Que esa hermosa otra paga tendrá luego:
Y asiendo presto de un rabel sonoro,
Con diestro pulso hirió las cuerdas de oro.
Comienza, y á saltar faunos y fieras
Empiezan al iman de su harmonía;
A su compas moviéndose ligeras
Las altas ramas de la selva umbría.

Nunca Febo, y sus dulces compañeras,
Hácia el Parnaso colman de alegría;
Ni el Ismaro jamas admiró tanto
Del sacro Orfeo el resonante canto.
Cantó como los árboles un dia,
Mirándose sin Rey que los mandara,
Y que del campo la ancha monarquía
Jamas se vió sin cetro, ni tiara,
Un justo Rey á súplica pedia:
Quien movido á su ruego, les declara,
Que les deja á las plantas en su mano
El nombrar, y elegir su Soberano.
Con tan nueva ocasion no queda planta
Que no lo trate en popular corrillo,
Desde el Cipres, que al Cielo se levanta,
Hasta el mas bajo, y mas rapaz Tomillo:
Tan grande era el deseo, el ansia tanta
De ver entre ellas un capaz caudillo
Rey, que en rienda de oro lo guiase,
Y en equidad sus causas sentenciase.
Cantó, que al Moral, dicen, que reciba
Por cuerdo el mando, y él no lo consiente:
Pues á su remision contemplativa
Le es estorbo el cuidar de tanta gente:

Van á buscar la Vid ménos esquiva,
Y ella al ver de sus pampanos pendiente
El licor que á los hombres alegraba,
Dijo, que mas que al mando lo apreciaba.
Eligen al Limon como discreto,
Y él en su bello fruto embelesado
Del grave cargo, dijo, que respecto
Ser tan medicinal, se halla escusado.
Nombráron al Cipres, por ser sugeto
Sobre las altas cimas ya elevado,
Y él por lo solitario, y penitente,
Dice, que el grave cargo no consiente.
Nombran por Rey la oliva consagrada,
Quien amando su paz, por exceso
Tuvo la aceptacion, pues ocupada
Se hallaba en liquidar su licor grueso.
Van á buscar la Mies, quien humillada
Confesó su flaqueza al grave peso,
Y es, que apreciaba mas que todo nombre
Darle el sustento principal al hombre.
La Higuera, que doblado fruto coge,
Por él el ofrecido cargo arrima:
Y á cualquier persuasion el hombro encoge,
Que mas aprecia su cosecha opima.

Al vano Cardo en fin el vulgo escoge,
Y como el necio siempre en mas se estima,
Arrogante se encarga, y ambicioso,
Del seco mando estéril, y espinoso.

MONTANO.

Jamas oí tan plácida conseja,
Ni que mas mereciese aplausos tantos,
Ni que muestre mejor al que se aleja
De las cargas del mundo y sus quebrantos,
Que es mucho mas feliz quien mas las deja.
Ulises sordo siendo á los encantos
Del vulgo, que á los vanos acomete,
Y vez ninguna da lo que promete.

Pero volviendo á nuestro agreste bando,
¿No ves como á los Cielos dan mil parias
En muestra de su júbilo, ordenando
Distintos juegos, diversiones varias?
Y cual con secos mirtos aumentando
De trecho en trecho van las luminarias:
Y atiende bien, Zagal, como sus fuegos
A los del firmamento dejan ciegos.

LICIDA.

¿Pues tú no miras las Serranas bellas,

Como cogiendo en sus honestas faldas
Mil rosas que envidiáron las estrellas,
Tejen en cerco en forma de guirnaldas;
Y coronando sus cabellos de ellas,
Libres ondean sobre sus espaldas,
Donde cantaba Egon, que amor travieso
Revolando mil veces quedó preso?

¿Ves que al árbol los jóvenes trepando
Dan mil naranjas á su bien querido?
¿Y que otros dulces tórtolas buscando
A sus pastoras dan el preso nido?
Las que castañas de meollo blando,
Con amor de su mano han recibido,
Gustando cual abeja entre las rosas
El dulce queso, y natas olorosas.

MONTANO.

Ya he visto que á los vientos han lanzado
Varas que le han vencido en ligereza,
Y otros corriendo por el verde prado
Volar á un premio no pequeña pieza,
Y otros que en contender de amor han dado
En mil versos luciendo su destreza;
Y en fin seguir alegres cada uno
El juego á su placer mas oportuno.

¿Pero qué corazon placer no siente,
Viendo sobresalir en aquel bando
Las pastorcillas, que graciosamente
En torno andan bellísimas triscando?
Su inocente candor, su faz luciente,
Su sencillo ademan, su pecho blando,
¿Qué libertad no roba, á qué contento
No eleva del pastor el pensamiento?

LICIDA.

Mas mira tú las aves amorosas
Entre las verdes ramas asomadas:
Y las auras, que vimos bulliciosas,
Cada vez las verás mas sosegadas:
Sin duda de las voces sonorosas,
Que en sus dulces zampoñas alternadas
Los zagalejos vienen entonando,
Al dueño de estas selvas alegrando.

MONTANO.

Sí, Pastor, dices bien: lleguemos breve,
Que de nuevo cantar han prevenido;
Y el gentil Tirsis que á vencer se atreve
Aquel pastor de Vénus tan querido,
Y Cintia que en candor pasa á la nieve,

Bella cual cuentas de la hermosa Dido:
Cada cual templa ya su dulce avena
Miéntras la danza pastoril se ordena.
¿Ves cual quitan los jóvenes del brazo
Las bandas que zagalas van cogiendo
Para tejer un lazo y otro lazo
Tras las dos sueltas guias procediendo?
Verás con que gentil desembarazo
Van de una rueda en otra revolviendo,
Y discurren del prado larga pieza....
Mas escuchemos, que el cantar empieza.

TIRSIS.

Canta y sigue mi voz, Pastora hermosa,
Galana cual la fértil primavera;
Gloria de este pensil, y mas hermosa
Que en el bosque la palma placentera:
Y así á tu amor le seas mas sabrosa
Que del pichon su dulce compañera!
Que acompañes el débil canto mio,
Celebrando el placer del bosque umbrío.

CINTIA.

Canta y vuelve á tu son, Pastor donoso,
Lozano como el Mayo florecido;

De esta arboleda honor, y mas garboso
A mis ojos que el plátano crecido:
Y asi á tu bien le seas mas gracioso
Que á la ovejilla el recental nacido;
Que prosigas tu tono comenzado,
Festejando el contento de este prado.

TIRSIS.

Dichoso el que de aquí mira cubierta
La madre universal de flor preciada,
Antes del riguroso Invierno yerta,
Ya de verde esperanza coronada:
Y libre del pirata, alegre puerta
Abre al Sol, con sus rayos fecundada;
Y con los dones de la dulce Flora
Del pasajero el ánimo enamora.

CINTIA.

Pues feliz el que aquí ve de la cumbre
Del monte desgajarse la abundancia,
Dando con amorosa dulcedumbre
Los antiguos collados su fragancia:
Y de ellos ve con dulce muchedumbre
Destilar leche y miel en esta estancia,

Cuando el precioso cuerno de Amaltea
Al gusto humano todò lo hermosea.

TIRSIS.

El laurel verde, y arrayan preciado,
Que á Apolo enamoró, que Vénus quiso,
El pino de Cibéles estimado,
Y el bello transformado Cipariso,
Y el limpio acebo y álamo copado,
Volviendo este lugar un paraiso:
Acá y allá los trae viento sereno,
Llenando de placer el sitio ameno.

CINTIA.

La yedra de Lieo al olmo prende;
La hermosa vid sus pámpanos dilata;
Romero, casia y cínamo trasciende
De aljófar argentada cada mata;
Y de Céres la mies aquí se extiende,
Cual golfo hermoso de dorada plata;
Ensortijando cada hermosa arista
Deleitan á el olfato y á la vista.

TIRSIS.

De entre mármoles bellos de colores

Las regaladas fuentes se deslizan;
Y el ámbar usurpándole á las flores
Su líquido cristal aromatizan;
O ya los arroyuelos trepadores
La blanca espuma con primor enrizan;
Y en blanda risa y plácido sonido
Al corazon alegran y al oido.

CINTIA.

La alfombra de este valle se enriquece
De verde, azul, y rojo engalanada;
El clavel rey, y reina rosa crece
De cristalino aljófar coronada:
Jazmin y azar fragrancia nueva ofrece,
Y el lirio y azucena nacarada;
Dando á cualquiera que á este sitio arriba
Grata quietud, que el ánimo cautiva.

TIRSIS.

Aquí el venado y corderillo corre
Saltando entre las murtas y verbenas,
Libres de que los sigan, ni les borre
Otro paso los suyos en la arena:
Cuando á la oveja el corderillo acorre,
Y ella le abriga de retozos llena;

Y coleando el cachorro lisonjero
Dan al Pastor su gozo placentero.

CINTIA.

Aquí las aves con sonoro acento
Cantan al son de las inquietas hojas;
El colorin su amor y su contento,
Filomena sus zelos y congojas:
O ya en tropa veloz cortan al viento
Encopetados de plumillas rojas;
Y de un ramo saltando en otro ramo,
Del alma son un celestial reclamo.

TIRSIS.

Cuanto el vecino Tajo celebrado
En caudal vence al líquido arroyuelo;
Cuanto por cima el trébol desmedrado,
Se descuella el cipres alzado al Cielo;
Tanto sobre el estrépito y enfado
De la Ciudad me es grato el verde suelo,
Y la vida del campo delicioso;
Cerrad, Faunos, cerrad el bosque hermoso.

CINTIA.

Cual la Aurora al perdido caminante,

O al prado lluvia que el Abril envia;
Cual al ciervo la fuente resonante,
O á la abeja la flor que el vergel cria;
Así al mortal de su quietud amante
El vivir en el campo es alegría,
Y mas en esta estancia regalada;
Guardad, Faunos, guardad la selva amada.

TIRSIS.

Venga el antiguo Pan de los Pastores
Su rostro de purpurea mora ungido;
Ceñida en rededor su sien de flores;
De espadaña, y de lauro florecido:
Y de Arcadia los jóvenes cantores
Con él lleguen al dulce apetecido
Juego, y placer de sitio tan sabroso;
Cerrad, Faunos, cerrad el bosque hermoso.

CINTIA.

¡Dulce bien, con que el Cielo nos convida!
Que alegre dures, siglos dilatados;
Y en pastoril llaneza apetecida
Se alegren los Pastores descuidados:
Del regocijo de esta dulce vida
Léjos, léjos huid, tristes cuidados;

Pues no hay cosa en el mundo mas preciada;
Gozad, Ninfas, gozad la selva amada.

POETA.

Así el gentil Pastor iba cantando,
Y la Zagala hermosa respondiendo;
A las estrellas con su son tocando,
Los alamos plateados conmoviendo:
Y el coro de Zagales acabando
Los lazos que en las danzas van tejiendo;
La Aurora, que por verlos madrugaba,
Las puertas del Oriente purpuraba.

ÉGLOGA III.

ARCADIO, POETA.

POETA.

La guirnalda de lirios
Desecha por el suelo,
El cuerpo en una peña recostado,
El Alma en mil martirios,
Los ojos en el Cielo,
Y el triste rostro en lágrimas bañado

Yace el mas desamado
Zagal, en las orillas
Del Tórmes cristalino:
Y miéntras sin destino
Erraban sus cuitadas ovejillas,
Sin dar al llanto pausa,
Así cantó de su dolor la causa.

ARCADIO.

Bellísima aldeana,
A mi dolor mas fiera
Que roca hinchada al sonoroso viento,
Si no eres mas insana
Que Asiatica Pantera,
Yo sé que dolerte has de mi tormento;
La pena, y sentimiento
Que Sisifo rabioso
Tolera en el Abismo:
Y en fin cuanto asimismo
Se padece en el Tártaro horroroso:
Yo mejor pasaria
Que un desden solo de la Ninfa mia.
Un desden solo, ¡ay! ciego!
¡Ay! ay! Zagal cuitado,

Si un desden solo tanto te atormenta,
Cuanto será tu fuego
Al ver que se ha entregado
Al que de su amor tiene ménos cuenta.
No así, tal vez revienta
Opreso en fuego y agua,
De nublado espantable
El rayo formidable,
Como en el pecho que arde como fragua,
Revientan desatados
Los zelos, en bramidos levantados.
Llora, llora cuitado,
Desde la noche al Alba,
Regando en llanto el marchitado suelo,
Que en viéndose inundado
Hará crecer la malva,
Y cañaleja inútil hasta el Cielo;
Gozarás del consuelo,
De que no ven tus ojos,
Como ella favorece
A quien no lo merece,
De do nace el tropel de tus enojos:
Mora en el bosque á ciegas;
¿Pero qué tienes Alma, no sosiegas?

¡Ay triste! y como veo
Mas ántes sosegado
Motin de populosa muchedumbre,
Y muy mas ántes creo
Parar el alterado
Sillar, que se desgaja de la cumbre,
Que no el Amor, la lumbre;
La rabia, y sobresalto
Del corazon zeloso,
Del que un tiempo dichoso
De su Ninfa gozó el favor mas alto,
Y hoy siendo su desprecio,
Ve que su pecho da al Zagal mas necio.

¡Ay Zagal venturoso!
Con tal dolor te veo
Gozar los brazos de tu Silvia hermosa!
Plegue á Amor, que reposo
Tenga ese tu recreo,
Que te causa esa pérfida alevosa;
El su color de rosa,
Aquella su lindeza,
Sus ojos halagüeños,
Y sus labios risueños,
Todo me aseguraba su firmeza.

¡Y ay! que aunque faz no muda,
Muda su corazon de tigre cruda.
Pláceme la constancia
Que tuvo hermosa Filis
Hasta morir á su Zagal Dalmiro.
Deleitanme en su infancia
Sileno, y Amarilis,
A quienes juntó Amor con dulce tiro.
Y al fin, cuando esto miro,
Cupido me enamora,
Me alegra su delicia,
Y á buscar voy propicia
A mi gloria, mi bien, y mi Señora;
Mas viéndome olvidado
Maldigo el tiempo en el amor gastado.
Maldigo las Auroras,
Que por verla salia,
Discantando su Amor con dulce avena;
Maldigo aquellas horas,
Que yo en su compañia
Estuve el baile de la noche buena.
Maldigo la verbena,
Que juntos la mañana
De San Juan recogimos;

Y los rubios racimos,
Que en la choza colgué de esta tirana;
Pues me es tormento hoy dia,
Cuanto un tiempo me fué dulce alegría.
¿No me dirás pastora
En qué te he ofendido,
Para que así mi bien me desampares?
¡O Dios! en qué mal hora
Al Mundo fuí nacido!
Si fué para sufrir estos pesares:
Plegue á Dios, que si amares
Zagal, que mas te quiera,
Que el que ora has desechado,
De un rayo disparado
Por la mano de Júpiter yo muera;
Empero si no le amas,
Los Cielos te consuman en sus llamas.

POETA.

Mas el Zagal diria,
Si la implacable pena
Lugar le diera á proseguir su canto:
Y al ver que no podia,
Sobre la rubia arena

Soltó la rienda al lastimoso llanto.
La noche tendió el manto
De fúlgidas estrellas,
Y en el silencio el eco
Volvia el monte hueco,
Doblando las tristísimas querellas
Que el mísero arrojaba,
Si por dicha el dolor lugar le daba.

ÉGLOGA IV.

EMILIA QUEJOSA.

En fuego ardiente Emilia se abrasaba
Por Narciso, un pastor que en gentileza
Ningun otro del Betis le igualaba,
Mas lleno de rigor, y de aspereza;
En vano la Pastora le buscaba,
Que donde falta amor todo es crueza;
Y cuanto era mayor su desden frio
Mas la Zagala siente su desvio.
Sola Emilia con solo su cuidado,
Siempre que Febo al mundo amanecia,
Sin esperanza al bosque mas cerrado

A lamentar su mal se retraia:
Y volviéndose al Cielo despiadado,
Y al pastor sin piedad, que no la oia;
Cebada en su desden la llama fiera,
Cantó cual si presente le tuviera.

No te duele mi mal, Narciso amado,
Ni oyes mi voz, ni ves mis desventuras;
Ni de humana piedad un solo grado
Pienso, que alberga en tus entrañas duras:
Yo en tu amor siento el corazon llagado;
Tú siempre en desamarme te apresuras,
Como si gloria á tu beldad le dieras
Cruel siendo á mis ansias lastimeras.

Mis Corderillos buscan la guarida
De la sombra en los álamos mayores;
Entre las zarzas frigida acogida
Procuran los lagartos saltadores:
Nais da en sazon la rústica comida
Con mil yerbas de olor á los pastores;
Conmigo por seguirte entre la arena
Al Sol abierto la cigarra suena.

¡Ay triste! mas valiera el zahareño
Desden de Alfesibeo haber sufrido;
Y pues me amaba con tan fino empeño

Mi altivez loca á Tirsi haber rendido:
Bien que es el Tirsi de color trigueño,
Y tú como la nieve esclarecido;
Mas no fies, que siempre ví apreciado
Sobre la blanca flor clavel morado.
Soy el desden de tu altivez ingrata,
Y por tu antojo mis tesoros truecas:
Mis rebaños cubiertos de escarlata,
Y en miel colmadas mil colmenas huecas;
El queso, gruesa leche, y fresca nata
No me faltan jamas, ni frutas secas;
Y canto cual Filena ya cantaba,
Cuando oyéndola el valle se pasmaba.
Ni tan disforme soy, que en los cristales
Del rio en una siesta sosegada
Mi rostro viendo, y placidas señales
No temí ser con Clori comparada:
Ni temeré tu juicio en casos tales,
Ni pensaré de tí ser despreciada;
Así no despreciases la floresta,
Su sencillez, y juego de la siesta.
El perseguir con flecha enherbolada
El ciervo corredor te venga en grado;
Regir de ovejas una grey nevada

Con el verde taray no te dé enfado;
Ni te pese morar la regalada
Estancia en que las Diosas han morado;
Que cantando las selvas morarémos,
Y juntos al Dios Pan imitarémos.

El la pastoral flauta halló con arte,
El de diversas cañas la ha arreglado,
La variedad de voces le reparte,
Y nos guarda solícito el ganado;
Mas no te pese altivo el adestrarte
Al uso de ella el labio delicado,
Que Alexi se perdia por sabello
De mil Zagalas siendo hechizo bello.

Tengo yo un singular rabel sonoro
De marfil con labores de corales,
Que hube por manda del gentil Lidoro,
Diciéndome al morir palabras tales:
Tú sola herir podrás sus cuerdas de oro
Cantando á mis exequias funerales:
Lidoro me lo dió, y quedó corrida
La simple Clori en verme preferida.

Ofrécente del bosque las doncellas
Las rosas y azucenas de su falda;
Y en canastillos delicados de ellas

Las flores del anis, tomillo y gualda:
De rojo acanto, y de mosquetas bellas
Tributan á tu sien fresca guirnalda;
O entretejido en frescos mirabeles
A tu sombrero un ramo de claveles.
Y yo te cogeré rojas manzanas
Teñidas de su flor, con deliciosas
Naranjas chinas, que en las soberanas
Hojas del lauro irán mas deliciosas:
Y otras frutas tardías, ó tempranas
Te daré; mas serán inoficiosas,
Que tú gusto en mis dádivas no pones,
Y Alcina no está falta de estos dones.
Alcina... mas, ¡ay locos frenesíes!
¿Qué hago perdida en mi dolor vehemente?
Fuego puse al rosal, que en carmesíes
Botones me dió el Mayo floreciente:
En el agua lancé los alelíes
Turbando su cristal resplandeciente;
Mi rebaño olvidé... la rabia ciega
De los zelos de amor á tanto llega!
La leona feroz por la colina
Tras el tímido lobo sigue ansiosa;
El carnicero lobo se encamina

Contino tras la cabra revoltosa;
Y la traviesa cabra el paso inclina
En pos de la retama apetitosa;
Yo á tí te sigo, mi delicia amada,
Que arrastra á cada cual lo que le agrada.

Sobre los yugos el luciente arado
Los bueyes tornan ya de sus labores;
El Sol huye con paso apresurado,
Las sombras van haciéndose mayores;
Y el fuego en que mi pecho está minado
Ni mitiga, ni aquieta sus ardores;
Que place al ciego amor no dejar hora
De reposo á su llama asoladora.

¡Ah, Emilia! ¡Emilia triste! ¡qué locura
Te perdió! que en tu mal abandonada
Dejas errar tu grey por la espesura;
¡Ay! torna ya en tu juicio recordada:
Teje algun canastillo con mixtura
De blanca y prieta mimbre delicada;
Que si Narciso te huye desdeñoso,
Otro amante hallarás mas cariñoso.

ÉGLOGA V.

Era la noche, y en sereno vuelo
La tarda Luna hácia el Poniente huia,
En silencio escuchándose el desvelo
Del rio que en correr tenaz porfia:
Cuando el carro polar la vuelta al Cielo
Daba, anunciando el ya vecino dia,
Y con mayor presura las estrellas
Desparecen en húmedas centellas.

Cuando con débil mano sustentando
Un claro Cielo de luceros rojos;
Silvia al suelo lo inclina, perlas dando
Al prado los raudales de sus ojos.
Que en suspiros mezclados iba dando
A su amante por últimos despojos:
Como la bella Clicie mustia queda,
Cuando su hermoso rostro el Sol la veda.

Vencida de un gravísimo tormento
Al mas duro peñasco enterneciera,
Si en ellos consistiera el sentimiento
Que su amante falaz tener debiera;
Amante, que mudable mas que el viento,

Faltó á la fe que conservar debiera,
Al fin sintiendo muerta su esperanza,
No ménos muertos ayes su voz lanza.
Sal, o Lucero, page de la Aurora,
Y su esplendor anuncia cual lo sabes;
Sal ante la carroza brilladora
Del dia de quien traes las rubias llaves:
Mira que ya con música canora
Te espera el dulce acento de las aves;
Y yo al Sol mismo quiero por testigo
De la ingrata traicion de mi enemigo.
Miéntras yo á tí, á la Luna, y al Sol bello,
Y á todas las estrellas piedad pido,
Y de mi falso amante me querello,
En vil amor trocado el fementido;
Y aunque ningun provecho encuentre en ello,
A todos os descubro el pecho herido,
En esta postrer alba de mi vida;
No sé decir si dulce ó desabrida.
¡Ay Silvio! ¿En quien pusiste tus luceros?
¿Porqué sin pundonor mi fe trocaste?
¿A quien, di, tus amores das primeros?
¿De qué brazos el cuello te anudaste?
¡Ay primicias del alma, ay verdaderos

Amores mios como los burlaste,
Dejándome en desprecio abandonada
Cual yedra de su arrimo despojada!
Silvio gentil á Mebia se ha entregado:
¿Qué se podrá dudar de hoy adelante?
¿Qué discordia el amor no habrá juntado,
Y qué no temerá el mas firme amante?
La cordera paciente, y lobo airado
De hoy mas en sí tendrán union constante;
Y la dulce paloma hará su nido
En él de sierpes de hórrido silbido.
Disponte, o tosca, tuya es la ventura:
Tus dichas Mebia vayan adelante;
Cree que por tí sola de la obscura
Noche sale el Lucero mas brillante:
¡Mas que bien te está, o Silvio sin cordura,
El que á todas burlabas arrogante!
Desdeñador de mi color quebrado,
Mi rabel dulce, y mi gentil cayado.
Yo te ví niño, y de tu madre al lado;
De mi diestra llevéte á mis perales;
Do travieso mil piedras has tirado,
Y yo llevaba á bien niñeces tales:
Las bajas ramas ya con brazo alzado

Tocaba de tres lustros no cabales,
Cuando mi alma fuera ya tu esclava,
Que tras tí presa engaño la llevaba.
Ya bastante, o Amor, te he conocido,
En triste hora y oroscopo tremendo,
Ni en nuestro ser, ni sangre, ni sentido,
Ni en fin con nuestras señas procediendo:
Solo tu duro origen has traido
De crudos Garamantes, del horrendo
Ródope, ó bien del Ismaro fragoso,
Cuyasfieras azota el mar furioso.
Por tí ya en sus hijuelos insolente
La Maga ensangrentó su mano fea;
¿Mas quien fué de los dos mas insolente,
Tú fiero Amor, ó tú feroz Medea?
Tú un rapaz fuiste de bastardo Oriente;
Tú fuiste madre de infernal ralea;
Perezcan pues del mundo las edades,
Si caben en Amor tales maldades.
Mas ya siquiera huyendo del pillage
De mansa oveja el lobo atroz se vea;
El jazmin fino al roble dé homenage,
Y negro cuervo al cisne el mundo crea;
Al Arion Menalca se aventaje,

Arion en bosque, Orfeo en el mar sea;
Y el Orbe todo en desigual zozobra
Se anegue, pues á mí todo me sobra.

Vivid, selvas, vivid tiempo dichoso,
Las que un tiempo placer me hubisteis dado;
Que yo de un risco al piélago espumoso
Precipitarme al fin he decretado:
Si no te fué servicio delicioso
El primero que te hice, o Silvio amado,
Quizá, pues que te sobro, este segundo
Aceptarás no viéndome en el mundo.

Así dijera, y con el desvarío,
Que á la gentil Pastora iba cogiendo,
En las olas se echó de cristal frio,
El nombre de su amante repitiendo:
Turbóse al golpe el cristalino rio;
Un eco por su márgen esparciendo;
Al cual valles y montes resonáron.
Y á la arboleda atónitos dejáron.

ÉGLOGA VI.

CINTIA, POETA.

POETA.

Divina Euterpe, que en el blando coro
De los Mancebos Arcades presides,
Haciendo resonar tu plectro de oro
En valladares de frondosas vides:
Préstame, Musa, espíritu canoro,
Diré con tu favor, no aquellas lides
De Marte insano, que fulmina horrores,
Sino tiernas endechas de Pastores.

Amaba Cintia un sin igual mancebo,
A un pastorcillo, en quien el amor puso
El gusto de ella, y la fortuna el cebo
De mil cantares que él á ella compuso;
Aun no estaba florido, no el renuevo
Que en su querer reverdeció confuso,
Y entre rezelos sin sosiego estaba,
Ya fia en él, y en él ya no fiaba.

Y viéndole como hombre al fin mudado,

Desdeñador de aquella fe primera,
Ella en dolor el pecho traspasado
Del miedo los recatos echó fuera,
Y en seco acento al paladar pegado,
La voz quebrada, y la congoja entera,
El corazon mostrando por los ojos,
La causa, así cantó de sus enojos.

CINTIA.

¿Cual tigre fiero al eco no se mueve
De mi dulce cantar, sin el terrible
Desden tuyo sin par, porque se pruebe
Que á un monstruo no móvió canto apacible?
Alza tu vista porque mas se cebe
En ver que tu crueldad siempre terrible,
Respira un fuego en mí que va abrasando,
Al frio yelo, mas que tu amor blando.

El dulce canto, un dulce iman ha sido,
Que basta á retener la luna llena;
De Ulises el ejército lucido
Con el canto mudó sagáz Sirena;
Con el cantar el áspid mas temido,
En medio el prado su furor serena:
Empero á ti mas fiero que las fieras,

No te atraen canciones hechiceras.
Enseñadas á oir amantes quejas
Oyen mi canto el coro de las Musas,
Culpando la impiedad con que me dejas,
Y aprobando mis lágrimas difusas.
En mi bien ellas no esquivan sus orejas,
Y tú en mi daño tu esquivez escusas;
Ellas aprueban el amor sincero,
Y tú desprecias mi querer primero.
Vino á escucharme el simple porquerizo,
El ovejero, y el Menalca hinchado,
La honesta zagaleja, ¿y quien te hizo
Tan fiero mal Pastora han preguntado?
Apolo vino, y dijo: ¿cual hechizo,
Qué locura Zagala te ha tomado?
Que aquel Pastor por quien amante mueres,
De otra Zagala sigue los placeres.
¡Ay Pastora infelice! tú perdida
Andas por la montaña y despoblado,
Tras de aquel de que Celia en la florida
Falda, reposa con sosiego echado;
O bien ya la contempla enternecida;
O encendido la sigue enamorado,
Holgándose con ella en la floresta

En el estío en medio de la siesta.
Mas duro y desabrido que alto roble
Contra mí de aspereza te previenes,
Así cual eres en valor mas noble,
Mas desigual crueza, que otros tienes;
Que tu obstinado corazon, y doble,
Guarde en sí tales odios y desdenes,
Que al despreciar mis lágrimas ardientes,
Cruel te llaman pájaros, y fuentes.
Por tí sufro las iras, y fiereza
Del crudo Niño amor, y en mi tormento
Por tí en mi pecho siento una estrañeza,
Que ningun bien me place, ni contento;
Por tí transito sola esta aspereza;
Por tí á mi grey olvido, y no la cuento
Cual hice un tiempo cuando Dios queria,
Que en tu memoria no estuviera Eulia.
Ni que aborrezcas pido con aquesto
A la que el ciego amor y suerte loca
Favorecen, ni espero por supuesto
El ablandar tu pecho cual de roca:
Que esperar de piedad un breve resto
En tu crudeza, ya en locura toca;
Y locura es en fin pedirte nada,

Ni aun la muerte, que ya me tienes dada.
Tú Zagal con tu Amante afortunada,
Causa cruel del fuego en que me abraso,
En paz te queda, queda en paz amada,
Bien que en darla á mi pecho fuiste escaso;
Y en fin, porque no sientas la arrojada
Muerte de olvido en mi postrero paso,
En ver mi cuerpo puedes complacerte,
Por causa tuya condenado á muerte.

POETA.

Dijo: y dijera mas si la congoja
Mas ánimo la diera, y mas aliento.
Empezando á perder la color roja,
Perdió á un tiempo la voz y el sentimiento:
Quedó cual de alelí marchita hoja,
Que de rocío baña el fresco viento;
Y cual la luz quedó de la mañana,
Cuando el sol no la dió color de grana.

ÉGLOGA VII.

La suavidad del céfiro amoroso,
Y del Abril la plácida venida,
El invierno ahuyentaban rigoroso,

Dando á las flores nuevo aliento y vida
Cuando tras sus ovejas sin reposo,
De su cruel Lidoro aborrecida,
Al valle salió Elisa mi Pastora
Con las primeras luces de la Aurora.

Con blandos ruegos la sazon buscaba
De hallar á su Zagal ménos altivo;
Mas ni este, ni otro medio aprovechaba,
Que donde falta Amor todo es esquivo:
Cuanto ella á su desden mas se humillaba,
Le daba de esquivez mayor motivo;
Que es el varon, si amor con fuerza doble
Que á una muger no hiere, aspero roble.

Y viendó cual su pena se dilata,
Y la dureza de su crudo amante,
Y la inconstancia con que amor le trata,
Y su fatal estrella sin menguante;
De su desden, de su aspereza ingrata
Se querella con voz tan penetrante,
Que al Cielo pára, enfrena al viento airado,
Detiene al rio, y enternece al prado.

Cruel cuanto bellísimo Lidoro,
En tu beldad tan vano, que limitas
Que de humano pincel pueda el decoro

De Adonis copias dar mas exquisitas;
Tú en negros ojos, y en cabellos de oro,
La libertad á mil Serranas quitas;
Desentendido del estrago que haces,
Cuando en servir á Amor no te complaces.
  Ea Pastor, si engendra tu nobleza
Piedad hácia el Amor gracioso niño,
Y grave no te fué de una belleza
Tener esclavo el singular cariño;
Así el Cielo conserve la entereza
De tu grey mas nevada que el armiño,
Que á quien te busca tierno y amoroso,
No te muestres de hoy mas tan desdeñoso.
  Sacrifico á tu gusto el alma mia
Para que de su fe te satisfagas;
Te ofrezco un corazon que en tí confia,
Lleno por tí de mil ardientes llagas:
Tú con despego anegas mi alegría,
Y el adorarte con desdenes pagas;
Ay! qué mayor tormento se me diera,
Si contra tí otra culpa cometiera!
  Sabes que cuando niña llegué á verte,
Mi primer dicha fué rendirte el alma;
Tan poco ¡ay Dios! importa, que en quererte

Ninguna otra á mi amor llevó la palma;
Y solo el dulce bien de obedecerte,
Mi gusto por el tuyo tuve en calma:
Pon pues tus ojos en mi amante pecho,
Si de mi amor no te hallas satisfecho.
En él verás por mi querer pintada,
Aunque tal vez te pese, tu figura,
Tan gentil, y con tal primor copiada,
Que se ve tu desden y tu hermosura:
Y á par de ella la mia trasladada,
Lamentando mi amarga desventura,
Mi mucha humanidad, y el poco aviso
De mi querer, que mas que á sí te quiso.
No con mas lealtad el cristal puro,
Ni sosegada fuente en valle ameno,
Mostró detras del trasparente muro
A los ojos su limpio y casto seno:
Ni en bien cercado huerto mas seguro
Rebaño fué de sobresalto ageno,
Que tu amor en mi pecho y en mis ojos,
Gozando mil dulcísimos despojos.
Si con temor te sirvo y obediencia,
Y adoro tu donaire y apostura;
Si entre mi sufrimiento, y tu violencia

Cada hora el oro de mi fe se apura;
Y si es justo vivir en tu presencia,
Siendo mi sol en cárcel tan obscura,
Calle yo, y en favor de mi firmeza
Hable tu cortesía y gentileza.

Bien sabes que tus iras he temido,
Como batel pequeño al mar airado;
Y que entre estos rezelos te he servido,
Cual por conjuro espíritu apremiado:
Y tú por eso me has aborrecido,
Cual á contrario tuyo declarado;
Y nó lo soy, pluguiese á Dios lo fuera,
Y que mi rendimiento en tí se viera.

Ay! que entre penas vivo, y de esta suerte
Tu aspereza me está martirizando;
Mi esperanza en los brazos de la muerte
El verdor de su pompa marchitando:
Muriendo por el gusto de quererte,
Que es en la ley de amor vivir triunfando;
Mas muerta ó viva yo, tu altivez cierta
Puede estar que mi fe no será muerta.

Ponme al Sol que la seca arena abrasa,
O adonde espira envuelto en tierna nieve;
Ponme al Cielo que siembra ardiente brasa,

O al que la escarcha y el granizo llueve;
Por donde el dia con su carro pasa,
O la enlutada noche el suyo mueve:
Que en luz, ó sombra, en tierra ardiente, ó fria,
Por ser tuya Pastor no seré mia.
Dijo, y cual si de mármol blanco fuera
Quedó sin alma, sin color, sin vida;
Solo dió el llanto muestra verdadera
De estar el triste cuerpo al alma asida:
Duro paso de Amor que enterneciera
Del Caspio mar la roca mas ceñida;
Y en Lidoro no obrara el sentimiento,
Mas que en el duro bronce airado viento.

ÉGLOGA VIII.

LAURITA.

ÉGLOGA PISCATORIA.

POETA.

Entre unas duras rocas,
Que de la Diosa Tétis
Tiene el teson continuo socabadas;

Donde las ondas locas
Del cristalino Bétis
Entran en su furor arrebatadas;
Donde mil enramadas
Cabañas los barqueros
Tienen por sus orillas,
Y redes y barquillas
Atar suelen de rústicos maderos;
Laurita Pescadora
Niña en la flor de sus Abriles mora.
Amaba á un marinero
En cuya gentileza
Todos los gustos de ella el amor puso.
Mil cantares primero
El jóven con terneza
Llenos de mil lisonjas la compuso:
Reverdecia confuso
De amantes esperanzas
En ella algun renuevo,
Juzgando su amor nuevo
Libre ya de rezelos y mudanzas;
Así, que sin sosiego
Se abandonaba al encendido fuego.
Mas el gentil mancebo,

Finalmente trocado,
La dejó sin guardar su fe primera:
Ella en dolor tan nuevo,
El pecho traspasado,
Del miedo los recatos echó fuera;
Y á la barca ligera,
En que el Garzon huia,
Con vos triste y quebrada
Medio desesperada,
Con llantos y querellas maldecia,
Y en tono dulce y blando
De esta suerte se estaba suspirando.

LAURITA.

Si el bien que adoro y temo,
Y mis fatales hados
Me guian á la mas terrible pena;
Y al mas mísero extremo
Que dan Astros airados,
A quien el Cielo gran castigo ordena;
Por esta húmeda arena
Los tristes ayes mios
Muestren por bocas y ojos
Sus mortales enojos,

Que abrasen los helados vientos frios ;
Que tal vez ví amansados
Al son de mis acentos lastimados.
¿Como el valor se infama
Que siempre amanecia
De tu corazon grato en mi memoria?
Que aunque contó tu fama
Aun ménos que yo via,
No era menor que mi querer tu gloria.
¿Como en queja notoria,
Tirso, con tu mudanza
Quedaré en este suelo
Huérfana, y sin consuelo:
Huérfana, ay! de la célebre esperanza
Con que tuya me hiciste,
Cuando del juego el premio me ofreciste.
Goza en placer dichoso
En tanto del descanso
Que este revuelto tiempo se mitiga;
Y el mar tempestuoso
Se muestra ledo y manso,
Y en ménos olas su arenal fatiga.
Miéntras que no prosiga
En rios tumultuosos

El dar turbio tributo,
Y no se vistan luto
Del Cielo los celages luminosos,
Cubriéndose el lucero
Que conduce, y deleita al marinero.
Ya por mi mal has visto
Gentes en suerte loca
A los dudosos vientos confiada,
Dejarla el no previsto
Rigor de alguna roca
Por el áspero mar toda sembrada;
Pero, ¡ay de mí cuitada!
Si mi pasion penosa
Tan de léjos te hiere;
Que la que bien te quiere
Ni aun alcanza en tu bien ninguna cosa;
Ablande ahora tu pecho,
Ya que no mi dolor, ver tu provecho.
Ni yo la fe te pido
Del dulce enlazamiento,
Que mi vana altivez me prometia;
Ni por esto en olvido
Dejes cualquier contento
Por el remedio de la pena mia:

Solo que la alegría
De esta ribera goces
En dulce pasatiempo,
Miéntras trocado el tiempo
Refrena el mar sus ímpetus feroces;
Que aunque yo en tí me hallara,
Ningun mas grato don te demandara.
Mas que de mí te alejas
Ya sé Barquero altivo,
Fiado de tu gala en el tesoro;
Y en soledad, y quejas,
Cruel, y fugitivo,
Huyes solo de mí porque te adoro.
En este mar que lloro
Con mil delirios ciega
En tempestad cerrada,
Pues tanto el mar te agrada,
Vuelve, y en él á tu placer navega;
Navega á tu contento,
Que mis suspiros servirán de viento.
Vuelve, y verás el gusto,
Que tuve de quererte,
Torcedor hecho de mi amarga vida;

Y cuan cerca al injusto
Cadahalso de mi muerte,
Fué la vana ocasion de tu partida,
Mas la ocasion perdida
No vuelvas; retrocede,
Que solo en verte el alma,
Que aborrecida en calma
De muerte está; por tuya cobrar puede
Nuevo vigor, y brio,
Para pena mayor, y agravio mio.
Que ese mar espantable,
Cual tú inconstante, y vario,
Trono de la fortuna sin asiento,
Si ya para tí afable,
Cual para mí contrario,
Paso te ofrece, y favorable viento;
Yo espero, que violento
Vuelva á su estilo arisco,
Que de ordinario coge;
Y tu barquilla arroje
Sobre la dura furia de algun risco,
En que ella, y tú fenezca,
Y en lo duro, y cruel te se parezca.

Que así se da el castigo
A las almas dolosas,
Que la fe, y juramento no cumpliéron:
Que es el Amor amigo
De vindicar sus cosas
Con pena igual al mal, que mereciéron;
Pero si porque viéron,
Que es mia la venganza
La dejan, yo la fio
A los ayes que envio:
Ellos no dejarán de tu mudanza,
En el soberbio charco,
Reliquia alguna al anegar tu barco.

POETA.

Las lágrimas ardientes,
El ánimo del pecho,
Con las ansias de verse desamada,
Mil sollozos dolientes,
Que á un corazon no hecho
A el Amor dieran muerte atropellada;
La triste voz cansada,
Torpe el vital aliento,

La congoja nacida
Del alma entristecida,
Sin pulsacion alguna el sentimiento,
Tanto en ella labráron,
Que á la Pescadorcilla desmayáron.

CANCIONES.

CANCION PRIMERA.

LA VANIDAD TERRENA.

Cuando á su propia esfera,
Del peso mortal falto,
Mi espíritu se ensalce en libre vuelo;
Pequeño en gran manera,
Veré desde lo alto
El ancho mar, y dilatado suelo:
Cuanto mas cerca el Cielo
Suba, tanto mas breve
Veré el punto profundo
De este globo inferior, y bajo mundo,
Y el fantástico viento, que le mueve;
Del cual siendo desnudas,
Todas sus pompas son cosas menudas.

Mirando estaré absorto
En todas estas varias
Regiones, que el Sol ve, y la noche ateza,
Con cuanto afan, cuan corto
Punto, y cuan breves parias

Consigue la ambicion, y la grandeza:
Visto desde la alteza
Del Cielo, ¡cuan estrechos
Son los fuertes torreones!
¡Qué leves escuadrones,
Qué limitado honor, qué humildes pechos,
La Magestad exige
Del que en augusta paz un Mundo rige!
En vano sus enormes
Cervices levantáron
A las nubes los broncos Pirineos:
Los Colosos disformes,
Que sobre el mar se alzáron
Mirados desde arriba son pigmeos:
Ciudades, Coliseos,
Y alturas, que encarecen
Las humanas fatigas,
De débiles hormigas
Oficiosos ejércitos parecen:
Sus balcones, y rejas,
Breves casillas de un panal de abejas.
O error! sobre qué leve
Y endeble fundamento
Del hombre la ambicion camina, y pára!

¡Por cuan ceñido, y breve,
Por cuan instable asiento
Te elevó, o Giges, la mayor Tiara!
Mortal ¿quien no repara,
Como tu vano intento,
En un punto de tierra
Desalumbrado encierra
Tan grandes leguas de ambicion, y viento?
¡Por cuan pobres razones
El ansia de mandar forma escuadrones!
Tú, o dulce edad primera,
A los niños prometes,
Segun la cortedad de su talento,
Gustos de tal manera
A sus leves juguetes,
Que de veras le sirven al contento:
Con sus ruedas de viento,
Caballejos de rasos, y de cañas,
Libreas de oropeles,
Y pintados papeles,
Hacen sus justas, toros, y campañas,
Hogueras, y Castillos,
De que son lidiadores, y caudillos.
Pasan sus tiernos años

Con futiles muñecas;
Y allí fingen sus fiestas, y sus bodas:
Y aunque de humildes paños,
Y cañalejas huecas,
En gusto vencen la que asombró á Rodas:
A esta Reina de todas
La hacen hoy; y mañana
La quitan de su estado;
Y á otra que un despreciado
Sayal vistió, la dan púrpura, y grana;
Variedad que les place,
Y á su inocente antojo satisface.
¿No son estos ensayes que promete
Su edad al venidero
Tiempo, que veloz corre en curso blando?
¿Ser caballo, y ginete
Fingido, ó verdadero,
Que vá á decir á quien lo está mirando?
¿Ser castillos burlando,
O serlos de cañones guarnecidos?
¿Ser tambien sus soldados
Vivientes, ó imitados?
¿Ser de papel pintado los vestidos,
O de oro, y perlas llenos?

Todo es un poco mas, ó poco ménos.
El mando bien mirado
Es farsa de opiniones,
Que á unos entrista, y otros entretiene:
Y aunque de humilde estado,
Reparte estimaciones
Conforme al tiempo, y ocasion le viene?
Al que hoy el orbe tiene
Por Salomon en ciencia,
Mañana no le vale;
Y hoy Belisario pobre á pedir sale,
El que ayer rebosaba en opulencia.
El gigante es enano;
Y muere Rey el que nació villano.
¿Quien al hombre no advierte
En su humilde supuesto
Ser juguete inconstante de fortuna:
Cuan instable es su suerte
Siempre en mudanzas puesto
Viejo en el ataud, niño en la cuna?
Ya al cerco de la luna,
Ya abandonado en un rincon sin gusto;
Ya en un Palacio enfermo,
Ya robusto en un yermo;

Ya saltando de júbilo, ya adusto
Con triste sobrecejo;
Ya gorjeando, ya tosiendo á viejo.
  Pues si los timbres mira,
E inútiles blasones,
Que estan en su altivez mas altaneros,
De un Mundo que delira
Notará las regiones
Quererse hacer millares, y son ceros.
¿Los Reyes, y Escuderos
De un tamaño en su cuna;
Caballero, y esclavo
Iguales, si su clavo
Fijase con razon ciega fortuna;
Y no que loca, y vana
A estos presta sayal, y á aquellos grana.
  Bien que estos varios juegos
De un monstruo tan odioso;
Lo que su rueda ensalza, y lo que arruina;
Lo que hay sobre los fuegos
Del Orbe luminoso;
Y lo que en nuestro limo se termina;
Todo es traza divina;
A quien en poderio

Ninguno llegar puede:
Sin quien no se concede,
Que se mantenga un átomo sombrío;
Que hoja en árbol se mueva;
Ni una gota de mas ó ménos lluvia.
Mas ser punto abreviado,
Y asaz menudas cosas
Cuantas el mundo tiene por trofeos,
¿Quien jamas lo ha ignorado?
¿Quien sus torres pomposas
No ha visto, que son nido de pigmeos?
¡O encantados deseos
Del flaco inadvertido ser humano!
Quien vuestras altiveces
Frustrar vió tantas veces,
Confesará, que sois un aire vano;
De cuya nube hinchada
Quien mas llegó á alcanzar, no alcanzó nada.

CANCION II.

LA SOLEDAD.

ESTANCIAS REALES.

¡De qué apagado lustre, cuan pequeñas
Son las humanas fábricas, medidas
Con aquellas grandezas, que perdidas
Tiene el desierto entre sus mudas peñas!
¡De alteza, y esplendor cuan pocas señas
Tienen las mas preciadas
Con el arte adornadas!
¡Qué primor mendigado, qué pobreza
Las de mas precio, y de mayor grandeza!
Los artesones de oro sustentados
En Dóricas colunas; y á par de ellos
De azules betas, y de lazos bellos
Ricos jaspes, y pórfidos preciados,
Si al principio admiraban, ya observados
Enfadan á dos dias;
Cansan las simetrías
De cuadros, y tapices; y el aseo
Del mas pintado alcazar queda feo.

Son tibios los colores, y pinceles,
Que el mundo mas celebra, y solemniza,
Puestos junto los riscos, que entapiza
Mayo galan de alfombras, y doseles:
De sus lirios lo azul, de sus claveles
El rosicler variado,
Y aquel color dorado
De un ya maduro trigo, y aquel fresco,
Con que su aliento bulle en lo brutesco.
Aquel confuso amontonar de cosas
Arrojadas acaso, y diferentes;
Acá yedra, allá espinas, allá fuentes,
Riscos, peñascos, rios, flores, rosas,
Unos léjos, que mucho mas vistosas
Las cosas nos volviéron,
Que de cerca se viéron;
Un pedazo de playa, una montaña
Que al Cielo sube, y á la vista engaña.
Vese la entrada de un pendiente risco
De un bello mirador el corbo techo:
Alfombra dando al rústico antepecho
De alegres rejas un vistoso aprisco;
De yedras entoldado, y de lentisco
Donde el jazmin ventana

Teje á la vid lozana,
Y de sus grumos hace, que se cuaje
La red de su tejido ventanaje.
Pues subiendo á su cumbre, y antepecho,
Y el campo, que descubre registrando,
En lo que advierte absorto contemplando,
Muda estatua el mas sabio queda hecho:
Del mar profundo un ancho, y largo trecho
Los ojos ser no dudan
Espejos, que se mudan,
Viendo en sus crespas olas de aire llenas
Los delfines cruzar, saltar ballenas.
Vese del tiempo, y humedad cubierta
La hueca peña de menudas flores,
Parte en sombras, y parte en resplandores
Jaspeada aquí, allá verde, y allá yerta:
Formando un todo de hermosura enjerta
Sus metales lucidos,
Y estraños coloridos;
Y esmaltando la tez, que los remata,
De granos de oro, y escarchada plata.
El risco altivo de un diluvio entero
De luciente cristal las selvas moja,
Que en espantoso son al mar se arroja,

Desde aquel desigual despeñadero:
Y de una peña en otra á lo postrero
Del monte en larga suma,
Hirviendo da su espuma;
Haciendo ántes pedazos por los riscos
Cristales, flores, perlas, y lentiscos.
Por otra parte el monte alza sus pinos,
Que al parecer se esconden en el Cielo:
Cubren de rocas, y boscaje el suelo
Entre tajadas peñas los espinos:
Trepa la yedra, suben remolinos
De flores, y de yerba
Por señuelo á la cierva,
Y presto gamo, que por ellas salta;
Y de verlas temblar se sobresalta.
Silban por entre almeces, y algarrobos
Las mirlas, las calandrias, y jilgueros:
Las liebres, y gazapos placenteros
Retozan por la grama, y dan corcobos:
Huyen los ciervos, rumian los escobos
Las cabras; sin rezelos
Saltan los conejuelos,
Y en las peñas se esconden; y en sus quiebras
Pintadas roscas hacen las culebras.

Todo esto al son del bosque, y el ruido
Del agua, que en cascadas se despeña
Del monte, que batió su crespa greña,
Y el canto de las aves no aprendido;
De aquí se goza el ánimo embebido,
Y lleno de dulzura
Con tan varia pintura,
Sin otras muchas nuevas maravillas,
Resacas de la mar, y sus orillas.

Que el natural desórden con que puso
El tiempo experto estos rasguños bellos
Es el mayor primor, y gala en ellos,
Bien que arrojados en monton confuso:
Y tanto los brutescos descompuso,
Y en tan distinta forma,
Sus aspectos trasforma,
Que parece los hizo en competencia
Del artificio de la humana ciencia.

Y sobre todo donde dè su dueño
El gran tesoro, y gran caudal se infiere,
Es que se da de balde á quien lo quiere,
Grande sea, mediano, ó ya pequeño:
No hay puerta, ni cancel, desvío, ó ceño;
Que en todas ocasiones,

Momento, y sazones
Siempre está para el gusto, y el provecho
Puesto el rico tapiz, y el toldo hecho.
Ora cruzando vaya los desiertos
De algun inculto bosque, ó engolfado
Al frio Escita, ó al Burnes tostado
En mitad de los mares encubiertos,
O en el del Sur sobre peñascos yertos,
Rompa de sus canales
Los helados cristales,
Cuyos tumbos la playa, y el arena
De blanco nacar, y mariscos llena.
O bien se baje donde el suelo ardiente
La linea equinoccial, midiendo el dia
Su curso arranca lleno de alegría,
Con alas de oro encima de su frente;
Que allí en aquellos páramos sin gente,
Si el mundo tiene hoy dia
Allí tierra baldía,
Sus solitarios, y ásperos espacios
De los reyes humillan los palacios.
Que aun contemplando aquí el humor fecundo,
Que sus anchos desiertos fertiliza,
Con medroso ignorar de que cenizas

Allí el rojo calor no vuelva al mundo;
O que en su ignoto piélago profundo
Las olas encrespadas
En hueco tumbo alzadas,
Entre las rocas quiebre, y se consuma
Trocada su altivez en blanca espuma;
O imaginando estrellas nunca vistas
De Europa, ó sus alturas no tocadas
De humano pie jamas, siempre engastadas
En pastas de diamantes, y amatistas,
Si aun fuesen mas que el Agon tiene aristas
Mis curiosos cuidados
Los hallara colmados
Del deleite que causan peregrino,
Estos bosquejos del pincel divino.

CANCION III.

CANTO DE JUDIT.

Haced salva este dia,
Haced salva en el tímpano sonoro;
Y cantad al Señor con la harmonía
De las cimbalas de oro.
Variad la melodía

En uno, y otro coro;
Y entonad á mi Dios un nuevo canto:
Ensalzadle, y llamad su nombre santo.
El Señor, vencedor de tantas guerras,
Jeová tiene por nombre;
Que en medio nuestras tierras
El Real del enemigo no os asombre;
Cuando mas de las manos
Nos pretendió librar de los tiranos.
Vino el insidiador desde la cumbre
Del áspero Aquilon: vino fiado
En la gran muchedumbre
De su ejército armado.
Su multitud cubria
A los arroyos sus undosas calles:
Y el hermoso verdor de nuestros valles
Debajo de los pies desparecia
De su caballería.
Dijo, y hizo promesa
De hacer en fuego arder nuestras regiones:
A degüello pasar nuetros garzones;
En la infancia hacer presa;
Y á su tirano imperio
Las vírgenes llevar en cautiverio.

Pero el Omnipotente Soberano
Le dió su merecido:
Le entregó á una muger, por cuya mano
Mortalmente fué herido.
Que no al potente bárbaro postráron
Mis mancebos pujantes;
No de Titan los hijos le llagáron,
Ni peleó con indómitos gigantes.
Mas Judit de Merari en la belleza
De su rostro rindió su fortaleza.
Quítase el luto triste,
Que en su viudez traia;
Y una gala de júbilo se viste,
Que en otro tiempo usó su lozanía;
Por quien despues los hijos
Hiciéron de Israel mil regocijos.
Su rostro ungiera en bálsamos fragantes:
Y en cerco de oro, y piedras rutilantes
Entrelazó el cabello;
Y un ropage esplendente
Se acomodara en novedad tan bello,
Que bastó á seducir al gran Tirano;
Y á desarmar sus ásperos enojos.
Sus sandalias los ojos

Le arrebatáron ; su pasion altiva
Presa de su beldad quedó, y captiva.
Y con su mismo alfange luminoso
La cerviz cercenó del orgulloso
Altivo en su arrogancia;
De su heróica constancia
Los Persas con horror se estremeciéron ;
Y los Medos quedáron confundidos.
Entónces los Asirios prorumpian
En ayes, y alaridos,
Cuando los hijos de mi pueblo amado
En sed ardiendo se han manifestado.
Los hijos aun sin bozo
De las mas tiernas madres los herian;
Y en ellos hacen trágico destrozo,
Como en infantes tímidos, que huian.
Y en la lid pereciéron ante el brio
Del poderoso Dios y Señor mio.
Cantar dulce entonemos:
Nuevo cantar á nuestro Dios cantemos.
Adonai, Dios grande,
Tú eres Señor preclaro en tu pujanza :
Si quiera se desmande
Ninguno á sostener tu esfuerzo alcanza,

Sirvan en tu alabanza
Todas las criaturas, que formaste;
Dijiste tú; y se hiciéron:
Y hechas de nada fuéron.
Al punto que tu espíritu enviaste:
Y no hay ninguno, que tu voz contraste.
Los montes con sus aguas son movidos
Desde sus fundamentos eternales
Delante de tu rostro; y derretidos
Como cera los broncos pedernales.
Los que temen empero tu potencia
Grandes consiguen ser en tu presencia.
Mas ay de aquella gente
Que sobre el pueblo mio se abalance!
Que el Dios omnipotente
Armado de venganza irá en su alcance.
El visitará luego
El dia de su enojo á los Tiranos:
Dará á sus carnes fuego:
Dará á sus huesos fetidos gusanos;
Que á todos los abrasen,
Y en su castigo eternos siglos pasen.

CANCION IV.

CANTO DE DEBORA.

POR EL TRIUNFO DE JAEL.

Los que ofrecísteis espontaneamente
De Israel al peligro vuestras vidas,
Al Dios Omnipotente
Las gracias dad debidas.
¡O! dadme vos oido
Los poderosos Reyes,
Y escuchad de mis voces el sonido
Los Principes, que al Mundo poneis leyes.
Yo soy, yo soy la que en sonoro canto
Ensalcé á Dios, y de Israel al Santo
Sujeto haré de las Canciones mias.
Tú, Señor, de Seir cuando salias,
Y pasabas de Edon por las regiones,
Temblar la tierra hacias;
Los Cielos destilar agua se viéron,
De Dios en la presencia
Las cumbres de Sinai arroyos diéron.
De Samgar en los dias,
Y de Jael en tiempo descansaban

Las desoladas vias,
Los que en ellas entraban
En sus calles errantes vacilaban.
Los fuertes, y arriscados
Del pueblo de Israel cesar se viéron,
Y quietos se estuviéron
Hasta que la gran Debora llegara
Y de Israel la Madre despertara.
El Señor nuevas guerras ha escogido,
Las puertas del *Cortuar* ha destruido.
¿ O si el escudo, y lanza
De su Israel dispuesto á la venganza,
En cuarenta mil viera,
De corazon amara yo, y quisiera
De mi pueblo á los fuertes?
Vosotros pues que á tan dudosas suertes
Con voluntad entera
Expusisteis los duros corazones,
Dad conmigo al Señor mil bendiciones.
Vosotros los que al bélico ejercicio
En las bestias subis mas arrogantes:
Vos que os sentais en tribunal de juicio,
Y vosotros tambien los caminantes,
Hablad todos, decid en altas voces

Que allí donde los carros, que en feroces
Caballos van unidos,
Y de nuestros contrarios destruidos
Fuéron los escuadrones,
Allí en dulces canciones
La justicia de Dios, allí se cuente,
Y su piedad clemente
De Israel con los célebres caudillos,
Cuando de la Ciudad á los portillos
El gran pueblo ha bajado,
Y consiguió del triunfo el Principado.
Levanta el grito, o Debora, levanta
La dulce voz, y un nuevo cantar canta,
Levántate Barac, levanta apriesa
De Abinoem, o hijo,
Y de coger en presa
A tus contrarios ten el regocijo.
Los restos de tu pueblo se han salvado,
Y el Señor por los fuertes ha peleado.
Del Tribu de Efrain los ha vencido
En Amalec, y luego del querido
Benjamin ha sus tierras debelado.
De Maquen los Caudillos han bajado,
Y los de Zabulon, que conducian

El batallon cuando á pelear salian.
Los de Isacar á Debora se uniéron,
Y las banderas de Barac siguiéron,
Barac, que al riesgo osado
Como á un despeñadero se ha arrojado;
Ruben entre sí en bandos dividido,
Gran contienda los fuertes han tenido,
Porque entre dos estremos te has sentado
Para oir los balidos del Ganado.
Ruben entre sí opuesto
En lid, ay! los magnánimos ha puesto.
Tras el Jordan Galaad en paz se via,
Con sus bajeles Dan en ocio estaba,
La orilla de la Mar Aser tenia,
Y en sus puestos moraba.
Mas Zabulon, y Nephthalin las vidas
A la muerte ofrecidas
Tuviéron de Merome en las regiones.
Los Reyes con sus gruesos batallones
Viniéron, y sus huestes asentáron,
Los Reyes de Canaan que batalláron
En Tanac junto el agua de Mageddo.
Pero ningun despojo se lleváron
Sino dolor, y miedo.

Que el Cielo, sí; los Cielos peleaban
Contra los insolentes:
Los astros en su curso permanentes
Contra el feroz Sisára batallaban.
Y de Cison el torrente
Sus pálidos cadáveres llevaba:
Sus olas al corriente
De Cadumin los daba.
¡ O ! pisa tú alma mia
De los robustos la cerviz impia.
Los pies de los caballos se rompiéron,
Que con sus caballeros
A rienda suelta huyéron
Precipitados en despeñaderos
Nuestros rivales fieros.
Sea maldita de Meroz la tierra
(Decir al Angel del Señor oyéron)
Maldecid los que encierra
Habitadores, los que no viniéron
A socorrer las gentes
Del Señor, ni á ayudar á sus valientes.
Bendita Jael eres
De Haber muger, entre todas las mugeres;
De Dios las bendiciones

Colmen tus pabellones:
Al que agua te ha pedido,
Le diste de la leche la dulzura;
Y en real copa ofrecido
Su candida grosura,
El acerado clavo en la siniestra,
Y el martillo tomó su mano diestra;
Y una lugar buscando
En su cabeza, y otra el golpe dando
Sobre el tirano valerosamente,
Entre sus pies cayó ruinosamente:
Cayó su cuerpo yerto,
Mil vuelcos dando entre su sangre fria;
Y desangrado, y muerto,
Entre su sangre el bárbaro yacia.
Mas su madre desde el balcon mirando,
Su tardar lamentando,
A los que la escuchaban, así dijo:
¿Como se tarda el Carro de mi hijo?
¿Qué es esto, que no viene?
¿Y de sus bravos caballos quien detiene
La inata ligereza?
Una, que en agudeza
A las demas mugeres excedia,

Así la respondia :
Acaso está despojos dividiendo,
Acaso una muger de extraordinaria
Belleza le estarán ora escogiendo
De la gente contraria.
Ricas galas variadas de colores
A Sisara por presa le estan dando,
O las joyas mejores
Para adornar su cuello estan juntando.
Así caigan, Señor, así perezcan
Todos tus enemigos :
Empero tus amigos
Aquellos que en amarte permanezcan,
Así, o Dios! en tu gloria resplandezcan,
Que el Sol no les iguale
Cuando en trono de luz de Oriente sale.

ODAS.

ODA PRIMERA.

A LA NOCHE.

Ya Febo en el Oceano sonoro
Templó su ardiente carro,
Privando á los mortales del tesoro
De su esplendor bizarro.
Las rubias Ninfas de su yugo ardiente
Las coyundas desatan
De rosicler; y en magestad decente
Le sirven, y le acatan.
Cual las riendas le toma de la mano
De ardiente pedrería,
Cual la guirnalda, cual el manto ufano,
Que al mundo da alegría;
Quien entretanto á la callada noche
De acero pavonado
Prepara apriesa el enlutado coche
De estrellas mil bordado.
Salen las negras horas, que en beleño
Ciñen la sien severa,

Vertiendo espanto, y derramando sueño
Por toda su carrera.
  Pasa Bootes el zenit del Cielo,
La vuelta al Carro dando;
Con sus ejes de escarcha en todo el suelo
Frio licor sembrando.
  Quietud callada en pasos descuidados
Con silencio profundo
Señorea los ánimos cansados
De todo el ancho mundo.
  Las estrellas en viva centinela
Con luz mas encendida
Aceleran el curso de la vela,
Y el de la humana vida.
  Reinan solo las sombras, en reposo
La tierra sepultada:
La lid de los cuidados al sabroso
Silencio encomendada.
  Yo mísero, á quien roban el consuelo
Del sueño mil cuidados,
En vano al Cielo vuelto, me desvelo
Con pasos mal guiados.
  Silencio voceador anda en batalla
Con mi ser temeroso:

Sin tregua de quietud mi pecho se halla,
Que llame mi reposo.
¡O sueño! entre el brocado y terso lino
Busco á tu paz el centro;
Por mas que imploro tu favor divino,
Huella de tí no encuentro.
Al Pastorcillo entre ásperos terrones
De tu cuello enlazado
Tu beso, ¡ò sueño! das, sin las prisiones
De algun mortal cuidado.
Tu cetro humilde al de los grandes trueca
La potestad; que en suma,
Mas bien acorres á la paja seca,
Que á la mullida pluma.

ODA II.

AL DIA.

¡Qué apacible beldad el nuevo dia
En su rosado manto
Muestra, triunfando de la noche fria,
Y su adormido espanto!
Con invisible y blando movimiento
De su tiniebla negra

Escombra, y barre el ámbito del viento;
Y al Cielo y mundo alegra.
  Por el aire sereno en sosegado
Vuelo el aljofar baja;
Y la concha en su seno nacarado
Ardientes perlas cuaja.
  Sale el Sol con radiante señorío;
Toda la mar se altera:
Tiembla la luz sobre el cristal sombrío,
Que bate su ribera.
  Crecen los rayos de la luz febea
Con mas pujante aliento,
El bajo suelo en derredor humea,
Y arder se mira el viento.
  Las montañas heridas de su lumbre
Se ven de oro bañadas;
Las aves en confusa muchedumbre
Cantando alborozadas.
  Las flores su capuz rompen aprisa,
Y el verde prado esmaltan;
Y en el cristal que renovó su risa
Los pececillos saltan.
  Mas toda esta beldad que al mundo place,
No llena mi deseo;

Si luego que la luz de Apolo nace,
La de mi Sol no veo.
 Ven ya, Lucero mio, pues te aguardo;
Y al pie de esta montaña
No hay rosa, ni clavel, jazmin ó nardo,
Que tu tardar no estraña.
 Ven, que si el Delio Dios no amaneciera
Con sus candores rojos,
La luz el dia no perdiera
Con ver la de tus ojos.
 Ven, mi Lucero, ven: no desesperes
A un alma que te adora;
Si cual muere de amor de amores muere
Por su dulce señora.

ODA III.

A UNA FUENTE.

En este fértil huerto,
Que á emulacion de Hesperio se colora,
De la beldad cubierto,
Con que al romper la Aurora
Renueva su matiz la culta Flora;
 De una chinesca taza

En una y otra el artificio crece
De tan diversa traza,
Que el arte se envanece,
Y al marmol deja atras, que le obedece.
Por sus bocas cien Ninfas,
En labor varias, forman las vertientes;
Y recogen las linfas
Cien Faunos diferentes
En otras tantas urnas relucientes.
Vense tantos raudales
Por tanto caño, en proporcion distinto,
Que de agua y de cristales
En bien corto recinto
Se admira un transparente laberinto.
Admíranla las aves,
La admira el Sol, admíranla las flores,
Y en acentos suaves
Los tiernos Ruiseñores
Al son de su raudal cantan amores.
Si su beldad te es grata
Ven, Celidora, ven, pues te convida
Quien tu contento trata,
Y en tí tiene su vida;
Ven, Señora, á esta fuente apetecida.

Que no en balde ha pensado
Entre las mas preciosas y caudales
Gozar el principado;
Con tal que sus cristales
Guste una vez tu labio de corales.

ODA IV.

¡O humana suerte de inconstancias llena,
Con quien no vale gracia ni hermosura!
Ni en su opulenta magestad ni altura
El Cetro Real que un mundo y otro enfrena,
Constante y firme dura!
No hay dia de esplendor tan refulgente
Que no vista la noche en negros paños;
Ni alegre sangre en juveniles años
Que esté libre de riesgos, ó se exente
De máquinas de engaños.
Ahora la beldad que el mundo admira
Las flores goce y esplendor luciente;
Y de su fama en el rosado Oriente
Suene su voz, y en cuanto Febo gira
Corra de gente en gente.
Ahora el cabello enlace en la garganta

Con las perlas que el mar de Arabia cria,
Y sobre tiria grana en pedrería
Del rico monte Imabo, ostente cuanta
Riqueza á Persia envia:
Todo es sombras, y fábulas, y engaño,
Despiertos sueños de la humana vida,
Que hasta donde la muerte está escondida
Discurre y vuela de uno y otro daño,
Y en el mayor se anida.
Ni del Tigris las ondas que feroces
En rápidos raudales van bramando,
Ni las Aves de Vénus que pasando
Los desiertos del Africa veloces,
Cortan el aire blando;
Ni otro curso mayor medirse debe
Al que el tiempo fugaz la humana vida
Lleva tras sí: la pena desabrida
Parece que es quien solo no se mueve
Del pecho, en que se anida.

ODA V.

EN LOOR DE LOS HÉROES ESPAÑOLES.

¿Cual Héroe invicto, ¡o sacra Melpomene!
Qué hazaña portentosa
Del Ibero valor querrás piadosa,
Que en mi agitada cítara resuene;
Siquiera incauto zelo
Me instigue, y la pasion al patrio suelo?
Ora mi acento al Rodope aplaudido
Del céfiro llevado
Se vea en donde Orfeo, el encrespado
Cabello de laurel y oro ceñido,
Cantando en docta lira
Del oso y del leon domó la ira.
Cuando el cristal mil Nayades rompiéron
Por oir la hechicera
Música de su voz; y en la carrera
Las mas rápidas ondas se tuviéron;
Y los vientos veloces
Enfrenáron sus ímpetus feroces:
Allí donde los plátanos mostráron,
Y fecundos olivos

Dar aplauso á su son, cuando festivos
Sus pomposas guirnaldas reclináron,
Los ramos estendian,
Y atentamente pareció que oian.
¿Mas cual furor mi espíritu levanta?
¿De cual Númen llevado,
Que en el globo inmortal jamas tocado
De otros mortales pies fijó la planta;
Y el mundo abandonando,
Por los campos etereos voy vagando?
¿Qué no vista palestra, qué estandarte,
Qué bélico alboroto
De inmensos escuadrones miro y noto?
¿No es este el reino del sangriento Marte?
¿No oigo de sus inquietas
Cajas el son, y horrisonas trompetas?
Sobre un carro agilísimo rodante
Descubro al Dios horrendo,
Sus feroces cuadrigas impeliendo;
De pie á cabeza armado de diamante:
Tras la lanza el membrudo
Brazo blandiendo el fulminante escudo.
La Virtud militar su rostro hermoso
El fuego al Sol hurtando,

Las garzas de morrion al viento ondeando,
Valor infunde al ánimo fogoso:
A sus Atletas fieles
Mil triunfos prometiendo, y mil laureles.
Seguida de varones esforzados,
A los demas cual soles
Los deslumbran los claros Españoles
En la sublime rueda colocados;
Y atónitos los miran
Los que los eternales cercos giran.
Mi pecho enardecido en viva llama
Del antiguo deseo
De celebrar las glorias, en que hoy veo
El ejemplo feroz que tanto inflama
La Hispana valentía,
Con nueva agitacion así decia:
Salve ínclitos Iberos no domados,
Cuyos fuertes pendones
Diéron del frio Sur á los Triones
Sombra, y asombro en pueblos ignorados,
Poniendo justo freno
Del fin del Orbe al mas oculto seno.
A vos la tierra se postró rendida,
Sus límites abriendo;

Por hijos os juzgo de Jove horrendo
Dejando su extension estremecida;
Y absorta en la pujanza
Con que mil rayos vuestra diestra lanza.
Yo cantaré el primero
Al padre de la Hispana Monarquía,
Aquel feroz guerrero
Que de Roma al furor freno ponia,
Por quien nos vino todo
El pundonor, y prez del valor Godo.
O Viriato, tu indómita constancia
Yo cantaré tras esto,
Cuyo invencible arresto
Burló del Capitolio la arrogancia;
Y subiré de punto
La gloria de Numancia, y de Sagunto.
Tu gran valor, o noble Recaredo,
Decir ya determino,
Restaurador divino
De nuestra fe, de Francia y Roma miedo,
Y la feliz estrella
Que España consiguió en seguir tu huella.
Mas á tu gloria, o triunfador Pelayo,
Cual otra habrá tamaña

Que á la ofendida España
Volver hiciste del mortal desmayo,
Ser nuevo dando, y vida
A su esperanza, y libertad perdida.
La invicta espada, y esgrimir sonoro
En celebrar ya tardo
Del feroz Leones sin par Bernardo,
Que al Frances rinde, y doma al pueblo Moro,
Cuyo valor, y arresto
Será por grande un tiempo en duda puesto.
Tambien diré el valor de un nuevo Alcides,
De Hernan Gonzalez luego,
Y en dulce son á la region del fuego
Haré subir las inmortales lides
De Lara, en siete infantes,
Del Castellano honor astros radiantes.
Pero constante Cid, honor de España,
A cual esfera alzado
Serás, tú á quien el Moro ha respetado
En el frio ataud, grandeza estraña,
Cuando con ceño altivo
Tambien triunfabas muerto como vivo.
Cuál despues de estos Capitanes cante
Pensando estoy dudoso,

O al que para su triunfo al Sol fogoso
Paró en la lid, ó aquel que al arrogante
Monstruo venció, que hacia
Indigno ultrage al ave de María.
No callará mi Musa el fiel Caudillo,
Que en armas Marte insano
Nunca vió tan leal, el Castellano
Nuevo Abraham, el que arrojó el cuchillo,
Para que á su hijo bello
El Moro sitiador pase á degüello.
Mas canta, o Musa, aquel que luego halla
El ignorado mundo;
Sus naves rompe, y echa al mar profundo,
Siete Imperios ganando en la batalla,
Cuyos feroces Reyes
Aherrojó, y trajo á las Hispanas leyes.
O al que gran Capitan nunca vencido
Llegó á alcanzar por nombre;
Cuyo esfuerzo, y renombre
No en padrones de marmol esculpido
Dejó al mundo memoria,
Mas toda Italia celebró su gloria.
O al que el reino rigió con feliz freno
De Neptuno espumoso,

Marques de Santa Cruz, héroe famoso,
Quien si despues de mil victorias lleno
Atroz parca no cierra
Sus ojos, diera asombro á la Anglia tierra.
Del Marques invencible de Pescara,
Despues haré memoria,
A quien el Cielo en singular victoria
Prometió un triunfo de grandeza rara,
Y á España un gran tesoro
En el Rey preso de los lirios de oro.
O al que bajo la anciana barba el claro
Toison pendiente muestra,
Que salió siempre con triunfante diestra,
El gran Toledo de la patria amparo,
De leales amigo,
Y de rebeldes áspero castigo.
Quien de cien trompas de sonante bronce
Me concediera el eco,
Para cantar del Aguilar, Pacheco,
Cerda, Bazan, Giron, Davila, y Ponce,
Cada cual aguerrido,
Famoso Capitan nunca vencido.
La fama de estos ínclitos varones
Veo crecer cual planta

Que al Cielo con los años se levanta,
Dilatando sus lenguas, y pregones;
Pero ya se me ofrece
Quien como sol entre ellos resplandece.
Esto es, el jóven de Austria, que en Lepanto,
Despues que de Granada
La Morisma dejó desbaratada,
Al espanto del mundo puso espanto,
Y al Turco imperio ciego
Arrojó al mar deshecho en humo, y fuego.
Diré en fin de Filipo el animoso,
Aquel que de las guerras
Civiles, é intestinas de sus tierras
Volvió á la España á un sin igual reposo,
Siendo entre tantas lides
Alejandro novel, Hispano Alcides.
Mas tú de este gran padre respetado,
Gran hijo, y heredero,
Carlos, escudo del Imperio Ibero:
Tu del gran César eres el traslado;
Mandar dos orbes puedes
Rey, César, y Señor, que no le cedes.
A pesar de fortuna, y de los hados,

Tus bélicos pendones
Del Sur á los Triones
Darán sombra en los pueblos ignorados,
Poniendo justo freno
Del fin del orbe al mas oculto seno.
  Tú la tierra rigiendo,
A ti inferior se postrará humillada;
Y con el trueno horrendo
Guerra le harás, quedando escarmentada
Cuando el rigor la alcance
Del feroz rayo, que tu diestra lance.
  Así yo enardecido prorumpia,
Absorto en los Campeones
De nuestra Patria indómitos leones;
Cuando desfalleciendo mi osadía,
Advierto que oso en vano
Subir donde no osara orgullo humano.
  Que si aquel globo altísimo defiende
En sus etereos techos
La inmortal gloria de los altos pechos,
Que en bélico furor Mavorte enciende;
En vano humana lira
A competir su eternidad conspira.

Y si una empresa tan dificil, y alta
De bajo al Númen culpa;
Solo intentarla basta por disculpa,
Cuando la fuerza, y no el deseo falta;
Y yo en haberla osado
Seré con glória en otra edad nombrado.

TRADUCCIONES.

ODA PRIMERA.

Jam satis terris nivis atque diræ.
Hor. Lib. I, Od. 2.

Ya el Padre Omnipotente
Cubrió de nieve, y de granizo el mundo:
Y con su mano ardiente
Batiendo el sacro alcazar sin segundo,
A Roma puso en un temor profundo.
En un espanto horrible,
Y miedo puso á todos los vivientes:
Pensaba que el terrible
Siglo tornaba, que ahogó á las gentes
En agua, y copiosísimas corrientes.
Pirra se condolia
Viendo mil novedades prodigiosas,
Cuando allí conducia
Proteo el ganado, y focas espantosas
A las montes, y peñas cavernosas.
Y mil varios pescados
Se viéron de los olmos en la altura
Subidos, y pegados

Do fundó la paloma simple, y pura
Bien conocida casa, y mal segura.
Los gamos y las fieras
Con un temor cobarde, y sobresalto
Olvidan sus carreras,
Nadando sobre el mar tendido y alto,
Dando en el agua un salto, y otro salto.
Vimos el agua roja
Del Tiber, que violento sus corrientes
Del mar Toscano arroja;
Retorciendo sus ondas y vertientes
Contra los edificios mas potentes.
Parece que mostraba
Dar gusto el rio al mugeril deseo;
Que mucho se quejaba
Ilia, y el Tiber con atroz meneo
Le promete vengar el hecho feo.
Abre con desatino
Por el siniestro lado un ancho seno;
Talando va el vecino
Campo Romano, de braveza lleno;
Lo cual no aprueba Júpiter por bueno.
Los mozos descendientes
Tendrán memoria del cruel estrago;

Y afilarán las gentes
El hierro cortador, y un ancho lago
Dará de sangre á nuestro vicio el pago.
¡Ay! ¿cuanto mejor fuera,
Volver el duro, y rigoroso acero,
Y el odio y rabia fiera
Contra el Parto feroz, bravo guerrero,
O contra el duro Scita, ó Persa fiero?
¿A cual Deidad pues luego
El pueblo invocará para el caido
Imperio? ¿Con qué ruego
Las Vírgenes piadosas, y gemido
Fatigarán de Vesta el sordo oido?
Y el Padre soberano,
¿A quien dará el divino y santo cargo
Que con remedio sano
El daño limpie, y cure mal tan largo,
Volviendo en dulce risa el llanto amargo.
Ven pues, o favorable
Apolo, anunciador de la alegría;
Descubre el agradable
Rostro hermoso, y un dichoso dia
Vestido de una blanca nube envia.
O tú, Vénus graciosa,

Si te place demuestra el bello riso
Donde el gozo reposa,
Y do el amor alegre nacer quiso,
Que vuelve al mundo el dulce paraiso.
  Y tú, Marte encendido,
Los ojos vuelve al pueblo, que engendraste;
Que despreciado ha sido,
En quien tu brava furia apacentaste:
Tan largo juego ya de espada baste.
  A tí los alaridos,
Y el confuso gritar, y las celadas
Lucidas, y bramidos
Te agradan; y del Moro las espadas
(Que puesto á pie es mas fiero) ensangrentadas.
  Tú, que de grande altura
A la hija de Atlante nombre diste,
Mudada tu figura
En vuelo venturoso descendiste,
Y de este bello jóven te vestiste.
  Gustando de llamarte
De César vengador, o jóven claro,
Al Cielo que es tu parte
Muy tarde vuelvas, y con gozo raro
Dé al Romano pueblo eterno amparo.

Y algun ligero vuelo
No te nos quite, aunque los vicios nuestros
Te ofenden en el suelo:
Primero en él tus grandes triunfos diestros
Canten del sacro monte los maestros.
Ten por blason honroso
Ser dicho Padre, y Príncipe extremado:
Y el Medo belicoso
No consientas correr en campo armado
Sin la pena debida á su pecado.

ODA II.

Quis multa gracilis te puer in rosa.
Hor.

¿Qué lascivo mozuelo
Blando, y con mil olores rociado,
O Pirra, sin rezelo
Te tiene con sus brazos anudado
El cuello estrechamente
En tu agradable gruta, y lecho ardiente?
Y tú con tez sencilla,
Sin engañosa falsedad de afeite
Una, y otra mejilla

Le muestras, con que enciendes su deleite;
Y tus rubios cabellos
Destrenzas, y le tiendes red con ellos.
Cuantas veces el necio
Mozo imprudente llorará su daño,
Tu falsa fe, y desprecio,
Los contrarios amores, y el engaño;
Y temerá los vientos
En el áspero mal de sus contentos.
Y él fácil y creible,
Que de tu hermosura goza ahora,
Seguro y apacible,
Piensa que nunca le has de ser traidora;
Y no ve el miserable
Que tu querer es viento deleznable.
¡Ay! de los desdichados
A quienes brillas, y en lustrosa cara
Aplaces! no enseñados
A conocer tu fe mudable y cara;
Que en tus serenas calmas
Anegan los contentos de sus almas.
Yo sufrí con afrenta
Naufragios en el mar de tus engaños:
Mas ya de la tormenta

Colgué los rotos, y mojados paños;
Y al Dios del mar amigo
Pinté una tabla, de mi mal testigo.

ODA III.

Lydia dic per omnes.
HOR., L. I, Od. VII.

Por los Dioses te ruego
Me digas, Lidia, como afliges tanto,
Y quitas el sosiego
A Sibaris, el mozo que con tanto
Amor te quiere, y ama;
Y tú lo abrasas en su ardiente llama.
¿Porqué aborrece, dime,
Sufriendo el polvo, y Sol sin pesadumbre
Al campo Marcio, y gime?
¿Porqué enseñado á militar costumbre
No juega y arremete
Entre tanto, y gallardo igual ginete?
¿Porqué ya no corrige
La feroz boca del frison brioso;
Ni con freno la rige
De brida, que es mas duro y riguroso;

Ni su cabeza enhiesta
Con yelmo cubre, y penacho cresto?
Porqué tanto rehuye
Tocar del Tiber las bermejas ondas:
Porqué mas teme, y huye,
Que á la sangre de víboras hediondas,
Al lucio aceite, y grueso,
Que hace al luchador mas fuerte, y tieso.
Y de la dura malla
No viste el jaco, ni arma mano, y dedos:
Y ¡ay! de la batalla
En los brazos nervosos, y molledos
No muestra cardenales,
Ni de gloriosos golpes las señales.
Mil veces con gallardo
Semblante hizo en la contienda raya,
Tirando el fuerte dardo;
Y arrojando un gran peso, y azagaya,
Con tiro muy derecho
Abrazó mas del señalado trecho.
Ahora está escondido,
Y se hurta á los ojos de la gente;
Como el jóven nacido
De Tetis ántes de la guerra ardiente

De Troya, á quien engaños,
Y amor vistiéron mugeriles paños.

ODA IV.

Vides ut alta stet nive candidum.
Hor. L. I, Od. VIII.

¡O Taliarco hermano!
¿Ves el Soracte monte levantado
Con honda nieve cano;
Y el bosque de gran carga trabajado:
Y en penetrable yelo
Cuajado el rio, y apretado el suelo?
Templa con buen sosiego
El acerbo rigor del duro frio,
Echando sobre el fuego
Los leños, que guardaste en el estío;
Y saca largamente
Del oloroso vaso el vino ardiente.
Y los demas cuidados
Entrega á Dios, que con prudencia sabia
De los vientos hinchados
Enfrena en el furioso mar la rabia;
Y guarda, y asegura

Al cipres alto, y á la encina dura.
   Con sutileza vana
No busques el futuro tiempo incierto;
Ni que ha de ser mañana:
Y en cualquier dia que tuvieres cierto,
Haz cuenta que en el trance
Postrero echaste un provechoso lance.
   Y pues la flor empieza
De tu verano corto, y edad breve;
Y esté de tu cabeza
Ausente la pesada, y fria nieve;
Coge en las tiernas flores
Los dulces frutos de placer, y amores.
   Y ahora frecuentadas
El campo sean, y eras deleitosas:
Y en horas concertadas
Las pláticas lascivas, y amorosas,
Entre silencio y risa
Hablando cuando la razon avisa.
   Y aquel suave riso
Que del rincon mas íntimo resuena;
Y da señal, y aviso
De la mozuela oculta que allí suena;
Que se escondió á sabiendas

Para hallar mas dulces sus contiendas.
La prenda arrebatada:
Digo sortijas, ó manillas de oro,
O lo que mas te agrada
Algun precioso, y rico igual decoro
Quitado de los dedos,
Que fingen hacer fuerza, y estan quedos.

ODA V.

Quem virum aut heroa lyra vel acri.

Hor. L. I, Od. XI.

O Clio, Musa mia,
¿A qué varon celebrarás ahora
Con versos de alegría,
Con lira dulce, ó flauta muy sonora;
A quien del valle hueco
En su alabanza me responda el eco?
O ya ahora resuene
En las umbrosas faldas de Elicona;
O ya en el Pindo suene
Mi voz, á quien la dulce tuya entona;
O ya en el Hemo helado,
O en el Ródope monte celebrado;

De donde se moviéron
Las selvas á la voz del Tracio Orfeo:
Los rios detuviéron
Su curso rapidísimo, y rodeo;
Y los ligeros vientos
Enfrenáron sus varios movimientos.
¿Pues qué diré primero
Que las horas con mas razon contadas
Del Padre verdadero,
Que con prudencia sabia gobernadas,
Y mando poderoso,
Las cosas tiene en órden amoroso?
Y templa el mar y tierra;
Y el mundo rige en tiempos diferentes:
A donde no se encierra
Cosa mayor, ni fuerzas tan potentes.
Tras de esto el alabanza
Palas en trecho no distante alcanza.
Y no olvidaré ahora,
O Baco en las batallas animoso,
Tu fuerza vencedora:
Ni á tí Vírgen de brazo poderoso;
Que con flechas ligeras
Persigues en los montes á las fieras.

Tampoco callar quiero,
O santo Febo, tu valor temido
En el tirar certero:
Diré de Alcides el jamas vencido;
Y á los hijos de Leda
Diré con tal que tanto decir pueda.
Al uno y otro hermano,
Castor, y Polux, cada cual honrado
En arte sobrehumano;
El uno diestro en lucha, el otro usado
A mil glorias triunfantes
Corriendo los caballos espumantes.
La estrella de los cuales
Luego que nace, al navegante alegra;
Destierra los mortales
Rezelos tristes de la muerte negra;
Y el piélago revuelto
En paz lo deja, y en quietud resuelto.
Pierde su furia el viento:
Huyen las nubes su presencia santa:
Y el húmedo elemento,
Que en valientes escollos se quebranta,
Muestra con alegría
Sus olas de luciente argentería.

Pensando estoy dudoso
Si tras de aquestos cantaré primero
Al bravo, y belicoso
Rómulo, ó de Pompilio Rey severo
Pacífico, y divino;
O el Imperio soberbio de Tarquino.
O si del atrevido
Caton diré la honrosa, y dura muerte:
Con pecho agradecido
Tambien la lastimosa indigna suerte,
De Marco Atilio digo,
Que fué y guardó palabra á su enemigo.
Y cantarán mis versos
A los Escauros graves, y constantes,
En mil casos adversos:
Y al Consul Paulo en otros semejantes,
El cual con pecho ufano
Dió la vida al furor del Africano.
Y á Fabricio, y Camilo;
Y á Curio de cabellos mal peinados.
Diré en el mismo estilo;
Los cuales fuéron en la guerra osados;
Y sin temer bajeza
Se honráron con el áspera pobreza.

La fama de Marcelo
Cual árbol en oculto tiempo crece:
Y de Julio en el Cielo
La estrella entre las otras resplandece,
Como entre otras estrellas
La clara Luna con sus luces bellas.
¡O hijo Omnipotente
Del Padre antiguo! ¡O Padre, fiel reparo
De aquesta humana gente!
Tú del gran César tienes el amparo.
Gobierna pues el mundo;
Siendo Rey, César, y Señor segundo.
O ya los Partos bravos
Que estan á Italia siempre amenazando
(Como á Ulises esclavos)
Sujete al yugo de su fuerza, y mando:
O ya de la India gente,
O de los Seras triunfe en el Oriente.
Que rigiendo la tierra
Será inferior á tí de buena gana:
Y tú moverás guerra
Con truenos de potencia soberana:
Y tú harás castigos
Arrojando mil rayos enemigos.

ODA VI.

Pastor quum traheret per freta navibus.
Hor. L. I, Od. XIII.

El Pastor fementido
Páris al tiempo que iba el mar sulcando
Contento, y engreido
Con sus ligeras naves, y llevando
A Helena, hecho ultrage
A la debida fe del hospedage:
Al irritado viento
En este punto sosegó Nereo:
Y dijo el triste cuento,
Y amargos fines de aquel hecho feo;
Y los funestos hados
A Troya por tan grande mal guardados.
¡Como con mal agüero
Llevas á la muger de agena casa!
¡Ay! cuanto Griego fiero
Conjurado sin número, y sin tasa
Te romperá el contento;
Y deshará tu infame casamiento.
Del Priamo el imperio

Antiguo, noble, rico, y celebrado
Caerá con vituperio,
¡ Ay ! qué sudor, y aprieto está guardado
A muchos escuadrones
De caballos, y de inclitos varones.
Y qué espantoso estrago
Mueves á la Troyana triste gente.
De tu traicion el pago
Verás muy presto; que Belona ardiente
Ya apercibe celada,
Escudo, y carro, y rabia ensangrentada.
En vano confiado
En el auxilio de tu Vénus fiera,
Ufano, y descuidado
Peinarás la cabeza lisonjera;
Y en lira blanda, y verso
Darás solaz al tierno sexo adverso.
Tambien huirás en vano
Las mas pesadas armas inquietas
Al tálamo profano;
Y del Cretense fiero las saetas:
Y el temeroso estruendo
De Ayax ligero, que te irá siguiendo.
¡ Mas ay ! que al fin revueltos

Verás esos cabellos muy peinados,
Y en polvo y sangre envueltos:
¿No ves tantos ardides fabricados,
Y al hijo de Laerte,
Que será de tu Patria total muerte?
¿No ves al muy prudente
Nestor? y como al Teucro Salamino,
Y al otro muy sapiente
Estenelo en batallas peregrino,
Que el carro va guiando,
Que con redondas alas va vogando.
Te siguen con horrendo
Furor en triste, y tenebroso trance.
¿No escuchas el estruendo
De Merion, que ya te va al alcance?
Y al hijo de Tídeo
Rabiando por ganar de tí el trofeo?
A aquel Diomedes digo
Mas que su padre fuerte, y mas valiente;
Del cual bravo enemigo
Con pecho mugeril cobardemente
Huirás, cual tierna cierva
Que viendo al lobo olvida pasto y yerba.
¿Y prometias esto

A Helena, cuando echabas mil blasones
Con amoroso gesto?
Y aunque la armada, y fuertes escuadrones
De Aquiles enojado
Dilatarán de Troya el triste hado;
  Despues de nuevos años
El fuego Griego, á quien tu amor atiza,
Ardiendo por engaños,
A la alta Troya volverá en ceniza:
Y quedará desierta
De negros humos, y de hollin cubierta.

ODA VII.

Velox amœnum sæpe Lucretilem.

Hor. L. I. Od. XV.

De su dulce acogida,
Que en el Liceo monte el Fauno tiene,
Con ligera corrida
Al suelo fértil de Lucretil viene,
Para tomar contento
En este dulce sitio, y fresco viento.
  Este lugar defiende
Mis cabras siempre del fogoso estío:

Tampoco les ofende
Aquí la fria escarcha, ni rocío;
Ni los recios inviernos
Pueden dañar los corderillos tiernos.
Seguramente pacen
Buscando aquí y allí las tiernas gramas,
Que en este bosque nacen;
El citiso y tomillo, y otras ramas,
Que las cabras engruesan,
Y de substancia, y leche las retesan.
Apriscos, y rediles,
Do estan los cabritillos encerrados,
No temen las sutiles
Mordeduras de sierpes, ni pintados
Lagartos, ni los robos
Que hacer suelen los hambrientos lobos.
¡O Tindaris hermosa!
Cuando mi dulce caramillo suena,
El valle, y selva umbrosa
Y el monte Ustica en derredor resuena;
El monte á cuya cumbre
Se sube sin trabajo y pesadumbre.
Su gracia, y alegría
Me aspira Dios, y mi piedad le agrada,

Y aquesta Musa mia:
De aqui la copia gozarás colmada,
Que aquí derrama el cuerno
Benignamente flor, y fruto tierno.
En este valle, y flores
Huirás de la Canícula el gran fuego;
Y cantarás amores
Con la sonora cítara del Griego
Poeta Anacreonta,
Que entre amorosos cisnes se remonta.
Cantarás las pasiones
De Penélope y Circe; y los rezelos
De entrámbos corazones;
Y de una y otra los rabiosos zelos:
Que en cada cual muy fuerte
Trabaja por el hijo de Laerte.
A la sombra holgando
Agostarás aqui los vasos llenos
Del vino Lesbio blando;
Y el padre Baco, y Marte muy serenos
Quietos amorosos
No mezclarán combates sanguinosos.
Ni zelos inhumanos
De Ciro tu protervo, y duro amante;

Ni las violentas manos
Temerás del villano, que delante
Te quite la guirnalda,
Y airado rasgue tu inocente falda.

ODA VIII.

Mater sæva Cupidinum.
Hor.

La madre cruel ufana
De los amores, y el mozuelo fuerte
De Semeles Tebana,
Y el ocio (que es de las Virtudes muerte)
Me impelen vuelva luego
Al amoroso, ya dejado juego.
El rostro bello, y claro,
Y la tez mas bruñida, y espejada,
Que mármoles de Paro,
De mi Gliceria dulce enamorada,
Me enciende en blanda llama;
Y en su veneno mismo amor me inflama.
Enciéndeme el sentido
Su gracia, y natural desenvoltura;
Y el melindre atrevido,

Y del semblante tanta hermosura;
Que el que á mirarla empieza
Con ojos, alma, y corazon tropieza.
Dejó á su Chipre amada
Vénus, y edificar su templo quiso,
Y hacer su morada
En mi pecho su antiguo paraiso;
Y tiéneme ocupado
Ageno de cualquiera otro cuidado.
No consiente que cante
Del indómito Scita, bravo, y fiero
El osado semblante:
Ni el animoso Parto, que ligero
Revuelve, y espolea
Al caballo, y huyendo mas pelea.
Ponedme pues las aras;
Aquí esparcidme rosas, y verbenas:
Vaciad las copas claras
De ardiente licor llenas;
Y dad incienso al fuego,
Que la víctima hecha vendrá luego.

ODA IX.

TRADUCCION LIBRE DE UNA DE SAFO.

Salve, Vénus hermosa,
La mas dulce maestra
De Amor en la palestra;
De Jove hija preciosa;
Cuyo Númen sagrado
En tantas aras siempre fué invocado;
Salve, y mi voz atiende,
No dejes que á millares
Me maten los pesares;
Antes acá desciende
Cual un tiempo solias
Grata acudir á las plegarias mias.
Movida de mi ruego
Tal vez á mí bajaste;
Tal vez por mí dejaste
El celestial sosiego,
Que del gran padre amado
Gozaste en Alcazar estrellado.
Yo ví en ligero vuelo
Tirar tu carro uncidas

Tus aves mas queridas;
Y descender del Cielo,
Cortando con sus alas
Del aire vago las etereas salas.

Y cuando á mí llegabas
Tú misma, ¡o dulce Diosa!
Con vista cariñosa
Que risas de amor dabas,
La causa me pedias
Del dolor, que en mi rostro conocias.

¿Por cual razon demando
Tu auxilio sin sosiego,
Quien á mi dulce ruego
Quiero atraer mas blando,
O á quien prender queria
En las amantes redes que tendia?

Acuérdome cuan grata
Me dijo allí tu boca:
¿Quien tu furor provoca?
Mi bien, ¿quien te maltrata?
Si hubiere quien por caso
Huya de tí, tras tí volverá el paso.

Si no recibe dones
Los dará afectuoso;

Si es libre, y desdeñoso,
Veráse en tus prisiones;
Si sin amor le vieres
Luego amará, y hará cuanto quisieres.
  Ven, o de Amor Princesa!
Ven, ven como solias
En los antiguos dias,
Pues tu deidad no cesa;
Ven, y libra mi vida
De insufribles tormentos oprimida.
  Ven, y en tan fuerte instante
Tu auxilio en mí se vea;
Cumple lo que desea
Mi corazon amante;
Y en mi favor armada
Conmigo mire tu deidad sagrada.

SILVAS.

SILVA PRIMERA.

Á LA PIEDAD.

¿ Cual otro digno objeto
En la gran copia de gratuitos dones,
Que ilustra la razon, llegó al respeto
Que tú, Piedad santísima, me impones?
Tú principio serás de mis Canciones,
Tú, que de mis cuidados
Siempre fuiste el primero, Virtud santa;
Pues tu eficacia es tanta,
Que ser á tí negados
Los hijos de la tierra mal podrémos.
Tú, entre todos los grados
De superior valor, y de excelencia
Que en los mortales vemos,
A nuestros dulces padres mandas demos
Con frente humilde honor, y reverencia.
¿ Pero cual elocuencia,
Cual fuerte voz de cuanto los debemos
Ponderará un traslado?
Ser, vida, luz, crianza, amor, cuidado,

Arrimo, nombre, y honra se los debe,
Que jamas les podrá ser bien pagado.
¿Y habrá quien desalmado
A no rendirles este honor se atreve?
No es mio, no, creer que por ventura
Se pudo autorizar tal desmesura.
Cualquier culpa en el hombre fuera leve
En comparacion de esta,
Cual de eternales rayos coronada
La divina razon lo manifiesta.
¿Cual ley, cual tradicion mas propagada
Por una antigüedad de años prolijos
El mundo usó en sus hijos,
Sin que en cada interior ser radicada
La Nacion mas remota,
Por su barbarie insólita, lo estorbe?
Ponedme pues del Orbe
La mas ciega, é idiota;
Y si por caso duda se os ofrece
De que sin Dios, ó Ley á vivir llega,
No digais que el honor al padre niega.
Que á todos Temis Santa con luz pura
Los guia, y asegura.
Que como el que atesora, en bienes crece

Quien honra da á su madre,
Y el recibir la bendicion del Padre
La Casa de los hijos fortalece,
Donde eterna es la gloria,
Y sin fin en los buenos su memoria.
Empero aquel, cual humo desparece,
Y es siempre ignominioso,
Que ingrato los oprima,
Y en maldicion él que los desestima.
En el cerco de nubes espantoso
Verá apagarse arrebatadamente
Su luz, quien fuere de ellos maldiciente
Y ¡ojalá que los ojos que á su padre
Fisgan, ó miran torpes á su madre,
Arranquen fieros cuervos, y sangrientos
Los coman pollos de águilas hambrientos!
Yo en el polvo mi labio
Pondré, noble piedad, por respetarte,
Seguirte, y pregonarte;
Pues bajo el Cielo igual á tí no tienes,
Ni otra cual tú deudora á tantos bienes.
Bella virtud ¿cual sabio
Gentilico en tu elogio no se alarga?
¿Qué Oráculo creido

Á no ensalzar tu gloria se ha atrevido?
¡Qué? ¿por dicha no encarga
Tu guarda el Inmortal? ¿quien resplandece
Sobre el mas alto Querubin, no ofrece
Vida en retorno larga,
Vida que con sus dádivas bastece?
¡Quien pues te negará Virtud divina
El sólido Candor de tu doctrina?
¡O! ven luz grata, ¡O! séllate en mi frente,
Seré á quien debo mas, mas reverente.

SILVA II.

DE LA CONGRATULACION.

¿Qué bien hay que no iguales,
O sin tí quien mejor las alma sella,
Congratulacion bella,
Que de un noble, y divino pecho sales!
Tú eres, prenda feliz de los mortales,
La que has establecido,
Que del próspero bien en que miremos
Otro hombre bastecido
Con muestras de placer nos alegremos.
Y á los miembros que vemos

A un mortal cuerpo unidos, nadie veda
Que el bien del uno en gozo de otro ceda;
Si el simple amor de ser conciudadanos
Atrae á los humanos,
Los que en virtud unidos
Por tí se ven con vínculo mas fuerte,
¿Placer no habrán de la dichosa suerte
En que ven á sus próximos queridos?
Así, que este tu gozo, es fruto amable
Del Ser sumo inefable,
Gozo, sí, gozo, y no del bien profano,
Y solo en la apariencia, que ese es vano;
Mas del que á un fin honesto se endereza
Puro placer sin mezcla de tristeza,
Ni resabio de envidia,
Falaz en persuadir, que otra ventaja
Deslumbra nuestro mérito, y lo ultraja.
Cual la piedra brillante
Ejemplo da, pues nunca se fastidia,
Ni se muestra con pálido semblante,
Por ver al rubio Sol mas claro que ella;
Que ántes se rie, y lumbre da mas bella.
Pero sin tí, o Virtud, ¿qué no es la envidia?
Es pálido pesar del gozo ageno,

Que en el pecho del malo siempre lidia,
Derramando pestífero veneno.
Crímen de abrojos lleno,
Y el mas nocivo, pues que descontenta
Al alma, que le abraza, y le atormenta.
Cuando naturaleza se complace
Con el ageno bien, no al Sol la Luna
Envidia su fortuna,
Ni los rios al mar, que ántes les place
Gozar el bello grado,
Que á cada cosa el Inmortal le ha dado.
Así cuando otro gozo en tí no hubiera,
O divino placer, por el crecido
Gozo que da el ánimo abatido
Solícito debiera
Templarse en tu alegría.
Que el gusano, que cria
Dentro sí el leño, roe sus entrañas
Hasta que le destruye; así las sañas
Del envidioso son, tal fué la via
Del fatricida, que la tierra fria
Tiñó la primer vez de humor sangriento.
Pero, virtud graciosa, ¿qué tormento
Causaste tú, ó qué bárbaro destrozo

El que á tu beneplacito procede ?
¿ Quien tal pensó ? Otro gozo ,
Otra quietud mas grata, otro alborozo
Por tí se le concede,
Que el malo, y su maldad quitar no puede :
Gozo puro sin mezcla de tristeza.
Así, o precioso don, ¿ quien tu nobleza
Podrá de hoy mas no amar ? ¿ ó tú olvidada
Serás de mi deseo ?
No, virtud, que en mis brazos ya te veo
Darme ósculos de paz. Venid, humanos,
Que la prenda del Cielo mas preciada
A ninguno es negada.
¡ O ! cante yo sus Dones soberanos,
Y alégrense conmigo mis hermanos.

FRAGMENTOS.

VIRTUD MILITAR.

La Virtud militar aquí se advierte
Su hermoso rostro ardiendo en vivas llamas,
Y las garzas del yelmo al viento ondeando,
Brillar su peto de ásperas escamas,
Asiendo de una mano el hasta fuerte,
Y en la otra el paves cóncavo embrazando:
Veloz discurre hácia uno, y otro bando,
Y entrando por los gruesos batallones,
Los blandos corazones
Luego, luego á lid bélica movia,
Atizando el incendio que ya ardia
En las contrarias bélicas Naciones:
Así que en rencor, iras, odios, sañas
De unos, y de otros hierven las entrañas.

FUROR BÉLICO.

En esto el Furor bélico indignado
Sobre un carro agilísimo rodante
Las ligeras cuadrigas impeliendo,

INDICE
DEL TOMO PRIMERO.

LA ESPOSA ALDEANA.

LETRILLAS PRIMERAS.

LETRILLAS DE ESTRIBILLO.

LETRILLAS SEGUNDAS.

ROMANCES.

CANTILENAS.

ANACREONTICAS.

ELISA.

IDILIOS.

ÉGLOGAS.

CANCIONES.

ODAS.

TRADUCCIONES.

ODAS DE ORACIO.

SILVAS.

FRAGMENTOS.

FIN DEL ÍNDICE DEL TOMO PRIMERO.

POESIAS

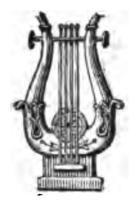
DE

D.ⁿ JOSEF IGLESIAS

DE LA CASA.

NUEVA EDICION COMPLETA.

TOMO SEGUNDO.



MADRID,

EN LA IMPRENTA DE SANCHA.

1821.

274. c. 13 (2)

EPIGRAMAS.

Que el ánima apicarada
Me ha dado esta libertad.
QUEVEDO.

I.

Yo canto á aquella Heroina
Que tanto mi Patria alaba,
Doña María la brava,
Valerosa Salmantina:
Cosas diré de ella nuevas,
Que acaso nadie habrá oido....
Mas, Lector, si lo has creido,
Que bravo chasco te llevas.

II.

¿Si con trompa resonante,
Que oiga cuanto alumbra el Sol,
Diré el esfuerzo Español,
En ámbos mundos triunfante?
No, que por cantar soy muerto
Los chistes de mis muchachas,
Y decir tambien sus tachas,
Que á uno y otro me divierto.

III.

Si es el festivo Epigrama,
Como la hermosa muger,
Que cuanto mas gentil dama,
Mas comun se viene á hacer:
Yo, merced de Ines, tan vario
Seré en esparcir sus flores,
Que al gusto de mis lectores
Pique por extraordinario.

IV.

Riendo Ines con Anton,
De hito en hito le miraba,
Sin que supiese el simplon
Lo que esta risa indicaba;
Mas lo que de risas tales
Se le vino á originar,
No lo puede Anton negar,
Que aun se le ven las señales.

V.

¿Porqué traes, le dije á Ines,
Tanta pata descubierta,

Si estan una y otra tuerta?
Tápalas por tu interes.
  Respondióme, no te azores;
Porque como moda fuera,
Piernas al áire anduviera,
Aunque ellas fueran peores.

VI.

Un dia en cierta pendencia
Me echó un Alguacil la traba,
Y afianzado me llevaba
Por mas que alegué inocencia.
  Que no me podia librar
De él ni el Papa pensé yo;
Mas llegó Ines, por mí habló,
Desatóme, y eché á andar.

VII.

Contándole yo á Colasa
El cuento del almirez,
Que del mortero una vez
Concibió dentro una nasa.
  No eres tú muy mal mortero,
Dijo ella; y yo: ni tú mala

Almirez... cuando en la sala
Se nos entró el Peluquero.

VIII.

Noche de Carnestolendas,
A Blas se le soltó un rizo:
Y él, parando el sarao, hizo
Exclamaciones tremendas.
Mi Ines, paso le advirtió
Que no fuese impertinente;
Y él gritó: si usted no siente,
¿Qué culpa le tengo yo?

IX.

Viendo una vieja á un balcon
Yo ayer torciendo el hocico
Y viendo de frente á un mico
Remedar la misma accion,
De risa hube de morirme;
Y aun llegó á sobrevenir
De esto, el tener que reir,
Y no dejar de reirme.

X.

Con palabras de gragea,
Y otros mil confites mas,
Me dijo Gregoria : ¡ay Blas!
¡Cuanto el amor te desea!
Mas al punto hice memoria
De cierta (aun no sana) herida,
En tal dulzura cogida,
Y la dije : agur, Gregoría.

XI.

Sin crédito en su ejercicio
Se llegó un Médico á ver,
Y él por ganar de comer
Ya se ocupa en nuevo oficio.
Mas tan poco se desvia
De la aficion del primero;
Que hoy hace Sepulturero
El que ántes Médico hacia.

XII.

Yo ví en Paris un peinado
De tanta sublimidad,

Que llegó á hace vecindad
Con el ala de un tejado.
Dos gatos que allí reñian,
Luego que el peinado viéron,
A reñir sobre él se fuéron,
Y abajo no los sentian.

XIII.

Hízome señas Teodora
Ayer desde su balcon,
Y dije: ¡qué tentacion
De risa tan á deshora!
Subí á ver lo que queria,
Salí á su balcon; y luego....
Se puso á la puerta un Ciego
A tocar la sinfonía.

XIV.

Buscó, á fin de no pagarme,
Un tramposo de por vida,
En un Letrado salida
Para la deuda negarme:
Al fin consiguió su intento
Mi deudor, y de contado

Pagó mas al Abogado;
¡Qué justo agradecimiento!

XV.

Preguntó á su esposo Irene:
Blas mio, cuando te ausentas,
Sin que tú me dejes rentas,
¿Que dirás que me mantiene?
No lo sé, respondió Blas;
Y ella le dijo: inocente,
Mira un espejo de frente,
Quizá en él lo advertirás.

XVI.

Díjela á Beatriz: pues eres
La prenda que mas adoro,
Y estás bella como el oro,
Presa con mil alfileres,
Quiéreme, que yo sospecho
Que no lo sabrá tu tia;
Y ella: sí, sí, (me decia)
Pero ¡qué maula te has hecho!

XVII.

Jamas hallé en Diccionario,
Ni otros libros que he leido,
Quien me declare el sentido
De la fe de un Secretario.
Esta fe unos, lo primero,
Dicen verdad significa;
Otros que mentira indica;
Y yo digo que dinero.

XVIII.

Paseábase Juana ayer
Con compas á la prusiana;
Y la dije: ¿tienes, Juana,
Algun fuerte que vencer?
Respondióme: el mismo Marte
No saldrá bien de mis garras:
Y añadió puesta de jarras;
O somos, ó no del arte.

XIX.

Luisa adrede me mojó,
Y yo comencé á enojarme;

Mas ella por aplacarme,
Cual quise me acarició:
  No le debió de pesar
Del despique, á lo que entiendo,
Pues siempre me anda diciendo:
Pepe ¿te vuelvo á mojar?

XX.

Un Casado se acostó,
Y con paternal cariño
A su lado puso el niño;
Pero sució amaneció:
  Entónces torciendo el gesto,
Miróse uno y otro lado,
Y exclamó desconsolado:
¡Ay amor, como me has puesto!

XXI.

Blas vió andar á los umbrales
De su puerta á Dorotea;
Y con labios de gragea
Dijo: mi bien, ¿donde sales?
  Y ella, con boca de mieles,
Le dijo: ¿á qué vienes, Blas?

Y no se dijéron mas
Este par de mirabeles.

XXII.

Empinando una botella,
Luisa á placer me miraba:
Si yo los tragos doblaba,
Doblaba las risas ella;
Mas de tanto risotear,
Con el taburete, Luisa,
Dió en el suelo: y yo de risa
Tambien me tiré á rodar.

XXIII.

De toda la vida mia
Los agüeros mas siniestros
Fuéron el tener maestros
De quien el buen gusto huia.
Y si bien de ellos me rio,
Si yo llego á tener fama,
Veréis como alguno exclama:
¿ Ese? es discípulo mio.

XXIV.

Preguntó á su esposo Ines:
¿Qué cosa es la que tropieza
Un marido con los pies,
Llevándola en la cabeza?
Puesto el pobre á discurrir,
Respondió que no acertaba;
Y ella echándose á reir,
Con los dedos le apuntaba.

XXV.

Cediendo un dia un Señor
A mi Ines el quitallueve,
La dijo de buen humor:
¡Jesus, muchacha, qué breve
Es en sus versos tu amor!
Díjole ella: cual el oro,
Señor, en poco lugar
Encierra mucho tesoro;
Tal es el Númen que adoro,
Y Usía ha de perdonar.

XXVI.

Tocando ayer Luisa un pito,
¿Qué avisas, di, la pregunto?
Y dijo un su pagecito:
Es que está un pájaro á punto
De caer en el garlito.
Ella lo fué á desplumar,
Que era un pichon delicado,
Criado en buen palomar;
Y apénas lo hubo pelado,
Volvió su pito á tocar.

XXVII.

Luis pretendió acariciar
A Juana, despues de siesta;
Y por su fuego probar,
Juana dijo en jarras puesta:
¿Tiene usted gana de holgar?
Dijo él: quien á esto se atreve,
Quizas á mas se atreviera;
Y ella le respondió en breve:
Voy por mi garapiñera,
Pues tengo cerca la nieve.

XXVIII.

A solas en su aposento
Preguntó Blas á Gregoria,
¿ Qué cosa á tu pensamiento
Le causa mayor contento,
Y mas gusto á tu memoria ?
Ella toda se reia,
Sin dejarle de mirar,
Y halagüeña respondia :
Bobon, yo te lo diria;
Pero voyme á merendar.

XXIX.

Cierto Poderoso echó
A un pueblo una estafa tal,
Que perdido lo dejó;
Y á sus expensas fundó
Un magnífico Hospital.
Díjole uno : singular
Obra, mas no creo os sobre;
Pues si á él se viene á curar
Todo el que está por vos pobre,
No hay casa para empezar.

XXX.

Mostróme un su guardapies
Ines, y echa una jalea,
Me dijo: Juán, de aqui á un mes
Me casan: díjela, Ines,
En hora feliz te sea;
Mas ella se deshacia,
Y con gran sigilo á hablar
Comenzó, y cauta decia:
Mira, Juanito, aquel dia,
Oh! y lo que hemos de bailar!

XXXI.

¡Qué frio tengo! decia
Luisa, y á mí se arrimaba,
No estando en casa su tia;
Pero yo la replicaba,
Pues no está esta sala fria.
De que yo no entendiera
Ella se empezó á aburrir;
Y es que la Luisa quisiera
Que yo mismo la dijera,
Lo que ella pensó decir.

XXXII.

Ayer un Mendigo, viendo
Junto á un Templo á un Coronel,
A pedirle fué corriendo,
Y le importunó diciendo
Rogaría á Dios por él.
Dióle un real que tuvo allí
El Jefe, y le dijo así:
Con linda flema te vienes;
Ten, y ruega á Dios por tí,
Que mas necesidad tienes.

XXXIII.

Por ver lo que respondia,
A una Dama de Teatro,
Que el papel de Reina hacia,
Dije: déme, Reina mia,
Esos brazos que idolatro.
Y ella que ama su provecho,
Dijo: al instante, majito;
Pero pagadme el derecho,
Que sin tributo á mi pecho
A ningun vasallo admito.

XXXIV.

Viéndose puesta en olvido,
Beatriz á Blas dió quejas,
Diciéndole: fementido,
¿Si en invierno me has querido,
Porqué en verano me dejas?
Mas él por darla mas pena
Dijo: paciencia, Beatriz,
Pues me eres como el tapiz,
Solo para invierno buena.

XXXV.

Paula con gana de holgar,
Le dijo á Blas una tarde,
¿Quieres conmigo luchar?
Que yo he llegado á pensar
Que eres un poco cobarde.
Blas luchó á mas no poder,
Y aunque ella es moza fornida,
Fingió dejarse vencer;
Que es máxima en la muger
Quejarse de ser vencida.

XXXVI.

Conmigo Ines se jugaba,
Y viendo yo que indecisa
En decir su amor estaba,
Decíala, Ines, acaba:
¿Qué temes, que estás remisa?
No Pepe, dijo, que eso es
Dar poco indicio de casta;
Y yo dije: basta, basta,
Ya estás entendida, Ines.

XXXVII.

Juana me dió una pisada,
Y yo juzgue que era acaso;
Dióme otra, no tan paso,
Tampoco la dije nada.
Ibame á dar la tercera,
Yo la dije: tente, Juana,
Que si yo tuviera gana,
Bastaba con la primera.

XXXVIII.

¡Qué malo que eres, Ramon!
Ramona me dijo á mí:

¡ Haya chico ! no creí
Que eras ya tan picaron.
Ay, chico, ya en picardía
Bien puedes echar el resto...
Así me dijo : y en esto
La empezó á llamar su tia.

XXXIX.

Un dia á Ines dije yo :
¿ Qué pones á que te olvido?
Y ella replicó : ¡ ay querido!
¿ Cuanto va que yo á tí no ?
Yo ántes no la ví jamas;
Mas de paso esta terneza
La oí : volví la cabeza ;
Y no la he vuelto á ver mas.

XL.

Ayer la suegra de Ruiz,
Yo no sé lo que mascaba,
Que su barba á su nariz
Varios besos la pegaba.
¡ O edad (me puse á exclamar)
Que causas tantos excesos !

Y al punto otros tantos besos
A mi jarro empecé á dar.

XLI.

Con sombrero de á tres picos
Iba un Charro de mi tierra,
Llamando al son de cencerra
De un arrabal los borricos.
Y miéntras tres que lo viéron
Riéron de ver tal paso,
Los burros no haciendo caso
Tras el buen hombre se fuéron.

XLII.

Contándome ayer Lucía
El cuento de los Compadres,
Que oyó á Blas, cuando sus padres
Fuéron á una romería:
Muchas veces lo empezó,
Rió y volvió á proseguir,
Y en comenzarlo y reir,
La tarde se nos pasó.

XLIII.

Amaba el bien de la tierra
Un Cirujano piadoso,
Y en rezar se halló dudoso,
Si por la paz, ó la guerra.
Mas al ver las ocasiones
Que le dan Vénus y Marte,
De hacer lucrativo su arte
Salió de estas confusiones.

XLIV.

Mirámos desde un balcon
De frente, Ines y yo puestos,
A una vieja hacer mil gestos,
Comiendo un agrio limon.
¡ Oh, y qué risa ! yo y Ines
Del balcon nos retirámos;
Mas en la pieza que entrámos,
Mayor risa hubo despues.

XLV.

Hablando de cierta Historia,
A un necio se preguntó;

¿Te acuerdas tú? y respondió:
Esperen que haga memoria.
Mi Ines viendo su idiotismo,
Dijo risueña al momento
Haz tambien entendimiento,
Que te costará lo mismo.

XLVI.

Por Enero Ines se halló,
De su faldon en lo interno,
Una pulga, y exclamó:
¡Qué aun hay pulgas en invierno!
Blas asiéndola la mano:
No estrañes, niña, el encuentro,
La dijo: porque ahí adentro,
Yo apostaré á que es verano.

XLVII.

Mostróme Beatriz su lecho
Con colcha azul, fleco y randa,
Y yo viéndola tan-blanda
Dije para mí: esto es hecho.
Luego aparte me llamó,
Y dijo junto á un baul:

¿Ves, Pepe, esta colcha azul?
Pues seis duros me costó.

XLVIII.

Majo de zapato blanco
A ciertos toros salió,
Y un zapato se manchó
Contra el puerco pie de un banco:
El alborotó el Meson
Por yeso para limpiarlo,
Y como no pudo hallarlo,
No salió á ver la funcion.

XLIX.

Dijo Paula á su velado:
Si visto con tal primor,
Echo mano del valor
Del dote que yo he llevado:
El la replicó: ¿eso sabes?
Yo cerraré bien el cofre;
Y ella dijo: ¡ay pobre Onofre!
Lo que me sobran son llaves.

L.

Motejáron á un Soldado
De que con impropio alarde
Seguia á Vénus cobarde,
Mas que al fiero Marte osado:
El replicó: ¡linda charla!
Antes obro muy prudente;
Pues Vénus sabe hacer gente,
Y Marte solo quitarla.

LI.

Por cierto barrio pasaba
Noche estiva, y á una reja
Miré acaso, y vi una vieja
Que las pulgas se miraba.
Juzguéla infernal dragon:
Dí un grito, y la hice la cruz;
Y apagando ella su luz,
Despareció la vision.

LII.

De cierto amigo en la casa
Me puse á leer la Gazeta,

Y por ser demas de inquieta
Me perturbaba Colasa.
Díjela : repórtate,
Y ten por un rato seso:
Y exclamó ella, ¡bueno es eso!
Otra vez yo no querré.

LIII.

Viéndole, dije á Malena
No sé que de su hermosura:
Niña, deja de ser dura,
Y dale alivió á mi pena.
Respondióme ; Sí... Al momento...
En eso pensaba yo....
Mas la niña no mintió,
Que no gasta fingimiento.

LIV.

Ya al mas sublime elemento
Los hombres se osan alzar,
Y en aereo carro á volar
Sobre las alas del viento.
De quien la idea tomáron
No se sabe con certeza....

Mas sí, que de la cabeza
De un poeta lo sacáron.

LV.

Un hijo de frágil madre,
Del bajo linage hablaba
De Gil, y le preguntaba:
¿Dinos pues, quien fué tu padre?
A lo que Gil respondió:
¿Si á tí aqueso te pregunto,
Qué dirás, cuando ese punto
Tú madre no le aclaró?

LVI.

Quejábase enamorado
Uno de su dama flaca,
Cuando en este tiempo saca
Verde librea á un criado.
Díjole uno: buena está
La librea; no se os pierde,
Que con este nuevo verde
Vuestra dama engordará.

LVII.

Un Médico en una calle
El santo suelo besó;
Es decir que se cayó
De su mula alta de talle.
Empezábale á zumbar
La gente que andaba allí;
Y él dijo : así como así
Yo me iba luego á apear.

LVIII.

A una dama visitaba
Un caballero muy bruto,
Que siempre sin sacar fruto,
Mil libros leyendo andaba.
Ella habiéndole sondeado
Dijo : ¡ ay ! yo bien lo temia,
Que este á su gran tonteria,
Añade el ser porfiado.

LIX.

Al Andaluz mas valiente
De todos los Andaluces,

Cuya charpa omnipotente
Pobló estos barrios de Cruces,
Cierta noche á la una dada
En el Conejal hallé,
Me miró, yo le miré,
Y fuése sin decir nada.

LX.

Fingí quitarle á Leonor
Un anillito de un dedo,
Y gritóme: estáte quedo....
¡Qué hombre tan enredador!
Saqué yo otro singular,
Y á su dedo lo aplico;
Y entónces dijo: así, ¡ay chico!
Yo te dejaré enredar.

LXI.

Dorotea se sentó
Cerca de Tais, cortesana;
Y viéndola tan liviana,
De ella con gran prisa huyó.
Díjola Tais: Dorotea,
No huyas con presteza tal,

Que no se pega mi mal,
Sino es á quien lo desea.

LXII.

El chiste mas excelente
Que en mi vida pensé oir
Me contó Ines, y escribir
Se lo mandé á mi escribiente.
Fué el caso... mas él notó
Que iba el principio mal puesto,
Pensé enmendarlo, y con esto
El chiste se me olvidó.

LXIII.

Dije á Ines, harto lo siento;
Pero licencia te pido
Para ponerte en olvido:
Y ella dijo: sí, al momento.
No pensó lo que decia;
Mas luego que lo advirtió
Dijo halagüeña: eso no,
Eso no, y se concomia.

LXIV.

Notó Ines que trastejaba
Cierto Albañil con su hijo
Un pajar, y este á aquel dijo,
Que muy bueno no quedaba.
El padre á risa lo toma,
Y dice: yo bien lo haré;
Pero, hijo mio, ¿de qué
Quieres que mañana coma?

LXV.

En su huerto ayer Colasa
Cogió una naranja china;
Mas al picarla una espina
Gritó: fuego! y como abrasa!
Díjela en risa: mi bien,
Me alegro de la picada;
Y ella con la burla airada,
A mi me picó tambien.

LXVI.

Cierto Alguacil que rondaba,
Solos á Tais y á otro halló;

Y ni á Tais presa llevó,
Ni al que con Tais solo estaba.
  Dudan hoy gentes curiosas
Si en él esta accion propicia
Fué liviandad, ó codicia,
Y yo juro que ámbas cosas.

LXVII.

  Díjela á Ines : tus mejillas
Dulces, tus dulces ojuelos,
Y labios de caramelos,
Me sacan de mis casillas.
  Ella echándose á reir
Dió cierto en un disparate,
Que fué... pero tate, tate,
No todo se ha de decir.

LXVIII.

  Supo Ines que un Oficial,
De gálico muy viciado,
En su casa habia mandado
Que en nada le echasen sal.
  Y dijo en risa : no entiendo
Como la sal causa enfado

A este, que por mas de un lado
A prisa se va pudriendo.

LXIX.

Mirándole frente á frente
Díjole Blas á Teodora:
Niña, tu rostro luciente,
Tus ojos, labios y frente,
Y tu garbo me enamora;
Mas lo que del caso sé,
Fué que por no malograr
Tanto amor, ternura y fe,
Ella donde iba se fué,
Y él no la ha vuelto á buscar.

LXX.

Al bosque fué Ines por rosas
Una mañana de Mayo,
Cogióla un cierto desmayo,
Divertida en ciertas cosas:
¿Qué desmayo este sería?
Juguete acaso de amores;
Y es que cuando fué por flores,
Perdió la que ella tenia.

LXXI.

Paula á Andres mil fiestas hizo,
A quien cazar pretendia;
Y de condicion de erizo,
Y frialdad de granizo,
Juguetona le arguia.
Cállate tú buena maula,
Andres la empezó á decir;
Mas enternecióse Paula:
Andres lo llegó á sentir,
Y por fin cayó en su jaula.

LXXII.

Díjome Ines: esta tarde
Se va á Toro mi marido;
Yo la dije comedido,
Dios de ladrones le guarde.
Ella se empezó á reir,
Como que no la entendia:
Ahora bien, ¿qué me queria
La taimada Ines decir?

LXXIII.

Ayer Tais me guiñó el ojo,
Hablando yo con Leonor;
Y yo entre mi dije: Amor,
¿Me traerás algun despojo?
Mas saliendo Leonor fuera:
¿Qué me quieres, Tais amada?
La digo; y Tais dice, nada,
Solo que Leonor se fuera.

LXXIV.

Entrando en los Cayetanos
Una dama á un Charro vió,
Y le dijo: ¿se acabó
La Misa de los Villanos?
Viendo él trazas tan livianas,
Respondió: se acabó ya;
Pero entrad, que ahora saldrá
Otra de las Cortesanas.

LXXV.

Con Ines salí á pasear,
Y ella poquito á poco iba,

Cuando con voz compasiva
Así me empezó á rogar;
Blas, si no te da molestia,
Pues esta liga me aflige,
Aflójamela; y la dije:
Me cautiva esa modestia.

LXXVI.

Cuando yo canto mis sales,
Muchacho ágil me resuelvo,
Y en una palabra envuelvo
La envidia de mil mortales.
Si hacen de mi humor desden
No tienen mas que gustallo,
Miéntras por tonto echo el fallo
A quien no le sepa bien.

LA LIRA DE MEDELLIN.

ODAS.

ODA PRIMERA.

Tomé osado en la mano
La gran trompa de Homero,
Y aplicada á mis labios,
Siempre me sonó á cuerno.
Cantar quise á Paredes
Y su asombroso esfuerzo,
Y de un caracol bajo
No distinguí mi acento.
Arméme de paciencia,
Y en mas bellacos versos
Canté, y al punto á oirme
Mil gentes se pusiéron.
Yo quiero darles gusto;
Tú, valiente Extremeño,
Para tus triunfos busca,
Busca cantor mas cuerdo.
Que yo á fin tan glorioso,
Ya preparé mi aliento,

Y una y otra vez, y otra,
Siempre me sonó á cuerno.

ODA II.

En estas mis Letrillas
Que de madera al aire
Dispuse en nueva Lira,
Cual en Medellin tañen.
No aquel profundo abismo
De que las causas nacen,
Lo sutil de las Ciencias,
Lo ameno de las Artes;
No una moral sublime
De Apólogos notables,
No fábulas que roben
El tiempo á las verdades.
No arrojados asaltos
De bravos Capitanes,
Ni trágicos sucesos
De muertes miserables.
No mímicas escenas,
Ni ternuras de amantes,
Ni sandez de Pastores,
Miedo hayais que yo cante.

Sino aquel ronco estruendo
Que el hueco cuerno esparce,
Llamando á los sufridos,
A ver pintar su imágen.

ODA III.

Dame, dame muchacho,
Dame la Lira, ea,
Y guarda no la cambies
Con la de heróicas cuerdas.
Tráeme sí, la que tiene
De Medellin la empresa,
Con dos torcidas trompas
En media luna puestas.
Que con esto, y la inata
Furia que me desvela,
Diré de los sufridos
Graciosas Cantilenas.
Y si rehuye oirme
La humanidad modesta
Lo bajo del asunto,
Que el númen me encomienda;
Oiganme los sufridos
Que sobran por la tierra,

Si entretener ociosos
Virtud es manifiesta.

ODA IV.

De Arquímedes alumno
Fabrícame una copa
De plata; pero en ella
Lides de amor no pongas.
Guarda que de Lucrecia
Aquí grabes la historia,
Ni de otro algun marido,
Muerto por tener honra.
Por su ornato la Lira
De Medellin me forja
Cornetas, caracoles,
Y silbatos de concha.
Si gustas á Vulcano
Pon con su pata coja,
A quien Vénus y Marte
De hueso la sien ornan.
Tintero de muchachos,
Lucerna de luz tosca,
Mil higas y mil testas
De ciervos bien ramosas.

Esto no mas te pido
Que en el tazon me pongas,
Que en don tengo que darle
A un Maridin de moda.
Y si á perderlo llega,
Razon es lo conozca
Por las señas, que es suyo,
Mas que su muger propia.

ODA V.

Vender ví en una feria
De ciervo un cuernecito,
Con su engaste de plata,
Asaz mono y pulido.
Pedí al Platero el precio,
Y él liberal y fino,
Por lo que quise darle,
Darle sin tardar quiso.
Cogíle, y á mi casa
Llevé el dije conmigo,
Y á mi muger la ruego
Le acepte por ser lindo.
Ella exclamó riendo:
Válgame Dios, marido,

¿Quien compra lo que tiene
De sobra en su recinto?
Si de vender hubieras
De aquestos dijecillos,
No bastara una Lonja,
Ni un Pueblo á consumirlos.

ODA VI.

Notando sus aumentos
Cierto sufrido jóven,
Muy hueco en este apodo,
Hizo estas reflexiones.
Pensé cuando era niño,
Que ser cornudo un hombre
Fuera con mil pesares
Vivir, y sinsabores.
Mas despues mozalvete,
Dorila encabrestóme.
Muchacha de tal gracia,
Que sin querer los pone.
Y hallé desengañado
Que aunque cuernos me sobren,
Tambien me sobra el vino,
Las truchas y pichones.

ODA VII.

Por no estorbar un dia
En una oculta pieza,
A sí mismo un sufrido
Se habló de esta manera:
Pues Jove me lo manda,
Venga, venga paciencia,
Que es toro autorizado,
Y obedecerle es fuerza.
Verdad es que al principio
No le rendí obediencia,
Por ignorar los daños
De la hambre dura y negra.
Y en ella me sostuve
Siete Lunas y media,
Hasta que amor ser manso
Me señaló por renta.
Manso, tengo vestidos,
Manso, comida y cena:
Y manso, no hay delicia
Que yo en el mundo pierda.

ODA VIII.

Refiriéndole un sueño
A su esposa taimada
Su paciente consorte,
La dijo estas palabras:
Durmiendo yo á la sombra
De cierta cornicabra,
Este bellaco sueño
Se me vino á mi cama.
Soñé que un Don Pelote
Me puso una guirnalda
De pitones de ciervos,
De cornatos de vaca.
Y que con ella puesta
Me metí en una danza,
Donde con ciertas niñas
Muchos mozos bailaban.
Y que unos bien bebidos,
Con lengua desbocada,
De mi testa decian
Injurias y alaracas.
Quise vengarme de ellos;
Mas todos se me escapan.

Cuando de nuevo el sueño
A su quietud me llama.
Dijera así; y su esposa
Respondió: caso no hagas,
Marido, de esos sueños,
Que todo es patarata.

ODA IX.

La popular industria
Dió al hombre oficios propios,
Con que ayudarse puedan
Los unos á los otros.
La invencion de las Artes
Les inspiró á los Doctos,
Los bélicos ardides
Dió al Capitan heróico.
Enseñó al Navegante
Poder surcar el Ponto,
Y al uso del Viajero
Domar los duros potros.
Al Labrador humilde
Le dió el arado corvo,
Y entregó al Artesano
A oficios laboriosos.

Y á vueltas de mil otras
Que hilan delgados copos,
A Tais de su hermosura
La toleró hacer logro.
Mas nada de todo esto
Le concedió á su esposo;
¿Pues qué le dió? Paciencia,
Paciencia, y esto solo
Le adquirió mas haberes,
Le amontonó mas oro
Que el trabajo, las artes,
E ingenio de los otros.

ODA X.

Píntame, honor de Iberia,
Cópiame, o gran Velazquez,
A un maridin de moda,
Cual yo te lo dictare.
Delinéale ante todo
Los ojos penetrantes,
Negros, fogosos, vivos,
Que al mas audaz espanten.
La faz rizada y fiera,
Que anhele por vengarse,

Y el espumoso hocico
Mas negro que azabache.
Los cuernos siempre agudos
Crugir hagan los aires,
Y el ancho cerviguillo
Que rizos mil realcen
El cuello alto y erguido,
El lomo hermoso y grande,
La piel en colorido
Al signo de Abril gane.
La mano de uña hendida
Con que la arena escarve,
Y una extendida cola
Que casi al suelo arrastre.
Airosas banderillas
Le pondrás por remate,
Ya caigan al brazuelo,
Ya sobre el cerro se alcen.
Igual al mismo fuego
Su rubicunda sangre,
Aquel tiznado pelo
De trecho en trecho manche.
En cerco de mil gentes
Que tiemblen su semblante,

Ya de lejos le silben,
Ya de cerca le llamen.
Y el que en veloz carrera,
Atras deja los aires
Como menuda arena,
Tropas de gente esparce.
¿Qué mas?... pero sin duda,
En vez de muda imágen,
Me das vivo al que pido;
Ea, novillo, entradme.

ODA XI.

Cual la borla en bonete
Señal es de Graduado,
O cual suele ser signo
De la Taberna el ramo.
Yo así luego que veo
Algun marido manso,
Le reconozco, y silbo,
Y á mi capa le llamo.
Porque Jove en sus frentes
Les pone por penachos
Las airosas señales,
Que él por Europa trajo.

ODA XII.

Dicen que han de arrojarme
Al Sur, ó helado Norte,
Si prosigo cantando
De los chibos barbones.
¿Y qué? ¿En cualquier Provincia
Que por dicha me arrojen,
No se han de dar chibatos
Con que el Númen desfogue?
El fértil suelo Bético
Cria caballos nobles,
Y el campo Salmantino
Los toros mas feroces,
Castilla es quien produce
Los fuertes Campeones,
Y en dar Monarcas grandes
Su gloria Aragon pone.
Empero los sufridos
Que yo aturrullo á golpes,
Cualquier region del mundo
Les cria á cual mejores.

ODA XIII.

Paseábase un sufrido
Lleno de franjas de oro,
Y ufano en sus arbitrios,
Hizo este soliloquio:
Como lo hace el Letrado,
Yo de lo que sé como;
Y él se rompe la testa,
Miéntras yo me la adorno.
Andese enhorabuena,
El marido zeloso,
De bestias coronadas
Comparándome apodos.
Que yo miéntras paseo
Su calle majo y gordo,
A su hambre y su miseria
Mayores higas pongo.
Y creo que mi patria
Me aplaudirá con gozo,
Porque ella es cual ninguna
Aficionada á toros.

ODA XIV.

Viendo una Gitanilla
A un novio horro de pelo
Las rayas de la mano,
Le aventuró todo esto:
Cuanto mas, calvo amigo,
Te se aumente el cabello,
Tendrán tanto mas auge
Tu hacienda y tu dinero.
Pues cuídalo en buen hora,
Y da á tu frente aumento,
Que no mas que las armas,
Y renta, te va en ello.
Que si el hado no miente,
Tú serás Caballero,
De aquellos que señalan
Los chicos con los dedos.

ODA XV.

La que á mí me criaba,
Muger en grado sumo,
Fanática observante
De encantos y conjuros;

Teniéndome en sus brazos,
A adivinar se puso
Mis hados, y agorera
Dijo á un compadre suyo:
No morirá este niño
A manos de verdugo,
Tósigo, acero ó bala,
Ni á tabardillo agudo.
Yo pienso que despojo
Será al fin de algun bruto;
Pero no como Adonis,
De puerco colmilludo.
Pues quien ha de matarle
Será animal cornudo;
Pues todo se me altera
Con cuernos viendo alguno.
Hu! hu! hu! les grita
Con inquieto murrullo,
Y á su mandil les llama
Con ademan muy cuco.

ODA XVI.

Paseaba por un monte
Cierto marido humilde,

Y oyó como allí un cuco
Sus cánticos repite.
Y al ver como le apunta,
De su testuz el timbre,
Piensa que con él habla,
Y así responde y dice:
Parlero cuco amigo,
Vuela á mi esposa, y dile
Que á deletrear mis armas
Gracioso te pusiste.
Dile que aquí las flores,
Aves, fuentes y vides,
De su estafar murmuran,
De mi paciencia rien.
Cuéntale que en su ausencia
No echo ménos sus dijes;
Mas no, dile tan solo
Los cuernos que me viste.

ODA XVII.

¿Porqué, di, te molestas,
Retórico enfadoso,
En persuadirme mude
De objeto, Lira y tono?

Dícesme que es bajeza
Que á mi Númen heróico
Dé asunto, que sin miedo
Jamas pronuncia el tonto.
Y añádesme muy serio:
« No vale un cuerno solo
Tu Númen malogrado; »
Al fin, yo te lo otorgo.
Que yo el valor de un cuerno,
Ganar no me propongo,
Sino que con mi Musa
Se quiten unos pocos.

ODA XVIII.

Un manso de los que hacen
Gala del Sambenito,
Contando las sus cuitas,
A su muger la dijo:
Dícenme las mozuelas
¡Qué lindo estás! ¡qué lindo!
Cornelio, y para verlo
Toma el espejo limpio.
Verás entre tus sienes
Cual adornan tus rizos.

Las ramas de los ciervos,
Del caracol los signos.
Yo respondo: muchachas,
Cierto será, y prescindo
De si otros me los plantan,
De si ellos me han nacido.
Lo bien que como y bebo
Solo podré deciros,
Y que esa sobra, ó falta,
Jamas yo la he sentido.
Oyérale su esposa,
Y respondióle: ¡ay hijo!
¡Qué envidia que te tienen,
Viendo como te cuido!

ODA XIX.

Yo ví á cierto sufrido,
Y á fe que de los guapos,
Decir tales fanfarrias,
Consigo mismo hablando:
Manso soy; mas á todos
Los fieros, con ser manso,
Excedo en los despojos
Que en mi paciencia gano,

Mi renta es ser paciente,
Los cuernos son mi amparo,
Que yo de utilidades
No conozco otro ramo.
Quien quiera tener guerra
Con guerra tenga el plato,
Y á mí dadme que coma
Y beba con descanso.
Que juegue, gaste y triunfe
A costa de otros francos;
Y si alguien lo fisgare,
Para él será el trabajo.

ODA XX.

Cierto marido franco
Pasar vió por su calle
Otro zeloso y pobre,
Y así empezó á explicarse:
¡Qué malo que está el año!
Y este pobrete amante,
Sin duda va pidiendo
Por despedir el hambre.
Y es un gran mentecato;
Pues como se humanase

Cual yo, y fuese sufrido,
No hubiera tantos males.
Con no estorbar, ¡qué ciencia!
Se hallara en un instante
Con casa llena, y mesa
Variada de manjares.
Pero pues no, que pene,
Que á mí miéntras me hacen
Otros de plata el plato,
No hay mal que me amenace.

ODA XXI.

Si prolongar pudiera
Mi vida con los cuernos,
Sin duda los buscara
Por ámbos Hemisferios.
Así de la atroz Parca
Templara el rigor fiero,
Con una sarta de higas
A su forzoso tiempo;
Pero ya que no es dable
Hacer del hado juego,
¿De qué sirven las puntas
Y ramos de los ciervos?

Pues, sus, venga mi Lira,
Que yo juro de nuevo
Burlar del que los tiene,
De su estómago y pecho.
Y al Sol todos los trapos
Sacar... Pero callemos,
Que al Sol cual caracoles
Los sacan ellos mesmos.

ODA XXII.

Yo ví cierto sufrido,
Que porque le picaban
Dos amigos burlones,
Así exclamó con gracia:
Amo aquel que los tiene;
Amo aquel que los planta,
Porque estos me socorren,
Y aquellos me acompañan.
Si apuntan, ó no apuntan,
Solo es aprehension vana;
Lo cierto es, que los cuernos
Moneda son contada.

ODA XXIII.

¿Quien es aquel que viene
Con tanta griteria,
Por cima de la frente
Dos astas muy crecidas;
Al cuello una maroma,
De quien mil chicos tiran;
Al cerviguillo puestas
Un par de banderillas;
En cerco de él las gentes
Con regocijo silban,
De él huyen unos, y otros
Tras el corren aprisa?
¿Qué ha de ser? un novillo
Que corren en la Villa.
Pues no, que es el marido
De la honesta Dorila.

ODA XXIV.

Salió Fabio á los Toros
En un bayo de Frisia,
Con su sombrero blanco
Y verde jaquetilla.

Volvió á casa bufando,
Lleno el frison de heridas,
Rota la blanca cofia;
La ala al sombrero hendida.
Háblanle, y no responde,
Grítanle, y no replica;
Pregúntanle qué tiene:
No hayas miedo lo diga.
¿Pues qué le habrá pasado?
Su frente claro indica,
Que en cuanto fué á los toros,
Le hizo toro Dorila.

ODA XXV.

Casadillo el mas casto
Que en celibato eterno,
De tu muger disgusto,
Marido eres mostrenco.
¡Oh! cuantos dió tu esposa
A luz pimpollos tiernos,
Del jardin de Cupido,
De la granja de Vénus:
Que ni viste, ni oiste,
Ni palpaste un momento;

Y por tuyos los traga
Tu gaznate no estrecho!
Siquiera la ballena
Tenga ancho el tragadero,
No es posible que iguale
Al tuyo, o gran Cornelio.

ODA XXVI.

Tu las guerras de Malta
Cantas, y aquel las Turcas;
Pero yo caviloso
Las canto mas agudas.
Porque no el blason de armas
Las testas que hay cornudas
Por inofensas pierden,
Por indefensas frustran.
Y yo celebro frentes,
Que ofenden con sus puntas
Al que no da, y defienden
A todo el que las unta.

ODA XXVII.

Noche de invierno obscura
Sentadito á la lumbre,

Y aguardando á su esposa,
Así un simplon discurre.
Pacientes nos portemos;
Pues entre las Virtudes,
Siempre fué la Paciencia
De grande estima y lustre.
Pacientes aguardemos;
Pues tonto es quien no guste
Que en casa le den ciento,
Por uno que le apunte.
Pacientes... Pero en esto
Por la escalera sube
Su esposa, y un padrino
Que su tardar disculpe:
Los tres luego en paz quieta
Cenáron unas ubres,
Brindáronse; y dijéron:
Afuera, pesadumbres.

ODA XXVIII.

Estando con un canto
Machando yo almendrucos,
A mí se llegó un viejo,
Que fué sin duda brujo.

Y dijome : Muchacho,
Parece que están duros;
Pues asi en adelante
Lo han de ser tus asuntos.
Que luego que tu ingenio
Llegue á tener tres lustros,
Por aficion inata
Por natural influjo;
Mil huesos aun mas fuertes
Con incesante estudio
Has de morder entónces,
Que este es el hado tuyo.
Asi dijera el viejo;
Y que lo dijo juzgo,
Quizá porque sus armas
Machaco á los cornudos.

ODA XXIX.

Cantando yo una letra
Un manso me escuchaba,
Y airado á mí viniendo,
Me tiró estas palabras :
Dinos ¿ adonde apuntan
Los cuernos que les plantan,

A esos que tú sufridos
En tus cantares llamas ?
Dinos, si tan pequeñas
De un manso son las astas,
Que á percibirlo, apénas
El ojo humano basta
Dinos si tienes lente,
O microscopio, ó maña
Que alcance á descubrirte
Lo que ninguno alcanza.
Sino ¿porqué en cantarlos
En balde el tiempo gastas ?
Que al fin, si ellos nacieran,
Feijoo nos lo explicara.
Enfrena pues, trastillo
Tu lengua desbocada,
Que á ser por mí tu Lira
Ya estuviera quemada.

ODA XXX.

¿Que será Don Hernando,
Me dicen muchas niñas,
Que siempre cuernos cantas,
Y nunca sus heridas ?

Pero yo las respondo :
Bachilleras de Esquivias,
Haylos unos que hieren,
Y otros que no lastiman,
Los unos en los brutos
Son armas defensivas;
Los otros en no brutos
Del hambre medicina.
Los bravos con los bravos
Allá tengan sus iras ;
Miéntras que yo á los mansos
Me huelgo en poner higas.
Mas si estos como aquellos
Por alto ya me tiran,
Aprenderé paciencia
De su paciencia misma.

ODA XXXI.

No quiero que la fama
Fatigue al hueco bronce
Mi débil son llevando
A incógnitas regiones.
Déjenme con mi Lira,
Y nadie me lo estorbe,

De Medellin los ecos,
El armazon y el nombre;
Pues que sola ha cantado
De los chivos barbones,
Las gracias y desgracias
De la irrision del Orbe.

ODA XXXII.

Con nueva voz, por nuevo
Estilo, en nueva Lira,
Que alzada de la Luna
Hasta los cuernos viva.
Vuestro ocio y conveniencia,
Vuestro timbre y divisa,
Vuestro caracter propio
Con todas vuestras dichas,
Pacientes, ya he cantado;
Pues ea, á toda prisa
Pedid prospere Apolo
De Medellin la Lira.

LETRILLAS SATIRICAS.

LETRILLA PRIMERA.

Oíganme, que empiezo:
Ola, ¿con quien hablo?
Que niño arrapiezo,
Soy la piel del diablo.
Con diente y tenaza
Voy á caza al Pindo,
Y mi aspecto lindo
Sirve de añagaza,
Al tonto que caza
Pasa mi venablo,
Que niño arrapiezo,
Soy la piel del diablo.
Del Sofí mas grave,
Yo á placer me vengo,
Que en mi pico tengo
De la sal la llave:
El mil gracias sabe
Formar de un vocablo,
Que niño arrapiezo,
Soy la piel del diablo.

Grandes Señorones
Por docto me tienen:
Todos se entretienen
Con mis invenciones;
Y aun mil bendiciones
Dan á mi retablo,
Que niño arrapiezo,
Soy la piel del diablo.
Yo solo recibo
De un modo inconexo,
Del mas bello sexo
Lo mas expresivo;
Con el dulci-esquivo
Sistema que entablo,
Que niño arrapiezo,
Soy la piel del diablo.
A nadie en el Orbe,
De hoy mas necesito,
Porque mi exquisito
Saber se lo sorbe:
Y no hay quien me estorbe
Nada de lo que hablo,
Que niño arrapiezo,
Soy la piel del diablo.

LETRILLA II.

Si el ser deslenguado
Tú, miron, me apodas,
Que lo has acertado;
Ahí me las den todas.
Si al son de un cencerro
Canto una letrilla,
Sin darme golilla
Nadie en el entierro;
Y al fin, husmeon perro
Soy de todas bodas,
Ahí me las den todas.
Si hoy en los estrados
Se acredita cuerdo,
Quien da mas de un muerdo
A nuestros pasados,
Y hace sean loados
Los usos de Rodas,
Ahí me las den todas.
Si en vivir ocioso
Niña distraida,
Por galas perdida,
Le puso á su esposo

Signo indecoroso,
De las prendas godas,
Ahí me las den todas.
Que incauto Narciso
Se aniquile un hombre
De gran casa y nombre,
Por falta de aviso;
Porque así lo quiso
La ley de las modas,
Ahí me las den todas.
Si hay quien mi letrica
A mal me la tome,
Señal que ajos come,
Pues él se la aplica;
Y al fin si la pica
Con chuzos y escodas,
Ahí me las den todas.

LETRILLA III.

Mi Númen parlero,
Al son del pandero,
Produjo este tono
De estilo asaz mono

Que siempre repito:
¡ Mira qué bonito !
Amiga Quiteria,
Sabrás que esta feria,
Mi Cortejo amado
De cristal dorado
Me regaló un pito:
¡ Mira qué bonito !
Ayer Don Mateo
Yendo de paseo
Me quitó el bonete:
Y me dió un billete
Con su sobreescrito:
¡ Mira qué bonito !
Estando en visita
Con Doña Pepita,
Este alfiletero
Me dió el compañero
Del Monge Benito:
¡ Mira qué bonito !
Ya sabes que viejos
Tuve seis Cortejos;
Mas de ellos cansada
Solo estoy prendada

De Don Agapito:
¡Mira qué bonito!
  Sabrás que Don Diego
Viéndome en el juego,
Como es tan garboso
Me dió este donoso
Faldero perrito:
¡Mira qué bonito!
  Una tarde fresca
Estando de gresca
Con Don Fructuoso,
A mi caro esposo
Le hicimos cabrito:
¡Mira qué bonito!

LETRILLA IV.

  Siglo friolera
Ví en atisbo ocioso:
Erase que se era,
Y es cuento gracioso.
  Erase un vejete
Mas blanco que cisne,
Que á fuerza de tisne
A cuervo se mete:

Jordan se promete
Su tintero ocioso:
Erase que se era,
Y es cuento gracioso.
  Por matar ligero
El Médico Naba
Yendo caballero
Su mula mataba;
Y á cuantos pulseaba
Mató valeroso:
Erase que se era,
Y es cuento gracioso.
  Erase un Letrado,
Que el buen parecer
Que halló en su muger
Le dió un puesto alzado,
De frente elevado,
De barba velloso:
Erase que se era,
Y es cuento gracioso.
  Robusta mozuela
Que á un viejo podrido,
Mandó con su abuela
Un reciennacido,

Que el viejo ha admitido,
Y es su padre el coso:
Erase que se era,
Y es cuento gracioso.

LETRILLA V.

Aquel que atencion
Me dé á lo que diga,
Ay San Anton,
San Anton le bendiga.
Santucho piadoso,
Que osa regalarse
Por mortificarse
Con vino precioso,
De cuerpo monstruoso,
E hinchada barriga:
Ay San Anton,
San Anton le bendiga.
Moza que se queja
Del mal que no tiene:
Y allá se entretiene
Sin aspar madeja,
Con el que ella deja
Que le ate la liga:

Ay San Anton,
San Anton la bendiga.
Si muestra la frente
Armada un marido,
Que en valor ha sido
Cual toro valiente;
Y de asta luciente
Se adorna y loriga:
Ay San Anton,
San Anton le bendiga.
Cuando mas se inflama
El jóven Cadete,
Peinado el copete
A par de Madama,
Y su asedio trama
A toda fatiga:
Ay San Anton,
San Anton le bendiga.
Musa la mi Musa
De Númen parlero,
Que á hablar lo que quiero
Jamas se me escusa;
Y á nadie rehusa
Dar mas de una higa:

Ay San Anton,
San Anton la bendiga.

LETRILLA VI.

Este siglo es pasmo
De virtud extraña;
Eso es entusiasmo,
No es sino patraña.
Apártense á un lado,
Que quiero al instante
Hacerme adulante
Del siglo ilustrado;
Pues no es bien mirado
Ceño que se ensaña:
Eso es entusiasmo,
No es sino patraña.
Hoy dia es famoso
El invicto Soldado
Andar muy soplado,
Filis y oloroso,
Ageno, y ocioso
De lid de campaña:
Eso es entusiasmo,
No es sino patraña.

Dicen mil bribones
Que hoy dia Maestro
De Aulas es ser diestro
En pujar cuestiones,
Con pasta y pulmones,
Voceando con saña:
Eso es entusiasmo,
No es sino patraña.

Haciendo la rosca
Diz que han visto Juez
Ser blando al soez,
Si suena la mosca,
Mostrando faz osca
Al que oro no taña:
Eso es entusiasmo,
No es sino patraña.

Gritan que afear
En comun el vicio,
Es taimado oficio
Del vil murmurar;
Y no sofocar
Nociva zizaña:
Eso es entusiasmo,
No es sino patraña.

LETRILLA VII.

Yo que nada bueno
En el mundo toco,
Hácia mi taberna
Me voy poco á poco.
Vaya el otro chibo
Tras la cauta Dama;
Confiese que la ama
Cual nadie expresivo,
Ya muerto, ya vivo,
Ya cuerdo, ya loco,
Que yo á mi taberna
Me voy poco á poco.
Váyase á embarcar
Corsario avariento,
Y sufra el violento
Combate del mar,
Muerto por sacar
Plata al Orinoco,
Que yo á mi taberna
Me voy poco á poco.
Váyase el Señor,
Casero y lampiño,

A pasear su niño
Por el corredor;
Y con bavador
A limpiarle el moco,
Que yo á mi taberna
Me voy poco á poco.
Váyase á la Armada
El feroz guerrero,
Maneje el mortero
Cual yo la empegada;
Diga que á su espada,
Todo el orbe es poco,
Que yo á mi taberna
Me voy poco á poco.
Vaya otro imprudente
A sondear la vieja,
Que vírgen no deja
Que astuta no tiente;
De niñas serpiente,
De niños el coco,
Que yo á mi taberna
Me voy poco á poco.

LETRILLA VIII.

Aunque del mundo
Cerquen la bola,
Cual mi fortuna
No verán otra.
Segun barrunto,
Nací en un hora
Que estaba el hado
De hocico y mosca:
Mil altibajos
Quizá su potra
Le cantó entónces,
Y hoy se le logran:
Cual mi fortuna
No verán otra.
Dióme una Patria,
Pais de monas,
De tarariras
Maestra propia:
Donde aunque viven
De gerigonzas,
Son sus Colonos
Estafas sordas:

Cual mi fortuna
No verán otra.
Tuve un Maestro
De letras gordas,
Que de ignorancias
Llenó mi chola.
Milagro ha sido,
Sea á Dios la gloria,
Que de sus uñas
Saqué memoria:
Cual mi fortuna
No verán otra.
Dióme un colmillo
Que aunque no coma,
Si es que no muerde,
No hace otra cosa.
Mis mesmas faltas
No las perdona,
Las de los otros....
Rómpase Troya:
Cual mi fortuna
No verán otra.
Dióme una suerte
Frágil y astrosa,

Con mas reveses
Que andadas ropas;
Por mas que asiento
Fije en mis cosas,
Patas arriba
Me las trastorna:
Cual mi fortuna
No verán otra.
Mas faltas tengo
Que cien pèlotas;
Bienes no encuentr ,
Males me sobran;
Los tontos me aman,
Los sabios me odian,
Y aun para malo
No valgo cosa:
Cual mi fortuna
No verán otra.

LETRILLA IX.

¡Qué enfermo y malo
Que se halla el mundo
Quien no lo crea,
Tómele el pulso.

¡Qué de patrañas
Ví, qué de embudos,
Cuando tuviera
Mi razon uso!
Gran tren de polvos,
Afeites y untos,
Fué el primer mueble
Que él me propuso:
Quien no lo crea,
Tómele el pulso.

Víme en estrados
De pocos lustros
Con un Don Mono,
Trasgo importuno:
Máquina que habla,
Yo en mí le juzgo,
Palabras muchas,
Seso ninguno:
Quien no lo crea,
Tómele el pulso.

Cada Madama
Ví con su Cuyo
Por cierto imperio
Vago é intruso.

Ante estos locos,
Con gresca y gusto;
Ante sus dueños
Con rostros mustios:
Quien no lo crea,
Tómele el pulso.
No queda trapo
Por negro y sucio
Que allí no saquen
Al Sol de Julio.
Se habla de faltas,
Hay gran murmullo;
Vense otros cuernos,
No ven los suyos:
Quien no lo crea,
Tómele el pulso.
Y estas urracas
De estos majuncios,
Son de la vida
Polos nocturnos.
Por ellas mandan
Mil zamacucos,
Por ellas solas
Padecen muchos:

Quien no lo crea,
Tómele el pulso.

LETRILLA X.

Musa, pues eres
De edad tan tierna,
Tú que no puedes
Llévame á cuestas.
Si un sabio estudia
Jurisprudencia,
Gasta siete años
Para aprenderla;
Y en siete dias
La Violeta
Le embute á un tonto
Todas las ciencias:
Tú que no puedes
Llévame á cuestas.
Ve el Mayorazgo
Raras lampreas,
Y por ser caras
Se va sin ellas;
Llégase un pobre
Lleno de deudas,

Y aunque sea á duro
Compra la pesca:
Tú que no puedes
Llévame á cuestas.

Lleva la Usía,
Noble y con rentas,
Una basquiña
De como quiera;
Y una infelice
Soez ramera,
Con desden viste
Joyante seda:
Tú que no puedes
Llévame á cuestas.

Goza el caballo
Cuadra muy buena,
Regalo eterno,
Siempre de huelga;
Y el pobre burro
Anda diez leguas,
Lleno de hambre,
Palos y leña:
Tú que no puedes
Llévame á cuestas.

Vemos á un Grande
Que le molesta
Que le esten dando
Siempre Excelencia;
Y si á la esposa
De un vende esteras
Su Mercé omito,
No da respuesta:
Tú que no puedes
Llévame á cuestas.
Los Capitanes
Con diez pesetas,
Dicen que casi
No hay para vueltas;
Y en siete cuartos
Quieren que tenga
Plato el Soldado,
Juego y mozuela:
Tú que no puedes
Llévame á cuestas.

LETRILLA XI.

Ve aqui la vida
Que los mas pasan:

Hacer que hacemos,
No hacemos nada.
Graves Tribunos,
Que de la Patria
Sois mas padrastros
Que un Juez de Holandas;
¿Qué haceis poniendo
Por nuestras plazas
Postura al nabo;
Ley á las habas?
Hacer que hacemos,
No hacemos nada.
Escribas fieros,
Que en vuestras causas
Armais mas lazos
Que á un raton trampas,
¿Qué haceis llenando
Mas hojas blancas,
Que tiene tiznes
La mala fama?
Hacer que hacemos,
No hacemos nada.
Sabios de Escuelas,
Que en vuestras Aulas

Entrais mas anchos
Que diez tinajas;
¿Qué haceis pujando
Cuestiones vanas,
Mas gritos dando
Que remo en playa?
Hacer que hacemos,
No hacemos nada.
Mis Eruditos
De aire de Francia,
Postes eternos
Junto á Madama:
¿Qué haceis mintiendo
Máquinas que hablan,
De cuando en cuando:
Laran, larara?....
Hacer que hacemos,
No hacemos nada.
Maridos francos
De esposas francas,
Que por milagro
Veis vuestras casas;
¿Qué haceis temiendo
Que encima os caigan;

Pues salis de ellas
Cual toro á plaza?
Hacer que hacemos,
No hacemos nada.
Vos Letrilleros,
Poetas ranas,
Escarabajos
De agenas faltas;
¿Qué haceis sacando
Coplas sin gracia,
Vano el celebro,
Floja la panza?
Hacer que hacemos,
No hacemos nada.

LETRILLA XII.

Aunque es dificil
Hallar fortuna,
Si esta no es dicha,
No hay dicha alguna.
Tenebron Númen
De negra Musa,
Rey del Parnaso
Sé quien le jura;

Y es que no entiende
Su catadura:
Si esta no es dicha,
No hay dicha alguna.
  Reciente Hidalgo
Brillante y lucia
Su Ejecutoria
Tal vez promulga;
Cuando de Moros
Sé que es su alcurnia:
Si esta no es dicha,
No hay dicha alguna.
  Yo sé marido
Sin renta alguna
Que no trabaja,
Trata, ni estudia;
Mas come y viste,
Se huelga y triunfa:
Si esta no es dicha,
No hay dicha alguna.
  Monstruo se acuesta
De frente á nuca,
Quien Angel bello
Despues madruga;

Por tener de ello
Receta oculta:
Si esta no es dicha,
No hay dicha alguna.
Yo sé de bestia
(Bien que haya muchas)
A quien asisten
Gentes agudas;
Y que es su ingenio
Claro, le juran:
Si esta no es dicha,
No hay dicha alguna.
Esposo inapto
Falto de enjundias,
Sus coadjutores
Tal vez le ayudan,
Y á costa de otros
Mece sus cunas:
Si esta no es dicha,
No hay dicha alguna.

LETRILLA XIII.

¿Tu que no sabes
Me das lecciones?

Déjalo, Fabio,
No te incomodes.
 Porque de niño
Gozo aun los dotes,
Dices que cante
Dulces amores;
¡Mas ay! qué poco
Mi humor conoces,
Acedo y lleno
De indigestiones!
Déjalo, Fabio,
No te incomodes.
 Dices que trate
Gentes de Corte,
Que me enriquezcan
De ideas nobles;
Cuando aturdidos
De uno á otro coche,
Corre, ve, y diles
Son sus pensiones:
Déjalo, Fabio,
No te incomodes.
 Dices no admito
Los ricos dones

Que hacerme quieren
Grandes Señores;
Yo sé que al aire
Nadie da golpes,
Y lo que tengo
Creo me sobre:
Déjalo, Fabio,
No te incomodes.
Diz que el estudio,
Con sus tesones,
Mi tez de rosa
Fuerza es que robe.
Si tan bonito
Soy, que me arropen,
Sin que al Sol vea
Dentro de un cofre:
Déjalo, Fabio,
No te incomodes.
Dices, y dicen:
Dios os perdone,
Que tengo en suma
Duro el cogote:
Si fuese Estatua
Yo en él con goznes

Fuera defecto;
Pero acabóse:
Déjalo, Fabio,
No te incomodes.

LETRILLA XIV.

FALTANDO yo es cierto
Que habré nombradía:
¡Qué gran bobería,
Despues de yo muerto!
Diz que mi gran Musa
Heróica me llama
Con póstuma fama,
Sin tener escusa,
Vanidad intrusa
Del vulgo inexperto:
¡Qué gran bobería,
Despues de yo muerto!
A hacer de las mias
Dicen que me aplique,
Que casa edifique,
Torre y galerías,
Sin ver que mis dias
No han instante cierto:

¡Qué gran bobería,
Despues de yo muerto!
Diz que si yo falto
(Mi Dios me perdone)
Harán se empadrone
Mi nombre tan alto,
Que llegue de un salto
Al polo mas yerto:
¡Que gran bobería,
Despues de yo muerto!
Diz que otra Artemisa
Hará un Mauseolo,
Al funeral solo
De mi hora precisa;
Y morir de risa
Yo tengo por cierto:
¡Qué gran bobería,
Despues de yo muerto!
Diz que mi retrato
(¡Qué cosa tan mona!)
Grabará Carmona
Con su buril grato,
De frente á zapato
De laurel cubierto:

¡ Qué gran bobería,
Despues de yo muerto!

LETRILLA XV.

¡ Qué hechicero tono!
¡ Como al gusto brinda!
¡ Qué dije tan mono!
¡ Qué cosa tan linda!
Que un rapaz flamante,
Que el mirar lo alegra,
De momo se plante
La máscara negra,
Mordiendo cual suegra
Cuanto se le alinda.
¡ Qué dije tan mono!
¡ Qué cosa tan linda!
Que una Damisela
Pintadita al olio,
Con saber nos muela,
Cuestion, texto, y folio;
Y en cualquier escolio
Singular prescinda:
¡ Qué dije tan mono!
¡ Qué cosa tan linda!

Ver á Don Pancracio
Guapeton de fama,
De cuidados lacio
A par de Madama,
Si dice que la ama,
Mas blando que guinda:
¡Qué dije tan mono!
¡Qué cosa tan linda!

Ver un rapaz tierno
Hecho una gragea,
Con dije de cuerno
En danza pigmea,
Fingir la jalea
Que en su edad no brinda:
¡Qué dije tan mono!
¡Qué cosa tan linda!

Si yo impertinente
Hablo una simpleza,
Notar que una gente
De seso y grandeza
Vuelva la cabeza,
Y atencion me rinda:
¡Qué dije tan mono!
¡Qué cosa tan linda!

LETRILLA XVI.

Que no tiene juicio
Quien mi Musa estraña,
Yo me lo malicio,
O el juicio me engaña.
Afuera, que quiero
Vaciar cual puchero,
Lo que hube tragado,
Que estoy infestado
De tanta zizaña,
O el juicio me engaña.
Hoy dia es ser rico
Acortarse el pico,
Prestar con ribete,
Y estafar por siete
Con sutil maraña,
O el juicio me engaña.
Hoy dia es ser maja
No darse una paja
Por la honradez Goda
Y hacerse por moda
De ninguno extraña,
O el juicio me engaña.

Hoy es ser muy mono
Mostrar grande encono
A nuestros estilos,
Y hacer mallas de hilos
Cual sutil araña,
O el juicio me engaña.
Hoy dia es ser Crego
Darse al ocio luego;
Chupar lo asignado,
Y andar de sobrado
Cual hoja de caña,
O el juicio me engaña.
Hoy dia el juzgado
Hacerse es del lado
Del que mas presenta;
La ley es la renta;
El juzgar cucaña,
O el juicio me engaña.
Hoy es ser Poeta
El zurcir con treta
De antiguos escritos;
Porque hay infinitos
Tontos de esta maña,
O el juicio me engaña.

LETRILLA XVII.

Si hablar mal es mengua,
Pues ponen hocico;
Atemos la lengua,
Callemos el pico.
Si en boca cerrada
Diz que no entra mosca,
Y hay gente tan osca
Que luego se enfada,
Si la mas cendrada
Verdad les predico:
Atemos la lengua,
Callemos el pico.
Si un tal Reverencia,
Grado tiene, y Borla,
Y un victor con orla
Publica su ciencia;
Y yo en mi conciencia
Sé que es un borrico:
Atemos la lengua,
Callemos el pico.
Si el vulgar concepto
Hoy tiene por sabio

Al que mueve el labio
En nuevo dialecto,
Chanfutre en aspecto,
Y en ademan mico:
Atemos la lengua,
Callemos el pico.
Si no es bien que riña
Que un tal Caperucho,
En vicios muy ducho
Por la socaliña,
Con faz no lampiña
Se finge Santico:
Atemos la lengua,
Callemos el pico.
Pues es grande carga
Remendar mal viejo,
Y el agrio consejo
A todos amarga,
Si con lengua larga
La murria espotrico:
Atemos la lengua,
Callemos el pico.

LETRILLA XVIII.

Señor de Encomienda,
Que no recomiendo,
A otro se las venda,
No á mí que las vendo.
Hidalgo de á marca
Por papelería,
Que en genealogía
Mil padres abarca,
A Herodes Tetrarca
Su raiz haciendo:
A otro se las venda,
No á mí que las vendo.
Pedantes visitas
De erudito vario,
Que en un Diccionario
Se entró de patitas,
Y alzara mil gritas
Sobre la voz *cuendo*.
A otro se las venda,
No á mí que las vendo.
Consejo maduro
De algun calvo verde,

Que si el pelo pierde,
No pierde lo obscuro
Del unto venturo
Que lo irá tiñendo:
A otro se las venda,
No á mí que las vendo.
Decir que al Parnaso
Va sutil poeta,
Y sigue cometa
El vuelo al Pegaso,
Y en el Eter raso
Gira con estruendo:
A otro se las venda,
No á mí que las vendo.

LETRILLA XIX.

Si yo cuando á otros muerdo;
Mordido me hallo,
Es que no hay hombre cuerdo
Si monta á caballo.
Si un Varon mirado
Sube al Magistrado,
Y hace cual Magnate
Mas de un disparate,

No es mucho su fallo:
Que no hay hombre cuerdo
Si monta á caballo.
Si un viejo en visita
Con Doña Pepita
En dime y diréte
Hielo hecho arremete,
No hay porque estrañallo;
Que no hay hombre cuerdo
Si monta á caballo.
Si un Docto por grado,
En su Aula sentado,
Pensando que explica,
Mas y mas se implica;
Callar, y aguantallo;
Que no hay hombre cuerdo
Si monta á caballo.
Un novel Cadete,
Pensando es ginete
Mas que Gerifalte,
No es mucho que salte,
Y brinque cual gallo;
Que no hay hombre cuerdo
Si monta á caballo.
Si á un ruin miserable,

Ines se hace afable,
Cuando allá lo coge,
Que él la bolsa afloje
Por hecho contallo;
Que no hay hombre cuerdo
Si monta á caballo.

Si un cuerdo Estadista
Cae en ser Coplista,
Y enfada en sus versos
A cien Universos,
No hay mas que dejallo;
Que no hay hombre cuerdo
Si monta á caballo.

LETRILLA XX.

Si me sale al paso
Lo que no quisiera;
Todo es friolera,
Vamos pues al caso.

Si el Númen vinagre
Que aïrado me sopla,
Se arma en cada copla
De mordiente usagre;
Por mas que la almagre

Y vista de raso:
Todo es friolera,
Vamos pues al caso.
Si Paula y Fructuoso,
Merendando en gresca
Una tarde fresca,
Brindan con reposo,
A honor del esposo,
De cuerno en un vaso:
Todo es friolera,
Vamos pues al caso.
Si con falsas llaves,
Saliendo el marido
De su lecho y nido;
Aquel que tu sabes
Que es de los mas graves,
No es en dar escaso:
Todo es friolera,
Vamos pues al caso.
Si á risa provoca
Fingida beata,
Que á una patarata
Retuerce la boca,
Cuando por su toca

De amor se ve un paso:
Todo es friolera,
Vamos pues al caso.

LETRILLA XXI.

Diz que un Caballero,
Dicho Don Dinero,
Pierde y atropella
La niña mas bella
De mas pundonor:
Madre, la mi madre,
Qué triste dolor!
El diz que minora,
Y aun de virtud dora
El crímen mas grave,
Y al recto Juez sabe
Quebrar el rigor:
Madre, la mi madre,
Qué triste dolor!
El diz que al anciano
En jóven lozano
Lo vuelve y trabuca,
Y á su edad caduca
Da inútil verdor:

Madre, la mi madre,
Qué triste dolor!
El al mas ocioso,
Mas vil y vicioso,
Colma de favores,
Y aun da de Señores
Un perpetuo honor:
Madre, la mi madre,
Qué triste dolor!
El á un tonto ha dado
El premio colmado,
Que hubo merecido
Un sabio entendido,
Pobre, y sin favor:
Madre, la mi madre.
Qué triste dolor!
El en la opulenta
Mesa en que se sienta
Todo hace que sobre,
Arrojando el pobre
Del hambre al rigor:
Madre, la mi madre,
Qué triste dolor!
Diz que él pretendido,

O ya conseguido,
Siempre da cuidado,
Y de ayes cercado
Tiene al poseedor:
Madre, la mi madre,
Qué triste dolor!

LETRILLA XXII.

Cada dia este mi Númen
Sale con su extraordinario:
Canario!

Al son de mi castañuela,
Mas que una Pascua contento,
Diré verdades sin cuento,
Que mi gaznate no cuela;
De hablar clarito en la escuela
Soy pájaro voluntario:
Canario!

Yo sé que ántes solian ser
Indios bravos los que amaban,
Con un vidrio se engañaban,
Prendiólos un alfiler;
Y hoy un hombre ha menester

Para preludio un erario :
Canario!
Mirando á cierta ventana,
Que juzgué recoleccion,
Vi una Tais tras el doblon,
Mas que la antigua liviana,
Que el beso de paz ufana
Da, si hay oro, á su contrario :
Canario!
Bien sé yo quien se embelesa,
Y en amor corre, ó recula,
Hablando á un mozo de mula,
La que con torno, ó con rueca,
Sino en San Fernando, en Meca,
Debiera ganar salario :
Canario!
Yo, en fin, no sé qué remiendo
A este desbarate le eche,
Ni acierto con qué escabeche,
En sazon se irá poniendo;
El pago que da, sí entiendo,
A quien le sigue ordinario :
Canario!

LETRILLA XXIII.

Cuanto mas cachaza gasto,
Mi Númen trae mayor prisa:
Ay qué tentacion de risa!
Cúlpanme varios Censores,
Que un muchacho no es bien cante
Con estilo mordicante,
Ni acentos murmuradores;
Que cante églogas de amores,
Hecho pastor de Belisa:
Ay qué tentacion de risa!
Que en una conversacion,
Que un anciano no osa hablar,
Un mocoso descifrar
Se ofrece á todo un Newton;
Y de si es lo del cabron
Lana, ó pelo, nos avisa:
Ay qué tentacion de risa!
Que de hidalgo en sí no quepa,
Quien á Hércules da su orígen,
Y sus fincas no le exigen
Dos cornados de esta cepa;
Y por barruntos se sepa

Que como él, muere en camisa :
Ay qué tentacion de risa!
Si la gazmoña en rezar
Se arroba : ¿qué es necesario
Que yo entienda lo contrario?
Que tengo muy mal pensar;
Y para esto reiterar
Arrumacos de indecisa :
Ay qué tentacion de risa!

LETRILLA XXIV.

De que el Señor Cura tenga
Por ama una moza alegre,
Siendo mejor una vieja,
Para que su ajuar gobierne :
Qué se infiere?
De que tán caritativo
El otro esposo se muestre,
Que á cuantos van á su casa
Cortes á todos la ofrece :
Qué se infiere?
De que los Padres Maestros
A predicar se presenten,
Ci ando Autores Gentiles

Para instruir á las gentes :
Qué se infiere ?
De que en casa del Letrado
Se mantenga mas la gente
Con el buen parecer de ella,
Que no con sus pareceres :
Qué se infiere ?
De que una niña se ponga
Opilada algunos meses,
Y nunca de nueve pase,
Y siempre á los nueve llegue :
Qué se infiere ?
De que el Sastre á su muger
Diga que faltan qué haceres,
Y que busque ella por sí
Modo para mantenerle :
Qué se infiere ?
De que haya tantos asuntos
De que habla bajo la gente,
Y siendo justificados,
Ninguno alzar la voz quiere :
Qué se infiere ?

LETRILLA XXV.

Caiga el que caiga, y si el Númen
Hoy su látigo enarbola,
Ruede la bola.
Una bola es este mundo,
Que harta está de mal rodar,
Y los dos hemos de andar
A túndame que te tundo :
Si digo lo que en profundo
Silencio tiene mi chola,
Ruede la bola.
Si un tonto debe gozar
De la tierra la abundancia,
Y en partos de su arrogancia
Sus productos disipar;
Y el pobre en brazos quedar
Del hambre pálida y sola,
Ruede la bola.
Ver que un Don Lindo Soldado,
Olvidado del valor
Del Gótico pundonor,
Y el Español desenfado,
El rostro, ropa, y peinado,

Riza, pule, y arrebola,
Ruede la bola.
Que un Don Trasgo revoltoso,
Sin quien le tire la rienda,
Se porte en toda contienda
Lenguaraz y sedicioso,
Sin que el Juez de temeroso
Se atreva á su camisola,
Ruede la bola.
Que yo piense en reprehender
Cosas que exceden mi brio,
Sin temer el Númen mio
Lo mal que lo puede haber;
Pues no me hacen recoger
Entre las piernas la cola,
Ruede la bola.

LETRILLA XXVI.

Que quiera que no, mi Númen
Vuelve á su antigua faena;
Dios te la depare buena.
Con gritos censuradores
Allá vas, mi Cartapacio:
Si das en algun Palacio

Con tropel de aduladores,
Se rival de sus humores,
Y si tienes mala estrena,
Dios te la depare buena.
Si un Don Pelon, sin saber
Leer dos líneas con sentido,
Sin ver como lo han subido,
Donde él no pudo creer,
Y no sabiendo Juez ser,
El bien comun desordena;
Dios te la depare buena.
Si la que al gusto da coces,
Y la dicen que su rostro
Se lo ha quitado algun monstruo.
Comienza en gritos feroces
A echar su mal pleito á voces
Con pícara cantilena,
Dios te la depare buena.
El que agarbado en su lecho
De un ligero resfriado,
Llama á un Médico afamado,
Quien juzgándolo á provecho
Las venas le saja, y de hecho

En dos dias lo despena,
Dios te la depare buena.
  Cabeza de gran bonete
Sin natural entusiasmo,
Que á sí mismo ser el pasmo
De las Musas se promete;
Si al fin fiero le acomete
Un flujo de árida vena,
Dios te la depare buena.

LETRILLA XXVII.

  Con mas sabrosito humor
Empiezo hoy mi escarapela :
Canela!
  Lo que hable la lengua mia
A ninguno ha de amargar,
Que bien he de sazonar
Todo mi plato este dia;
Será dulce especería
La que mi mortero muela :
Canela!
  Placer es ver retocada
La que es pasa como guinda,

A poder de polvos linda,
A fuerza de untos rosada,
Cuando no hay en su quijada
Memoria de que hubo muela:
Canela!
  Gusto es ver cuan poco escasa
Tais es en baile y meneo,
Que á medirlo su deseo
No tuviera fin, ni tasa;
Y si ha de barrer la casa,
Necesita tanta espuela:
Canela!
  Rio en ver que otra en quince años
Siempre está, y busca mancebos
Los mas implumes y nuevos,
Que han de pelar sus engaños;
Y aunque cañones extraños
Crien, ella al fin los pela:
Canela!
  Mas esto, vaya cual vaya,
¿A mí en ello qué me va?
Antes bien, quien zurre habrá
A aquel que en zurrar se ensaya,
Haciéndole que esté á raya,

Y la cabeza le duela:
Canela!

LETRILLA XXVIII.

Yo quiero que sepa el mundo
Quien soy, y se desengañe,
Que el que las sabe las tañe.
Yo he llegado á ser muy necio,
A ninguno sé engañar,
Todos me la han de pegar,
Y me la pegan de recio;
De hoy mas tan solo haré aprecio
De aprender de quien me engañe,
Que el que las sabe las tañe.
Yo nunca sola una flor
Supe decir á una Dama,
Como otro que las derrama
Con labio lisonjeador,
Y hace que en agua de olor
Se meta, revuelque y bañe,
Que el que las sabe las tañe.
Yo no me sé divertir,
Ni jugar cosa maldita,
Como el que de una garita

Ganoso suele salir
Cargado de oro, y reir
Lo que otro ha perdido y plañe,
Que el que las sabe las tañe.
Yo no sé de caza ó pesca,
Ni en el bosque, ni en el rio,
Como el que al bochorno y frio
Anda con bulla y con gresca,
Cogiendo la pieza fresca
Por mas que se le enmarañe;
Que el que las sabe las tañe.
Yo sudo en hacer dos versos,
Y á mi ingenio no doy fama;
No como otro que urde un Drama
En cuatro horas, puro y terso,
Haciendo que el Universo
Como ave rara lo estrañe,
Que el que las sabe las tañe.

LETRILLA XXIX.

¿Diz que de este inferior globo
La maquina anda trocada?
No sé nada.
¿Diz que hay cosas en el Orbe

Que no se pueden tragar,
Que obligan á provocar
Al que incauto se las sorbe,
Sin que Justicia lo estorbe,
Porque está enferma y sangrada?
No sé nada.
 La moza de mi vecino,
De las pascuas puso el nombre
A su madre, ¿y diz que al hombre
A jugar luego se avino,
Y que ser es su destino
Cobertera autorizada?
No sé nada.
 ¿Diz que en falsa compostura,
Blas dió en hipócrita vano,
Solo por respeto humano
Y lograr racion segura,
Y en contrahecha figura
Es fantasma corcobada?
No sé nada.
 ¿Diz que es gusto ver la viuda
Si la ruegan, y hay quien cante
Como el lloroso semblante
En baile y respingo muda;

Y esto es que á nada la ayuda
Ser tórtola retirada?
No sé nada.
¿Diz que un ... tente, que cogido
Fué en adulterio soez,
Se alzó de él con altivez,
Y con cerviguillo erguido,
Y en un trabuco al marido
Le mostró la muerte airada?
No sé nada.

LETRILLA XXX.

Pues en zurrar mil picañas
Hoy mis Musas se festejan,
¡Oste puto, que retejan!
Merlo, vamos con cuidado,
Que diz que el diablo anda suelto;
Y en este rio revuelto,
En que á muchos han pescado,
Para el pico desmandado
Mordazas mil aparejan,
¡Oste puto, que retejan!
Tú, Taur, que sin destino
A la garita te vienes,

Y con otro tal te avienes
En pelar á un palomino;
Pues al que con pluma vino
Implume tus uñas dejan,
¡Oste puto, que retejan!
Tú, Mozuela, que te huiste
De tu casa, y con gran porte
Te has puesto á Dama de Corte,
Sin saber lo que perdiste;
Pues tras tu bulto se embiste
Y la jaula te aparejan,
¡Oste puto, que retejan!
Tú, holgazan, que en breve rato
Socorrida arte aprendiste,
Flexible diestra estendiste
Prendiendo cual garabato;
Pues hoy dia á un solo gato
Huestes de gatos aquejan,
¡Oste puto, que retejan!
Tú, al fin, cualquiera que fueres
El que á sombra de tejado
Andas de un cuarto vedado,
Mil ofreciendo alquileres;
Pues los vivos alfileres

Un minuto no te dejan,
¡Oste puto, que retejan!

LETRILLA XXXI.

Pues de cantor traigo el nombre,
Y el arma en el vericú....
Alajú, que mas alajú.
Que viendo ufano el delito,
Sin Censor que le castigue,
Y á un rapaz su Musa obligue
A alzar en su burla el grito,
Diga adulador maldito
Que le sopla Bercebú....
Alajú, que mas alajú.
Ver la doncellita andante
Horfanita, y sin arrimo,
Que halla algun Indiano primo,
A quien se arrima bastante,
Señora de Guardainfante,
Con su terno de tisú....
Alajú, que mas alajú.
Atolondrado Doncel
Pierde las mas ricas horas
Emulo de las Señoras,

De un espejo mirabel,
Puesto al ladito un clavel,
Y un ramo de almoradú....
Alajú, que mas alajú.

Que el otro, eterno holgazan,
Con casa que mantener,
Encomiende á su muger
Este primitivo afan,
Miéntras robándole estan
Las venas de su perú....
Alajú, que mas alajú.

Los que oyen mi escarapela,
Y que en sus cosas me meto,
Sin guardar algun respeto,
Hincándoles tanta espuela,
Gritan ¡qué gran bagatela!
Habló el buey, y dijo Mú....
Alajú, que mas alajú.

LETRILLA XXXII.

De tí, o Musa, que en mi infancia
Me instruyes, saber deseo,
A quien de muchos que veo
He de arrendar la ganancia.

Al jóven que con su niña
Vive en vicio encenagado,
Y al cabo se ve robado
De estas aves de rapiña,
Pegándosele cual tiña
El mal que vino de Francia,
No le arriendo la ganancia.

Al Jefe, que ardiendo en ira
Por vivir despues de muerto,
Muestra el pecho descubierto
Al contrario, que le tira:
Do á la menor bala espira
La mas altiva arrogancia,
No le arriendo la ganancia.

Al maridillo impotente,
En quien manda su muger,
Dejándose someter
A su dominio el paciente,
Mostrándonos en su frente
Símbolo de tolerancia,
No le arriendo la ganancia.

Al que en su cuarto encerrado
Enferma á puro estudiar,
Y muere por alcanzar

Lo que ninguno ha alcanzado,
Puesto que el mas sabio ha hallado
Que es su saber ignorancia,
No le arriendo la ganancia.
Al que cual camaleon
Está al Magnate adulando,
Mil sobarbadas pasando
Por lograr su pretension,
Solo por necia ambicion
De ser hombre de importancia,
No le arriendo la ganancia.

LETRILLA XXXIII.

Que una mozuela en el prado
Se presente, y deje ver
Con basquiña de moer,
Y un relox á cada lado,
Con su eminente peinado,
Y remontada escofieta....
Buen dinero es la Gazeta.
Que blasone el Militar
Que la furia de su espada
Se mira reverenciada
En la tierra y en la mar,

Y que él solo pudo entrar
Al Fuerte de la Goleta....
Buen dinero es la Gazeta.
  Que corteje el otro viejo,
Que no se puede tener,
Queriéndole dar placer
A su arrugado pellejo,
Sin querer que otro cortejo
Donde él se mete se meta....
Buen dinero es la Gazeta.
  Que el otro tras el venado
Ande saltando bardales
Picado con los zarzales,
De sol y frio quemado;
Miéntras de su esposa el lado
Ocupa el otro en paz quieta....
Buen dinero es la Gazeta.
  Que llegándome yo á ver
Lleno de necesidad,
Piense mi simplicidad
Que he de llegar á valer,
Porque versos sepa hacer
Como el mas docto Poeta....
Buen dinero es la Gazeta.

LETRILLA XXXIV.

Yo, Talia, en despedirte,
Y tú en que me has de querer;
Tijeretas han de ser.
No es espantajo estafermo
El ingenio que me asiste,
Y sabe morder con chiste;
Que ya en poblado ó en yermo,
Ya con salud, ó ya enfermo,
En morder y mas morder,
Tijeretas han de ser.
El que ganar quiere á Creso,
Y avaro entró en su arqueton,
Sepultó mas de un millon;
Por ser cual sin hondo vaso
En juzgarse de oro escaso,
Y estar sediento de haber,
Tijeretas han de ser.
Hueso y pellejo con ojos
La vieja que da en ser maja,
Aunque esté seca cual paja,
Y gaste palo y anteojos,
Como de usar de remojos

Para mejor parecer,
Tijeretas han de ser.
  De Cupido en los afanes
Gladiator amartelado,
Si en su hueste ha militado
Riñe con los gavilanes;
Por mas que los tafetanes
Sus heridas dejan ver,
Tijeretas dan de ser.
  El que se volvió gabacho,
Y veces mil fué beodo,
Aunque con risa en el lodo
Le eche uno y otro muchacho,
En buscar el vino macho,
Y zorro permanecer,
Tijeretas han de ser.

LETRILLA XXXV.

  Mi lengua echada en remojo,
Cansada está de callar
Lo que no puede tragar;
Agua va, que allá lo arrojo:
Si alguien por delante cojo,
Sabiendo que hay quien ofenda,

Quien tiene tienda que atienda.
Que un Indiano, que las minas
Heredó del rubio Oriente,
Lascivo comprar intente
Con costumbres peregrinas,
Con piedras falsas ó finas,
Del honor la mejor prenda,
Quien tiene tienda que atienda.
Pues mil Niñas bien criadas,
Sin pedirles yo favor,
Me hacen por mi bello humor
Sus caricias regaladas,
Y ellas se dan por pagadas
Aunque yo lo desentienda,
Quien tiene tienda que atienda.
Si osa el otro majadero
Buscar una hembra propicia,
Y le saja su codicia
Como al pobre el usurero,
Y exige un tributo fiero,
Despues de una gran merienda,
Quien tiene tienda que atienda.

LETRILLA XXXVI.

Pues es baldío el dominio
De escardar vidas agenas,
De las malas y las buenas
Hagamos un escrutinio:
Acertado es mi designio;
Y si dicen yerro en eso,
A otro can con ese hueso.

Que quieran tenga contigua
A mi bolsa y á mi lado,
(En santa paz sea mentado)
Una damisela antigua
Con un rostro de estantigua,
Sin sentir el contrapeso,
A otro can con ese hueso.

Yo sé que el Doctor Casorla,
Como lo hubiera pagado,
Su mula hubiera graduado;
Y él piensa por tener borla,
Y un victor de oro en la orla,
Que á mí me aventaja en seso,
A otro can con ese hueso.

Que un viejo de vano casco;

De ageno pelo vestido,
Mas que corcho desabrido,
Mas áspero que un carrasco,
Piense que no ha de dar asco
A quien llama su embeleso;
A otro can con ese hueso.

Que quiera el otro bellaco
Que hace de hipócrita mueca,
Y á lo callantron lo peca
En sus costumbres verraco,
Siendo mas ladron que Caco,
Pasar por Santo profeso;
A otro can con ese hueso.

LETRILLA XXXVII.

Que me sea ingrata Lucía,
Porque soy un pobreton;
Y en entrando un Señor Don
Le diga: ¿qué manda Usía?
Y se le dé cortesía,
Por no despreciar su ruego....
¡Fuego!

Que á Ines agrade aquel majo,
Siendo cual de Ines el tiesto,

En lo hediondo que le han puesto
Las quiebras de su trabajo,
Con que por cima y debajo
Anda el zaumerio de espliego....
¡Fuego!

Que Juana, que cuando estan
Sus padres dentro de casa
Aun hablar no se propasa;
Luego que á fuera se van
Llame á solas á Don Juan,
Y ande el baile, trisca y juego....
¡Fuego!

Que Beatriz sin enfermar
Diga que se está muriendo,
Que llamen á Fray Rosendo
Que la venga á confesar,
Y él con ella haya de entrar
Quedándose á fuera el Lego....
¡Fuego!

LETRILLA XXXVIII.

Préstame Fabio atencion
Para oir esta Letrilla;
Porque no se da morcilla

A quien no mata lechon.
¿Admiraste del marido
Que sin renta, y holgazan
Sale al Prado tan galan
Como un Adonis lucido?
Pues mira, esto ha conseguido
Por ser manso de la Villa,
O en buen romance cabron.
Porque no se da morcilla
A quien no mata lechon.
Preguntas ¿que por qué exceso
En el mas triste Lugar
A los Frailes han de dar
Pan, vino, tocino, y queso?
Pues créete que por eso
Nos llaman con campanilla
En la Cuaresma á Sermon.
Porque no se da morcilla
A quien no mata lechon.
¿Espántaste de la Maja,
Que cuando sale á paseo,
Con sus galas y meneo
A la mas chusca aventaja?
Pues mira, tanto trabaja,

Que por trabajar se humilla
Bajo de cualquier varon.
Porque no se da morcilla
A quien no mata lechon.

Pregúntasme ¿que en qué penda
Que otros con poco estudiar
Se atreven hoy á sacar
De la Corte una Prebenda?
Pues mira, aunque no se venda,
O ya por faldas se pilla,
O ya por mucho doblon.
Porque no se da morcilla
A quien no mata lechon.

¿Lastímaste el ver tomando
A Don Martin las unciones,
Que quiebra los corazones
Verle amarillo, y babeando?
Pues mira, para eso holgando
Con su amiga Mariquilla
Gozó harto tiempo el bribon.
Porque no se da morcilla
A quien no mata lechon.

¿Admiraste del Letrado
Que á Juan sin tener derecho

Se lo hizo tener, y de hecho
Se ha en su favor sentenciado?
Pues sábete que ha logrado
Una lucida vajilla,
Y *ainda mais* un talegon.
Porque no se da morcilla
A quien no mata lechon.

Dices, por fin, ¿que cuan bruto
Es el que se pone á hacer
Versos, sin echar de ver
Que no aguarda premio ó fruto?
Pues mira, yo lo reputo
Por la mas quieta, sencilla,
Y racional diversion.
Porque no se da morcilla
A quien no mata lechon.

LETRILLA XXXIX.

Que quiera que yo haga cuenta
Que única en amarme ha sido,
La que el corazon partido
Tiene (no es mucho) en ochenta;
Y que intente que mi renta,

En sus caprichos se apoque,
No hay emboque.
Que quiera el otro Ermitaño
Vivir eterno holgazan,
Y de mi bolsillo y pan
Mantenerse todo el año,
Porque me libre del daño
De peste el Señor San Roque,
No hay emboque.
Que presuma de mi Ines,
Por ser muchacha bien quista,
Que la mantenga y la vista
De la cabeza á los pies,
Y vivir del interes
Sin que á sus faldas la toque,
No hay emboque.
Que pretenda el otro ganso
Que salió el barrio á correr,
Miéntras quedó su muger
Con Don Narciso en descanso,
Que yo no le llame manso,
Porque trae daga y estoque,
No hay emboque.
Que Beatriz, hasta los huesos

El mal humor la ha pasado,
Piense que yo enamorado
Gaste en servirla mil pesos,
Por mas que con mil excesos
A liviandad me provoque,
No hay emboque.
Que quieran que las hazañas
Cante del Cid Campeador;
Y conociendo mejor
De los viciosos las mañas,
Me digan que estas patrañas
En mis versos no las toque,
No hay emboque.

LETRILLA XL.

En eso de que por tema
De no ceder á ninguno,
Sin esperar premio alguno,
Me ponga con mucha flema
A escribir un gran Poema,
Como el pobreton del Taso,
Paso.
Mas en que por diversion
Se suelte mi tarabilla

En cantar una Letrilla,
Donde saque á colacion
Tanto esposo chibaton
Como á cada pasa encuentro,
Entro.

Que yo cual camaleon
Esté á un gran Sofí adulando,
Mil sobarbadas pasando
Por lograr mi pretension,
Cautivo de la ambicion
De sueño, y de gusto escaso,
Paso.

Mas en que mi gusto ame,
Donde hallo fortuna cierta,
Y cuando mas me divierta
Ningun cuidado me llame,
Pues buey suelto bien se lame
Por defuera y por dedentro,
Entro.

Que quieran que á una funcion
Vaya yo en Diciembre helado,
A beber de convidado
Aguas de agraz y limon,
Que dejen mi corazon

Tan helado como el vaso,
Paso.
Pero que con mi vecino,
Y otros amigos de broma,
Sentado en un corro coma
Buenas lonjas de tocino,
Y un gran pellejo de vino
Haya por copa en el centro,
Entro.
En que vestido de gala
Dance yo serio un amable,
Sin que toque, y sin que hable
A las Damas de la sala;
Pues me echarán noramala
Si á algo de esto me propaso,
Paso.
Mas en el ir á enredar
A los bailes de candil,
Donde pueda yo entre mil
Con las chicas retozar,
Apagar la luz, y andar
A esta cojo, á la otra encuentro,
Entro.

LETRILLA XLI.

Al que por sola aprehension
De que perdió su mozuela,
U otra cualquier bagatela
De aqueste mundo bribon,
Se le llena el corazon
De mortal melancolía,
Le cayó la Lotería.
Al Militar que impaciente
De lograr algun honor,
Se presenta con valor
Del enemigo á la frente,
Donde le coge en caliente
Un tiro de artillería,
Le cayó la Lotería.
Al que por tener sospecha
De si está, ó no resfriado,
Llama al Doctor de contado,
Quien juzgando que aprovecha
Le manda sangrar, y le echa
En la sepultura fria,
Le cayó la Lotería.
Al que buscó á su entender

Por novia una muger casta,
Y siendo él de buena pasta,
Y ella de buen parecer,
La que le hizo novio ayer
Le hace novillo este dia,
Le cayó la Lotería.
Al jóven, que sin saber
Que cosa lujuria fuera,
Por sola la vez primera
Que visitó á una muger,
Ve el triste que ha menester
Entrar en Santa María,
Le cayó la Lotería.

LETRILLA XLII.

Dicen que soy desplicente,
Que á todos enfado y muelo,
Que no debo formar duelo
De lo que no me contente;
Que con necios neciamente
Sea necio en su necio bando:
Ya voy que me estoy peinando.
Quieren que el rostro astringido
Deje que suelo tener,

Que humano me dejé ver
Con afeite el mas florido,
No siendo yo su marido
Con cualquier Dama paseando:
Ya voy que me estoy peinando.
Diz que la Filosofía
De algun Escolar no aprecio,
Que me debo dar de recio
A estudiar la algarabía
De tanta distincion fria,
Que usa el sofístico bando:
Ya voy que me estoy peinando.
Notan que dinero hacer
No sé cual mil de mi estado,
Que mas que un obligado
Pudiera yo enriquecer,
Solo con apetecer
Lo mismo que me estan dando:
Ya voy que me estoy peinando.
Porfian que á un impresor
Le dé á imprimir mis conceptos;
Y que pues son tan perfectos,
Los publique con valor;
Pues gran provecho y honor

De ello me irá resultando:
Ya voy que me estoy peinando.

LETRILLA XLIII.

¿Ves aquel Señor Graduado,
Roja borla, blanco guante,
Que *nemine discrepante*
Fué en Salamanca aprobado?
Pues con su borla, su grado,
Cátedra, renta, y dinero,
Es un grande majadero.

¿Ves servido un Señoron
De Pages en real carroza,
Que un rico Título goza,
Porque acertó á ser varon?
Pues con su casa, blason,
Título, coche, y cochero,
Es un grande majadero.

¿Ves al Jefe blasonando
Que tiene el cuero cosido,
De heridas que ha recibido
Allá en Flandes batallando?
Pues con su escuadron, su mando,

Su honor, heridas, y acero,
Es un grande majadero.
¿Ves aquel Paternidad,
Tan grave y tan reverendo,
Que en Prior le está eligiendo
Toda su Comunidad?
Pues con su gran dignidad,
Tan serio, ancho, y tan entero,
Es un grande majadero.
¿Ves al Juez con fiera cara
En su Tribunal sentado,
Condenando al desdichado
Reo que en sus manos para?
Pues con sus Ministros, vara,
Audiencia, y juicio severo,
Es un grande majadero.
¿Ves al que esta satirilla
Escribe con tal denuedo,
Que no cede ni á Quevedo,
Ni á otro ninguno en Castilla?
Pues con su vena, Letrilla,
Pluma, papel, y tintero,
Es mucho mas majadero.

ROMANCES JOCOSOS.

ROMANCE I.

LA RAZA POLTRONA.

En el archivo del tiempo,
Entre polvo y telaraña,
Hallé una Genealogía
De una familia asaz larga.
Esta era un rollo bien grueso
De pergamino, que ataba
Cierto cordon sin errete,
O agujeta esfilachada.
Sacudíle bien el tamo,
Plantéme al punto las gafas;
Y oprimiendo mis narices
Leia con la voz ganga.
»Generacion de los necios
(En paz sea dicho) empezaba,
»Y alcurnia que salió inmune
»Del mordaz tizon de España.»
Despues de este titulon
Pintado un Arbol estaba
Con Góticos caractéres
Escritas estas palabras:

»El Señor *Tiempo perdido*
»Primer tronco de estas ramas,
»De nuevo volvió á perderse
»De amor de Doña *Ignorancia*.
»Casó con ella, y dos hijos
»Dió á luz, timbre de su raza,
»Que *Penséque* y *Entendíque*
»Los denominó la fama.
»*Penséque*, con *Poca edad*
»Se casó, mozuela incauta,
»En quien tuvo á *Quien creyera*,
»*No dí en ello*, *Quien pensara*.
»Doña *Quien creyera*, luego
»Con el *Descuido* se casa,
»Y tuvo *Ya estoy en ello*,
»*Bien está*, y *Se hará mañana*.
»El poltron *Tiempo hay*, tomó
»A *No dí en ello* por dama;
»Casó en fin con ella, y madre
»La hizo de un monton de maulas.
»Estos fuéron *Descuidéme*,
»*Yo me entiendo*, *No me engañan*,
»*No se miente*, *Déjese eso*,
»Y *Por mí nadie lo pasa*.

» *Yo me entiendo* casó luego
» Con Doña *Presuncion vana*,
» En quien tuvo *Aunque les pese*,
» *Modas quiero*, y *Muda galas*.
» La Señora *Modas quiero*
» Con *No faltará* se enlaza,
» De quien *Comamos*, *Bebamos*,
» Y *Holguémonos* se propagan.
» Y así mismo á la *Desdicha*
» Con *Poco seso* casada,
» Quien tuvo á *Bueno está eso*,
» Y *A mí no me aturden trampas*.
» Tambien á *Preso por mil*,
» A *Salga por donde salga*,
» A *Nadie se murió de hambre*,
» Y *A mí no se me da nada*.
» Viuda Doña *Modas quiero*,
» A segundas nupcias pasa
» Con *Preso por mil*, de quien
» Dió á luz á *Qué patarata*.
» Tambien parió á *Tijeretas*,
» *Quien en pelillos se para*,
» *Yo me saldré con la mia*,
» Y á su Benjamin, *Lilailas*.

»Con tan buen ánimo, en breve
»El dote y ajuar mal gastan:
»Y si uno dijo: *Paciencia*,
»El otro dijo: *Cachaza*.
»Tomemos este año á censo;
»Y si en el otro nos falta,
»*Dios proveerá*; y *Bien pensado*,
»Dicen á lo que propalan.
»Tomáron así dineros,
»Segun se lo aconsejaba
»Su tio *No faltará*,
»Hombre de buena esperanza.
»Pero cumpliéndose el plazo
»Para hacer su justa paga,
»Como ellos al fin no hubiesen
»Mas fincas que su fanfarria,
»El *Engaño*, ejecutor,
»Dentro una cárcel los zampa,
»Donde *Dios hará merced*
»Los visita, y no regala.
»Llevólos á un Hospital
»La *Pobreza voluntaria*,
»Donde el buen *Preso por mil*
»Por sí mismo perdió el habla.

»La Señora *Modas quiero*,
»No sé si quiso mortaja:
»Sé que murió y no la tuvo,
»Y fué envuelta en una manta.
»Y al fin, en un Campo Santo,
»Que por serlo huesa franca
»Da muertos de mogollon,
»Se les dió á los dos posada.
»Dónde es fama que yacia
»Su quinta abuela *Ignorancia*,
»*Tiempo hay*, su tereero tio,
»Y otros así de su casta.
»Ellos en fin muchos hijos
»Y nietos dejáron, que andan
»Hoy perdidos por el mundo,
»En busca de la Gandaya.»

ROMANCE II.

A ELISA CONTRA MADAMA LAURA.

Dós ojos y medio tienes,
Elisa del alma mia,
Segun lo murmura Laura,
Ardiendo en zelosa envidia.
Pero vale mas el ojo

Que tienes ciego, y sin vista,
Que toda Madama Laura,
Mirada de abajo arriba.

. . . .
. . . .
. . . .
. . . .

Porque este ojo chiquinin,
Que casi no tiene niña,
Parece que para alguna
Seña amorosa lo guiñas.
Que como es juego el amor,
Y tanto á jugar te inclinas,
La seña del basto, haciendo
Estás á cuantos te miran.
Mas el otro ojo es mas claro
Que el Sol que en el Cielo brilla;
Y como el Sol, está solo,
Porque nadie le compita.
Y á mí por él mas flechazos
El tirano Amor me tira,
Que golpes en almirez
Se pegan en la cocina.
Y así mas que á siete Lauras
Te quiero, mi dulce Elisa;

Pues no compiten contigo
Diez Lauras en retahila.
Que son Laura y sus traseros
De rebelada Provincia;
Y tú Cántabra, y criada
En el riñon de Castilla.
Y si á tus ojos motejan,
Di que aquel que mas te estima
Con un ojo hácia el Poniente,
Y el otro á Levante mira.

ROMANCE III.

Porterísima Señora,
Señorísima Portera,
A mi gusto mas sabrosa
Que miel vírgen, y doncella.

. . . .

. . . .

. . . .

. . . .

Tú la Charra mas lozana
Que habita nuestras Callejas
Entre tantas riberanas,
Como sus Casas encierran.

Tú la Reina de las Charras,
Y de mi deleite reina,
Como la sal de las sales
Que vino de la Ribera:
Así el mas lindo Zagal
Que se peinare en tu tierra,
Goce tus hermosos brazos
Navidades mas de treinta.
Y así te haga mas arrullos,
Que el gorrion le hace á su hembra,
Y tú le paras mas hijos
Que paren quince conejas.
Que escuches mis tristes voces,
Que des oido á mis quejas,
Que eso de ser sorda, y muda,
Es bueno para las peñas.
Que á tí no te hizo Natura
Tan agraciada, y tan bella,
Para no saber de amor,
Y los gustos que acarrea.
Y el ser con el amor dura
Quédese para las feas,
Que fingen ser las mas castas
Porque no hallan quien las quiera.

¿Juzgas tú, que esos ojuelos,
Que se han de comer la tierra
No ha de gozar de ellos ántes
Dulce agitacion venerea?
¿Juzgas tú que aquesos brazos
No han de ser amante yedra
Del olmo de un buen muchacho,
Que cargue contigo acuestas?
¡Ay! como llegará el dia
En que de estas cosas sepas
Y á fe que te han de saber
Mejor que trucha, y lamprea.
Pues ea no pierdas tiempo,
Ni tan dulce ocasion pierdas,
Que á quiéresme que te quiero,
Tendrás una vida buena.
Pero si acaso tan dura
A mis cariños te muestras,
Que yo no deba á tus labios
La mas mínima respuesta:
Desesperado, y furioso
Me iré donde no me veas;
Pero será... á emborracharme
En tu nombre á la Aldehuela.

TROVAS.

ODA DE FR. LUIS DE LEON.

PROFECIA DEL TAJO.

Folgaba el Rey Rodrigo
Con la hermosa Caba en la Ribera
Del Tajo sin testigo:
El pecho sacó fuera
El rio, y le habló de esta manera:

En mal punto te goces
Injusto forzador, que ya el sonido,
Oyo ya, y las voces,
Las armas, y el bramido
De Marte, de furor, y ardor ceñido.

¡Ay, esa tu alegría
Qué llantos acarrea! y esa hermosa,
Que vió el Sol en mal dia,
A España, ¡ay! cuan llorosa,
Y al cetro de los Godos cuan costosa.

Llamas, dolores, guerras,
Muertes, asolamientos, fieros males
Entre tus brazos cierras,
Trabajos inmortales
A tí, y á tus vasallos naturales.

TROVA PRIMERA.

EL BORRACHO.

Folgaba un buen Mendigo
Con una bota hurtada en la ribera
Del Tórmes sin testigo:
El rio sacó fuera
Su gaznate, diciendo con voz fiera:
De malos tragos goces
Injusto bebedor, que sin sentido
Al agua tiras coces,
Y con lo que has vertido
De vergüenza, y de zupia estás teñido.
Tan sedienta porfía
Tendrá su acabo; y esa bota hermosa,
Que no verás vacía,
Para tí cuan llorosa
Será, y á tus costillas cuan costosa!
Borrachez, iras, guerras,
Manta, y vapulamiento, fieros males,
Entre tus brazos cierras
Con tus tragos mortales
A tí, y á esas tus posas naturales.

A los que en Constantina
Rompen el fértil suelo, á los que baña
El Ebro, á la vecina
Sansueña, á Lusitaña,
A toda la espaciosa, y triste España.
Ya dende Cádiz llama
El infuriado Conde, á la venganza
Atento, y no á la fama
La bárbara pujanza,
En quien para tu daño no hay tardanza.
Oye que el Cielo toca
Con temeroso son la trompa fiera,
Que en Africa convoca
El Moro á la bandera,
Que al aire desplegada va ligera.
La lanza ya blandea,
El Arabe cruel, y hiere al viento,
Llamando á la pelea:
Innumerable cuento
De escuadras juntas veo en un momento.
Cubre la gente el suelo:
Debajo de las velas desparece
La mar, la voz al cielo
Confusa, y varia crece,

Una fuerte colina
A tu espalda vendrá, y á lo que baña
La region convecina
Con humedad estraña
En aquella espaciosa, y gran campaña.
Que ya la tabernera,
De quien la bota ha sido, á la venganza
Llama una turba fiera
De pillos sin crianza,
En quien para pescarte no hay tardanza.
Oye que un cuerno toca
Con temeroso son cual trompa fiera,
Con que á la lid convoca
La tropa vil, y fiera,
Que á buscarte, y tundirte va ligera.
Mira como vocea
La tabernera infiel, y hiere el viento,
Como bufa, y patea;
Innumerable cuento
De pillos juntos miro en un momento.
Cubre la chusma el suelo:
La piedad á sus pies desaparece:
La gritería al Cielo
Confusa, y varia crece,

El polvo roba el dia, y le obscurece.
¡Ay, que ya presurosos
Suben las largas naves! ¡ay, que tienden
Los brazos vigorosos
A los remos, y encienden
Las mares espumosas por do hienden!
El Eolo derecho
Hinche la vela en popa, y larga entrada
Por el Herculeo estrecho,
Con la punta acerada
El gran padre Neptuno da á la Armada.
¡Ay triste! ¿y aun te tiene
El mal dulce regazo? ¿ni llamado
Al mal que sobreviene
No acorres? ¿ocupado
No ves ya el puerto á Hércules sagrado?
Acude, corre, vuela,
Traspasa el alta sierra, ocupa el llano,
No perdones la espuela,
No des paz á la mano,
Menea fulminando el hierro insano.
¡Ay cuanto de fatiga!
¡Ay cuanto de dolor está presente
Al que viste loriga,

Y como cuba cada cual se mece.
¡Ay! que ya presurosos
Tienden las largas zancas! ¡ay! que estienden
Latigos vigorosos
A los aires, que encienden
Los vigorozos brazos con que hienden.
Un pillo contrahecho
Tu bota tiene ya medio atisbada;
Para tí va derecho,
Y con la mano alzada
A los otros mostra la bota hurtada.
¡Ay pobre! ¿y te entretiene
El garbo de esa bota, ni llamado
Al mal que sobreviene
No acudes? Circundado
No te ves de ese ejército malvado?
Aprisa bebe, cuela
Y pasa ese licor al vientre vano:
Bebe sin que te duela:
No des paz á la mano,
Y un trago en otro trago esconde ufano.
¡Ay! cuanto de fatiga
La saña de esos pillos inminente
Causará á tu barriga,

Al infante valiente,
A hombres, y á caballos juntamente!
Y tú Betis divino,
De sangre agena, y tuya amancillado,
Darás al mar vecino
¡Cuanto yelmo quebrado!
¡Cuanto cuerpo de nobles destrozado!
El furibundo Marte
Cinco luces las haces desordena
Igual á cada parte:
La sexta, ¡ay! te condena,
O cara patria, á bárbara cadena.

MADRIGAL.

EL FIRME AMOR.

Miré, Señora, la ideal belleza,
Guiándome el Amor por vagarosas
Sendas de nueve Cielos:
Y absorto en su grandeza,
Las ejemplares formas de las cosas
Bajé á mirar en los humanos velos,
Y en la vuestra sensible,
Contemplé la divina inteligible;

Al opuesto occidente,
A cabezas, y espaldas juntamente!
Y tú Baco divino
En tu sangre purpurea enalmagrado
Darás por el camino:
¡Cuanto jarro quebrado!
¡Cuanto cuerpo de zorros derrocado!
El vino en toda parte
Todos cinco sentidos desordena:
No vale ingenio, y arte,
Y todo lo condena
De un letargo á la estúpida cadena.

TROVA II.

Miré, Juliana, tu sin par franqueza
Guiándome el Amor por tus astrosas
Calles, muerto de zelos:
Y absorto en tu destreza
Del *Conejal* las chulas mas famosas
Bajé ayer á mirar con Cienpozuelos.
Y en tu parte visible
Contemplé un acómodo el mas plausible.

Y viendo que conforma
Tanto el retrato á su primera forma,
Amé vuestra hermosura,
Imágen de su luz divina, y pura,
Haciendo cuando os veo,
Que pueda la razon mas que el deseo;
Y pues por ella sola me gobierno,
Amor, que todo es alma, será eterno.

ROMANCE DE ESPINEL.

EL TEMOR.

Mil veces voy á hablar
A mi Zagala;
Pero mas quiero callar,
Por no esperar
Que me envie noramala.
Voy á decirle mi daño;
Pero tengo por mejor
Tener dudoso el favor,
Que no cierto el desengaño;
Y aunque me suele animar
Su gracia, y gala,
El temor me hace callar,

Y viendo que conforma
Tu trato de aquel barrio con la norma,
Cargué con tu figura,
Que mis aumentos mas, y mas procura,
Y hace en lo que no veo,
Que mas que la razon pueda el deseo.
Y así, si por tí sola me gobierno,
Todo el ascenso mio será *cuerno*.

TROVA III.

Mil veces voy á apurar
Mi gran Bota;
Pero mas quiero parar,
Que no mirar
Que al fin me quede sin gota.
Cuento á mi Bota la grasa,
Y la sed, que hay en mi pecho,
Mas me paro á mi despecho,
Y á mi beber pongo tasa.
Y aunque me suele animar
Que ella es grandota,
El temor me hace esperar,

Por no esperar
Que me envie noramala.
Tengo por suerte mas buena
Mostrar mi lengua á ser muda,
Que estando la gloria en duda,
No estará cierta la pena;
Y aunque con disimular
Se desiguala,
Tengo por mejor callar,
Por no esperar
Que me envie noramala.

MADRIGAL DE LUIS MARTIN.

EL AMOR SATISFECHO.

Iba cogiendo flores,
Y guardando en la falda
Mi Ninfa, para hacer una guirnalda:
Mas primero las toca
A los rosados labios de su boca,
Y les da de su aliento los olores;
Y estaba (por su bien) entre una rosa
Una abeja escondida,
Su dulce humor hurtando;

Por no mirar
Que al fin me quede sin gota.
  Tengo por suerte mas buena
Beber agua tras pepino,
Que ver no me quede vino
Para despues de la cena.
Que ella de tanto soplar
Al fin se agota:
Y así es mejor ayunar,
Que no mirar
Que al fin me quede sin gota.

TROVA IV.

  Iba mi Ines cazando
Las pulgas que en verano la dan brega
Su blanca tez de púrpura pintando,
Mas primero las llega
Al candido marfil de su uña fuerte,
Y con ámbos pulgares las da muerte;
Y estaba por su mal en la costura
De su blanca camisa
Una redonda chinche, gruesa y lisa,

Y como en la hermosa
Flor de los labios se halló, atrevida
La picó, sacó miel, fuése volando.

CANTILENA DE VILLEGAS.

DE UN PAJARILLO.

Yo ví sobre un tomillo
Quejarse un pajarillo
Viendo su nido amado,
De quien era caudillo,
De un labrador robado.
Víle tan congojado
Por tal atrevimiento
Dar mil quejas al viento,
Para que al cielo santo
Lleve su tierno llanto,
Lleve su triste acento.
Ya con triste armonía,
Esforzando el intento,
Mil quejas repetia:
Ya cansado callaba,
Y al nuevo sentimiento
Ya sonoro volvia:

Y como en la apretura
De su uña la pilló, con gran denuedo
La mató, olióle mal, limpióse el dedo.

TROVA V.

Yo ví á un Picaronazo
La bota bajo el brazo
En tanto que cenaba;
Y nunca la soltaba,
Que no le era embarazo.
Su muger le rogaba,
Llorando de contino,
Le dé á probar el vino
Que todo se anuzgaba;
Y él bebia y callaba.
Ya por otro camino
Un trago le pedia,
Diciéndole que haria
Un grande desatino
Si no la socorria;
Y él callaba y bebia.
Ya dice hecha una fiera :

Ya circular volaba :
Ya rastrero corria :
Ya pues de rama en rama
Al rùstico seguia :
Y saltando en la grama,
Parece que decia :
Dame rùstico fiero
Mi dulce compañía :
Y á mí que respondia
El rùstico : no quiero.

¿ Quieres que haya quimera
Por tu bruta avaricia,
Y sea la vez primera
Que venga la Justicia;
Y al ver tan grande exceso
Y al ver tal desaliño,
Te lleven, bribon, preso?
Ya en fin con mas cariño,
Coge en brazos el niño
Que tiene de mantillas;
Y puesta de rodillas,
Los ojos en la bota,
Le decia devota :
Por la Vírgen María
Que me des una gota :
Por esta prenda mia
Y tuya, un trago espero;
Mira que si no muero
De pena tan impía;
Pero la respondia
El Pícaro : *No quiero.*

ENDECHA DE FIGUEROA.

Bella Zagaleja
Del color moreno,
Blanco milagroso
De mi pensamiento:
Gallarda trigüeña,
De belleza extremo,
Ardor de las almas,
Y de amor trofeo:
Suave Sirena,
Que con tus acentos
Detienes el curso
De los pasageros:
Desde que te ví
Tal estoy, que siento
Preso el albedrío,
Y abrasado el pecho.
Hasta donde estás
Vuelan mis deseos
Llenos de aficion,
Y de miedo llenos;
Viendo que te ama
Mas digno sugeto,

TROVA VI.

Llena y ancha bota
Del color moreno,
Blanco milagroso
De mi pensamiento :
Archivo que encierras
El licor añejo,
Ardor de las almas,
Ardor de los cuerpos;
Que con tu olor solo
Darás vida á un muerto,
Y mas si estan cerca
Friendo torreznos,
Desde que te ví
Tal estoy, que siento
Seca mi garganta,
Y hecho esponja el pecho.
Hasta donde estás
Vuelan mis deseos
Llenos de substancia,
De esperanza llenos :
Viendo que te embiste
Mas digno sujeto,

Dueño de tus ojos,
De tu gusto cielo.
Mas ya que se fué
Dando al agua remos,
Sienta de mudanza
El antiguo fuero.
Al presente olvidan:
Y quien fuere cuerdo
En estando ausente
Téngase por muerto.
Y pues vive el tuyo
En estraño reino,
Por ventura esclavo
De rubios cabellos:
Antes que los tuyos
Se cubran de yelo
Con piedad acoge
Suspiros, y ruegos.
Permite á mis brazos
Que se miren hechos
Yedras amorosas
De tu airoso cuerpo.
Que á tu fresca boca
Robaré el aliento;

Dueño de tus tragos,
De tu gusto dueño.
Mas ya que se ha ido
Por los pies al suelo,
Sintiendo en su cholla
Bien raros efectos;
A tu dueño olvida,
Pues le ves durmiendo;
Y el que un zorro coge
Téngase por muerto.
Y pues está ahora
Con el Santo al Cielo,
Por ventura esclavo
De tu rico imperio:
Antes que se acabe
Tu licor selecto,
Con piedad acoge
Mi sed y mis ruegos.
Permite á mis brazos
Que se miren hechos
Los empinadores
De tu airoso cuero.
Que á tu dulce boca
Robaré el aliento;

Y en tí trasformado
Moriré viviendo.
Himeneo haga
Nuestro amor eterno:
Nazcan de nosotros
Hermosos renuevos.
Tu beldad celebren
Mis sonoros versos;
Por quien no te ofendan
Olvido ni tiempo.

ROMANCE DE ESQUILACHE.

Una Zagaleja
Que nació en la Sagra,
Y dejó su pueblo,
De matar cansada;
Vino á Manzanares
La fiesta de Pascua
A probar venturas,
Y á traer desgracias.
Como si faltasen,
Cuando todo falta,
Pesares sin cuenta,
Desdichas sin tasa.

Y una misma vida
Los dos vivirémos.
El gran Baco haga
Este trago eterno;
Y vénganme ganas
De dormir corriendo.
Que tu virtud bota
Celebraré en sueños,
Sin que me lo estorben,
Ni el frio ni el hielo.

TROVA VII.

Una bota llena
De leche de parras,
Que dejó su cuba
De encierro cansada;
Llegó á la Aldehuela
La tarde de Pascua
A probar ventura,
Y ella á ser probada.
Como si faltasen,
En tarde tan amplia
Pellejos sin cuenta,
Botijos sin tasa.

Yo la ví en el baile,
Que Anton la miraba
Aun con mas cuidado
Del que con ella baila.
De estar tan torcidos
Dicen que es la causa
Que Anton se la jura;
Y ella se la guarda.
Cuando sueltos corren
Zelos en el alma,
No hay humo tan fuerte,
Ni muger tan brava.
Y una condicion
Tan libre, y tan vana,
Dejada se ofende,
Querida se cansa.

Yo la ví derecha,
Que Anton la miraba,
Con mayor cuidado
Que un Majo á su Maja.
De echarla los ojos
Dicen que es la causa
Que Anton la acomete,
Y ella le aguardaba.
Y boca con boca
Los dos se agarraban;
Y diz que en la lucha
El Anton triunfaba.
Y aunque era una bota
Como una tinaja,
Probada se afloja,
Bebida se cansa.

SONETO.

Era Invierno, y las horas del sosiego,
Cuando Fabio durmiendo descuidado,
Soñaba que era Estío, y que abrasado
Se vió de la Canícula y su fuego,
Sueña que á un limpio estanque se va luego.
Y de enojosa ropa despojado
Se entra en el baño dulce y regalado,
Que le refrigeró con blando riego.
La frialdad del agua placentera
Conoce, que del pecho enardecido,
Poco á poco el calor le echaba fuera:
Despierta en esto, torna en su sentido;
Y ve que á efecto de su borrachera
En un gran lozadal se halla tendido.

APOLOGOS.

APÓLOGO I.

DEL ABUSO RANCIO, Ó EL CANGREJO.

Tambien como en los hombres en los brutos,
Aquella que es de la ignorancia madre,
Extiende sus dominios absolutos.
Yo no diré quien fué su abuelo ó padre,
Ni tomaré su alcurnia muy de léjos;
Mas solo un cuento que á su esencia cuadre.
Entre la turba vil de los Cangrejos
Que habitan en las húmedas guareñas,
Formando su república y consejos;
Cruzando arroyos, y saltando peñas,
Aportó á un arroyon un celebrado
Cangrejo, gran viagero por las señas.
Era anciano de edad, rostro afilado,
De vivos ojos, y mirar honesto,
Cetrino en el color, y descarnado,
Cuidadoso, sagaz, sabio, modesto,
Amigo de ver mundo, y que solia
Viajar con tan solícito pretexto.

En cada lago estaba mas de un dia;
Y este por sus ojos fué testigo
De los abusos que en el vulgo habia.
Trató á un novel Cangrejo como amigo;
Y á peticion del jóven inocente,
Para otras tierras la llevó consigo.
Instruyóle en lo que era concerniente
Al rapaz, su talento y su nobleza;
Y á elegir lo mejor como prudente.
Díjole que era abuso y gran torpeza
El andar hácia atras, que repugnaba
Al uso que dictó naturaleza.
El Cangrejillo jóven que observaba
Del anciano el precepto, dió de codo
Al recular á que enseñado estaba,
Y andando hácia delante, de tal modo
A ejemplo se enseñó de su maestro,
Que andar atras se le olvidó del todo.
Y en el agua cortar salió tán diestro,
Que con facilidad en pocas horas,
De un mar burlaba el ímpetu siniestro;
Pero en esto las parcas hiladoras
De nuestras vidas, la del sabio anciano
Robáron, y quedáron triunfadoras.

¡Inesperado golpe! ¡Hecho inhumano
Para el jóven Cangrejo! Su esperanza
Viendo burlada en tiempo tan temprano!
Pero ¿qué brazo á resistir alcanza
El decreto del hado? En tan gran pena,
Mares de llanto y de suspiros lanza.
En fin, viéndose solo en tierra agena,
En su patria pensó buscar consuelo
Al dolor que el sentido le enagena.
De un rio en otro, pronto mas que un vuelo,
Segun para adelante ágil andaba,
Al regato arribó del patrio suelo.
Ya la nativa playa saludaba,
Cuando á su voz saliéron sus paisanos,
Que ya su patria verle deseaba.
Alegráronse en verle sus hermanos
Cuerdo y sagaz, y en casa le metiéron,
Dándose con placer las largas manos.
Pero á bien pocos dias advirtiéron
Que hácia atras el Cangrejo nunca andaba,
Y á encanto, ó mal agüero lo tuviéron.
Uno y otro al principio le burlaba
Su recto caminar; y él como sabio
Juzgó que con callar los impugnaba.

Túvose en fin por un comun agravio
Su invencion nueva y recta, y en su ofensa
No quedó en su region cerrado un labio.
Quien acusarle al Magistrado piensa;
Quien darle muerte; quien, en su concepto,
Piensa expelerle de la turba inmensa.
En fin se decretó para este efecto
La turba Cangrejal se congregase,
Que del bien comun mira lo mas recto
Cada cual por sus canas y su clase
Se sentó en el augusto Parlamento,
Sin que el jóven Cangrejo en él entrase.
Su causa allí, por via de argumento,
Se trató con fárrago, y distinciones
Frias, y de poquísimo momento.
Pero como á las teses y razones
De que el reculon uso se guardara,
Nadie impugnó con gritos ni espolones.
El Presidente Juez con leda cára,
Dijo que á burla el caso se dejase,
Y que al novel Cangrejo se intimara:
»Que para atras cual todos reculase,
»Sin osar replicar; ó que del lago
»Como á vil corruptor se le arrojase.»

El Cangrejillo viendo el fiero amago,
Sin uno en su favor, y que podia
Venir sobre él aun mas terrible estrago,
Entre sí, reculemos, se decia:
Y por mas que con fuerza le intentaba,
Volver atras un paso no podia.
De su sabio maestro se acordaba;
Y en invocarle ronco se fatiga,
Que como muerto ya no le escuchaba.
Así á quien todo un vulgo contradiga,
Y los que de él tenidos son por sabios,
Aunque lo mas perfecto abrace y siga,
Descargarán sobre él lluvias de agravios.

APÓLOGO II.

EL ÁGUILA, Y LA ZORRA.

Viendo una vez el Aguila valiente
Que con su astucia la falaz Raposa
Lograba aplauso en la plebeya gente,
Un chasco quiso darla; é industriosa
La dijo: Si tu humor lucir quisieres
En una fiesta sin igual pomposa,
Y á los Cielos conmigo te vinieres

A asistir á unas bodas en su esfera,
Por tu humor, te han de hacer dos mil placeres.
  Respondió la Raposa : bien quisiera ;
Pero ¿ como podré subir arriba,
Sin que un carro volante se me hiciera ?
  El Aguila cual nunca compasiva
Se fingió, y dijo : fia en mi cuidado,
Si tu dificultad en eso estriba ;
  Pues asida á mis hombros, ó á mi lado,
Verás que en ligereza á mí te igualas,
Y que el subirte queda á mi mandado.
  Dijo, y tendiendo las robustas alas,
Asió de la Raposa, y altanera
Se alzó con ella á las etereas salas.
  Y estando de la Luna ya en la esfera,
El Aguila acordóle los agravios,
Que de la Zorra recibido hubiera ;
  Y díjola con atrevidos labios :
Si contigo, o Raposa, yo guardase
De maligna los ímprobos resabios ;
  Solo con que caer hoy te dejase
Desde esta altura, quedaria vengada,
A no ser mi nobleza de otra clase.
  Entónces la Zorrilla amedrentada,

Empezó á maldecir su vano anhelo,
De querer á otra esfera ser alzada.
Y entre sí dijo, llena de rezelo:
Si de este trance escapo con la vida,
No quiero, no, mas bodas en el Cielo.

APÓLOGO III.

LA VERDAD VESTIDA.

Amable un tiempo, cuando Dios queria,
Reinando la Verdad, con cetro de oro
Rigió del Orbe la ancha Monarquía:
Con ella, siendo en púdico decoro
Fiel esposa del claro Entendimiento,
Gozaba el mundo su mayor tesoro.
Era aquel siglo de malicia exento;
Pero al fin corrompida la Inocencia,
Vaciló de Verdad el firme asiento.
Del Fraude en esto, y pérfida Insolencia
La Mentira nació, vil seductora,
De inicuo pecho y horrida presencia.
Su baja cuna conoció en la hora;
Y su deformidad, que aborrecida
Le habia de hacer en cuanto Febo dora.

De su malicia natural movida
Su voz mintió, su aspecto y sus acciones,
Con un disfraz de máscara florida.
Con cebo de deleite, y falsos dones,
En sus caprichos altanera y varia,
Comenzó á seducir los corazones.
Siendo de la Verdad atroz contraria,
Intentó derribarla de su trono,
Y hacerla de sus artes tributaria.
Para saciar el hipo de su encono,
Increible es cuan falsa, y cuan artera,
Doró sus voces y enmeló su tono.
Comenzó á lastimarse de que fuera
Tan necia la Verdad, tán desabrida,
Cuan falta de política y grosera:
Al tiempo que en mentir ella instruida,
Se vendió por discreta, cortesana,
Apacible, bizarra, y bien lucida.
Insinuóse atractiva la tirana,
Con afeites y ornato subrepticio,
Aunque horrible de aspecto, é inhumana,
Y adulando sus crímenes al Vicio
Poderoso en la tierra, y arraigado,
Un vulgo inmenso á sí trajo propicio.

Con su favor logró que de su Estado
La Verdad santa fuese derrocada,
Su imperio por la vil tiranizado.
Viéndose la Verdad menospreciada,
Expulsa, sin favor, y perseguida,
Desde entónces de todos mal mirada;
Mendigando el sustento y la bebida,
Fué á parar á la choza de un desierto
De mal secos troncos construida.
Y un Mozo al lado halló vivo y experto,
Apto para volar, mas aherrojado,
Y de unas ropas míseras cubierto.
Reconocióla el preso, y lastimado
De ver á la Verdad errar mendiga,
Dolióse de ella aun mas que de su estado.
Contóle ella su pérdida y fatiga,
Y su abandono en fin: Cuando el Mancebo
«¡Ay dolor! (exclamó) Verdad amiga,
No me cogen tus lástimas de nuevo,
Que aunque el Ingenio soy de alas dotado,
A salir de esta estancia no me atrevo.
Pero aunque en estos grillos amarrado
Me tenga el Disfavor, préstame oido;
Pues mi industria á ninguno le he negado.

Sabe que no hay manjar mas desabrido
En un tiempo, en que nadie ya te ayuda,
Que un desengaño á secas ofrecido.
¿Qué dije desabrido? Mi voz ruda
Anduvo : No hay bocado mas amargo
Que proferir una verdad desnuda.
Así, Verdad incauta, sin embargo
Que dar el desengaño abiertamente
En la dorada edad tuviste á cargo;
Hoy si hiere la luz derechamente,
A los ojos del lince causa daños,
Cuanto mas á la flaca y mortal gente.
Por esto la experiencia halló, y los años,
El arte de dar de oro á las verdades,
Y en almibar bañar los desengaños.
Vivimos la peor de las edades,
En que es vilipendiada la inocencia,
Por falta de artificio y novedades.
Empero si hallo en tí condescendencia,
Y estimas mis sutiles invenciones,
Por tu estimacion misma y conveniencia,
Volverás á tu estado y posesiones;
Serás como un Oráculo buscada,
Y gran reformadora de Varones.

Deja de hoy mas de andar desaliñada,
Cual niño sin doblez; pues de falaces
Mofadores la tierra ves poblada.
Y puesto que política te haces;
La máscara te pon de la Mentira,
Y viste del Engaño los disfraces.
En su mismo artificio pon la mira,
Sin perdonar parábola ó emblema,
Cuando á ocultar tu desnudez conspira.
Usa de la ficcion, valte de un tema,
Tal vez extravagante; y su rodeo
Te hará vencer con docta estratagema.
Así la travesura, y el floreo
De tu invencion verás que nadie escusa,
Y vuelves á alcanzar tu antiguo empleo.»
Abrió los ojos la Verdad confusa:
Aquella vez no fué al Ingenio terca:
Y empezó á acomodarse á lo que se usa.
Ya á vista de ojos con ninguno alterca:
En lo pasado lo que pasa inquiere:
Y pinta léjos lo que está muy cerca.
Propone en un sugeto lo que quiere
En otro condenar: en este apunta,
Y al otro el golpe da, sin que lo espere.

Sus flechas las enmiela, ó las despunta,
Para engañar mejor cualquiér afecto;
Y como quiere los desparte ó junta.
Así que por un círculo perfecto,
Sagaz siempre á parar al blanco viene
De su intencion, que siempre fué el mas recto:
Y tal honor por su ficcion obtiene
La Verdad, que no solo en los Poetas
Profanos su disfraz cabida tiene,
Mas tambien en el Dios de los Profetas.

PENSAMIENTO

DE LA MENAGIANA.

En un Templo un Caballero,
Con su venera muy majo,
Estaba junto á la pila
Del agua bendita arrimado
Al tiempo que á tomar agua
Llegó con su rico manto
Cubierta una hermosa dama,
De gala, primor, y ornato.
Viendo sus ricas sortijas,
Dióla agua, y dijo muy ancho:
Yo tomara los anillos,
Y dejaria la mano.
Mas ella respondió asida
De la venera: Seor guapo,
Pues yo tomara el cabestro,
Y dejara libre el Asno.

APENDICE.

ENDECHAS.

I.

Esclavo inocente
Del mar en la orilla,
Bello á maravilla
Cual perla de oriente.

De un Corsario Moro
Preso, y aherrojado
El que me ha apresado
La prision que adoro.

Con cadenas flojas
A tu humilde cuello
Cuando el rostro bello
Con mil perlas mojas.

Pareciste un dia
Cisne, albo, y hermoso
Que un tronco nudoso
Preso en sí tenia.

Sin ser conocido
Tu precio, y donaire

Era en vil desaire
A pregon traido.
  Por impia costumbre
Quien mas valor daba
Ya te amenazaba
Con vil servidumbre.
  Allí blanda cera
Amor compasivo
Me hizo, y de un Cautivo
Nueva prisionera.
  De entre el brazo fiero
De aquel Sarracino
A mi pecho vino
El arpon primero.
  Aunque no cumplida
Tu desgracia el susto
De temerla el gusto
Le quitó á mi vida.
  Que el que es desdichado
Siempre por cumplido
Tiene el mas temido
Disfavor del hado.
  Pródiga del oro
Te dí con mi vida

Libertad querida
Del poder del Moro.
Ver te hice queria
Solo en rescatarte
Por libre dejarte
Sin mas demasia.
Y con pecho blando
Que amor dulce engendra,
Lo cria, y acendra,
Irte regalando.
Ya por mil maneras
Viste en mi recato
Que engaños no trato,
Sino amantes veras.
Que mas apreciaba
Que el cetro del mundo
En amor profundo
Ser tu nueva esclava.

II.

Robe á robadores
El Dueño de mi Alma
Que robó la palma
De los mis amores.

De un servil amago
Libré el cuello frio,
Del que mi albedrio
Me ha quitado en pago.
Que quiera ó no quiera
El alma engañada
Me dejó encantada
Tu gracia hechicera.
Un cabello riso
Solo me mantiene,
Que el esperar tiene
En su cebo hechizo.
Y la que dar sabe
Libertad entera,
Ya está prisionera
En prision mas grave.
La cadena arrastro
De amor mas estrecha
Que en su cárcel echa
Vengativo el astro.
Y tú á quien cautiva
Ya el alma he rendido,
No has de mí aprendido
Piedad compasiva.

Pues te hizo de intento
El hado perjuro
A mi amor mas duro
Que peñasco al viento.
Trájete al arribo
De mejor fortuna,
Y sin causa alguna
Siempre te hallo esquivo.
Que es ley decretada
Del niño amor fuerte,
Que á servir no acierte
La que es desdeñada,
Así anhelo en vano
De mal en peor
A un solo favor
De tu ingrata mano.
Ay ! que la dulzura
Que el amor confia
Suerte es, y la mia
No tuvo ventura.
Ni otra cosa inquiera
Si es aborrecido
De lo que ha querido
Todo el que bien quiera.

Así, si yo fuese
De oriente á la cumbre,
Y en su mayor lumbre
Al nuevo Sol viese.
Tú, Febo encendido,
Mal quitar podrias
Las tinieblas frias
De este ingrato olvido.

III.

Cautivillo esento
De alma libertada,
Prision regalada
De mi pensamiento.
Preso de alma altiva
Que en trenzadas mallas
A no rescatallas
Mil almas cautiva,
Prisionero amado
De color mas fino
Que aire matutino
Da al clavel rosado.
Si esclavo te veo,
Y á cautivar almas

Te ensayas, mil palmas
Te darán tréfeo.
Si quien corazones
Así prender sabe,
Siente pena grave
En sufrir prisiones:
Ya libertad tienes,
Yo estoy sin ninguna,
Que asi la fortuna
Trastorna los bienes.
Dí un perecedero
Precio por librarte,
Y por rescatarte
Diera un reino entero.
Al primer asalto
Cantó Amor victoria
Viendo ya mi gloria
Vuelta en sobresalto.
Fortuna inconstante
Del bien sumo asirme
Quiso, si amar firme
Lo es á un bello amante.
Díjete ternuras
Blanda, y halagueña,

Que el Amor me enseña
Todas sus blanduras.
Unas tus cuidados
Me disimulaban,
Y otras te causaban
Risa, y desenfados.
Que tus perfecciones
Dirigen al justo
El reino del gusto,
Del Amor los dones.
Y solo quisiera
Que este collar bello
Me echases al cuello
Por tu prisionera.
Que el placer que vivo
En ser solo estriba
La bella Cautiva
De un bello Cautivo.

LETRILLA I.

Qué me sirve, Tirsis,
Que aprecies mi Amor,
Si continuo sueles
Aguar mi pasion?

Cuando yo á la selva
Por ti aguardar voy,
Tú sigues el curso
Del gamo veloz.
Plegue á Dios la suerte
Se cambie en los dos
Mi llama en tu yelo,
Tu frio en mi Amor.
Y cual la Novilla
Que al Toro buscó
Doliente, y cansada
Solo halló rigor :
Así á mi me busques,
Y tu ardiente amor
Cuando me encontrares
Desden te dé yo.

LETRILLA II.

O infiel Pastor crudo,
Crudo infiel Pastor,
O de mármol duro,
Duro corazon.
O firme, y seguro
En tu infiel traicion,

Cuanto instable, y vano
A mi fino Amor.
  Que sobre la gala,
Gentileza, y voz
De inmortal dulzura
Que el Cielo te dió :
  Que el bello semblante,
La gracia, y valor
Que tantos contentos
Un tiempo me dió,
  Solo eres quien causas
Mi triste dolor,
Y tú de mis males
No haces compasion.

LETRILLA III.

  Pues ellos solos Niño
Tanto herir saben :
Préstame tus ojuelos
Para esta tarde.
  Estos ojos mios
De luces vacios,
De tinieblas llenos,

Y en esos serenos
Tanto esplendor arde,
Préstame tus ojuelos
Para esta tarde.

Lo que yo mas veo
Nunca ver quisiera,
No ve mi ceguera
Lo que mas deseo,
Pues tu vista creo
De ver hace alarde:
Préstame tus ojuelos
Para esta tarde.

En sombra importuna
Ví males presentes,
Con ojos patentes
Nunca hallé fortuna:
Mas porque halle alguna
Aunque se retarde:
Préstame tus ojuelos
Para esta tarde.

LETRILLA IV.

¡Qué Beldad es aquella
Cielos! ¿qué miro

Al pasar el arroyo
Del Alamillo?
El hechizo hermoso
Sobre cuantos cria
La ribera umbria
Del Zurguen undoso
Ví en juego donoso
Y ademan sencillo:
Al pasar el arroyo
Del Alamillo.
Vá mas que el Sol bellos
Sus graciosos soles,
Llenos de arreboles,
Sus rubios cabellos,
Jugando con ellos
Galan cefirillo:
Al pasar el arroyo
Del Alamillo.
Con mirar piadosa
La agostada selva
Fuerza es que la vuelva
Mas fértil, y hermosa,
Y al jazmin, y rosa
Dé su olor, y brillo:

Al pasar el arroyo
Del Alamillo.

Decir el recreo,
Que yo siento en vella,
Veloz me atropella
Mi ansioso deseo;
Si otra vez la veo,
Yo sabré decillo:
Al pasar el arroyo
Del Alamillo.

LETRILLA V.

Tiende presto tu manto
Medrosa noche,
Que me importa la vida
Matar á un hombre.

Dar á un descreido
Que mi vida lleva
Muerte de amor nueva,
Cual la que he sufrido,
Darme ha el mas cumplido
Trofeo, y renombre;
Que me importa la vida
Matar á un hombre.

Dame de tu aljaba,
Dame Amor la flecha
En matar mas hecha,
Dámela, ay! acaba,
Y en verme tan brava
No mi bien te asombre.
Que me importa la vida
Matar á un hombre.

Tu flecha haga activa
Yerba ponzoñosa,
O si encuentra cosa
Mas vehemente, y viva
Tu rigor reciba
Quien no ama tu nombre.
Que me importa la vida
Matar á un hombre.

Pues esquivo ordena
Que muriendo viva
De quien soy cautiva,
Presa en su cadena,
Muera, y en tal pena
No libre su nombre;
Que me importa la vida
Matar á un hombre.

ANACREÓNTICA.

DE LA FORTUNA.

Riámonos, ó Baso,
De la Fortuna loca,
Pues rie de nosotros,
Que así se estila ahora.
Ya piensa que su alzar
La esfera del Sol toca
El que ántes por morada
Tuvo una humilde choza.
Ya brilla en puesto alzado
Aquel que obscura sombra
Al rayo de una Luna
Le dió un rastrojo alfombra.
Cual estas de fortuna
Son siempre las tramoyas;
Riámonos pues de ellas,
Que así se estila ahora.

ROMANCE.

En el anchuroso lago,
Cuyas ondas alborotan
De Orion uno y otro amago,
Cuando de la gran Cartago
La vecina playa azotan:
Zaide, huyendo de Aja bella,
Que mas que á su alma le amaba,
Su amor constante atropella,
Y para huir mejor de ella
Al ciego mar se entregaba.
Descubrióle sin cautela
Aja su ardiente pasion,
Cosa que al amante yela,
Que al gusto da poca espuela
Gozar tan de balde un don.
Y dando la vela al viento
Deja la vecina playa,
Y en mas crecido tormento
A Aja que su crudo intento
Desde una Torre atalaya.
El rostro en perlas bañado
Cual la luz de la mañana

De un medio color turbado,
A quien todavía no ha dado
El Sol los vivos de grana,
Recogiendo ella en su pecho
El mal que su paz destruye
Gozar quiere sin provecho
De un balcon al antepecho
El ver su amante cual huye.
Mirando huir al traidor,
Casi muerta su esperanza,
Sino la acabó el dolor,
Fué por dárselo mayor
De su amante la mudanza.
Viéndose de Amor perdida
Los recatos echó fuera
Del miedo, y con voz subida
Del Moro infiel no atendida
Le dijo de esta manera:
O valor que siempre fuiste
Para todos de provecho,
Y solo para mí triste
De tormento le volviste
Saqueando mi amante pecho.
Si en el tuyo un torpe intento

No oculta el engaño injusto,
¿Como, di, tan pronto al viento
Das la fe, y el juramento
Que era el colmo de mi gusto?
¿Que se hizo el bien que nacia
De tu fama en mi memoria,
Que aunque ménos que es decia
El contento que yo habia,
No era menor que tu gloria?
¿Como, di, de mi alborozo
Quedaré huerfana triste,
Bañada en queja, y sollozo,
Sin la presuncion del gozo
Del Amor, que me ofrecistes?
Ven á gozar del descanso,
Que mi puro amor te ofrece,
Miéntras su influjo, y remanso
Muestra el fiero mal mas manso
Que hoy contra tí se embravece.
Ya habrás visto en suerte loca
Gente al viento confiada,
Que cuando su ira provoca
Darla en una oculta roca
Por el ancho mar sembrada.

Ya que tampoco mi Amor
Merece á tu ingrato pecho
Que no ablande tu rigor,
No mires á mi dolor,
Sino á tu mucho provecho.
Deja el mar hondo é incierto,
Ven á gozar mis jardines,
Su suelo de flor cubierto
Hallarás descanso cierto
Entre rosas y jazmines.
Ven, y à mi diestra sentado
Goza del frescor ameno
De un sitio tan regalado
De casia, y azar nevado;
Mirto, y cinamomo lleno.
Su grita, y el desconsuelo
Cuando se empieza á alterar
Aguarda pues, y que el desecho
Viento aplaque su ira fiera,
Y ve si aunque yo en tu pecho
Me hallase, dõ mas estrecho
Y breve á tu fe pidiera.
Solo á tu partida pido
Un breve, y pequeño espacio:

O, di, si en el mar has sido
Mas dulcemente acogido
Que en mi pecho, y mi palacio
Ven á gozar del tesoro,
Que en ricas mesas de alerce,
Con ricas bajillas de oro,
Para tu gusto, y decoro,
Me hace el Amor que me esfuerce.
Goza la tapicería
Que en bellos marcos de encajes
Te mostrarán á porfía
Fuentes, caza, montería,
Faunos, riscos, y follajes.
Aquí en tropa voladora
Cisnes verás que á las flores
Le dan música sonora,
Y cual cantan á la Aurora
Calandrias, y ruiseñores.
Si al fin el agua te es grata,
Aquí hay una dulce fuente,
Espejo hermoso de plata,
Que verás que al Sol retrata
Cuando te mires de frente.
Préndate de la hermosura

Que con bellos arreboles
Febo hace en esta frescura,
Tejiendo en su linfa pura
Nunca vistos tornasoles.
No la fe del casamiento
Que tu amor me prometia
Te pido, ni que en descuento
Dejes tu propio contento
Por sanar la pena mia.
Pero ¿qué contento? ¡ay Cielo!
Puede á tu pecho causar
Del hondo mar el rezelo?
Aquí en varios cenadores
Sobre estanques cristalinos
Verás estatuas de Amores,
Burla, y juego de pastores,
Y otros cuadros peregrinos.
En pebeteros de Oriente
Gozarás sirios odores,
Y en un concierto excelente
Tus hechos, Moro valiente,
Celebrarán mis cantores.
Ea, ven, que fe tan pura,
Cual la que Aja te ofrece

No te dará tu ventura;
Mas alguna ingrata, y dura
Cual tu falsedad merece. . . .
Pero en tu opinion altivo
Sigues tu rumbo sonoro,
Y, ¡ay! falso, infiel, vengativo,
Que huyes de mí fugitivo
Porque ves como te adoro.
Mas si el mar te place tanto,
Ven que mar mas turbulento
Verás en mi amargo llanto:
Embárcate en él, que en tanto
Irás de mudanza esento.
Ven, y ve mi triste suerte,
Verdugo hecho de mi vida,
Aquel placer de quererte,
Que está cerca de mi muerte,
La ocasion de tu partida.
Mas no dejes tu desvio
Traidor, sino lo merezco,
Que para mas pesar mio
Dieras nueva fuerza, y brio
A esta vida que aborrezco.
Ese mar como tú instable

De ciega fortuna asiento,
Ahora te protege afable,
Y con su soplo mudable
Ayuda tu falso intento.
Mas yo espero que él mudado
Tus intentos desvanezca,
Y dé con tu barco airado
Contra algun risco escarpado,
Que en cruel te se parezca.
Mas si por ser placer mio
Su estilo olvida fortuna,
Estos ayes, que te envio,
Ni de tí ni tu desvio
Dejarán reliquia alguna.
Ellos, ¡ay traidor! te juro
Que de tí me den venganza,
Ni dará vuelco seguro
Tu barco cual tu perjuro
Si el menor de ellos le alcanza.
Mas ¡ay suerte miserable!
Que al que mi amistad rehuye
Por don de fortuna instable
Mis suspiros favorable
Viento le darán cuando huye.

Mas en tu fávor ó daño
Cual lo son te los envio,
Que en Amor nunca hubo engaño,
Y mas en Amor tamaño
Cual es el ardiente mio.
Dijo, y mucho mas dijera,
Si la pena mas aliento
Le diese en sazon tan fiera,
Y en un punto no perdiera
El habla, y el movimiento.
Quedó marchita cual hoja
De alelí mas pintado,
Y con la nueva congoja
Pálida la color roja,
Y yerto su albor rosado:
Desmayada así en los brazos
De sus damas se arrojó:
Y el Amante, que los lazos
Huye, y sus dulces abrazos,
Su incierto rumbo siguió.

IDILIO PRIMERO.

¡Qué tarde la triste alba ha amanecido
Cubriendo en nieblas su rosada frente,
Qué turbio el bello Sol sü carro ardiente
Entre una nube lóbrega escondido
Nos muestra escasamente!
Ni el Pastor canta, ni el ganado pace,
Ni se ve en fuentes, y aves armonía:
La flor no rie: ¿adonde la alegría
Huye con pie veloz? así el Sol nace,
Y así amanece el dia.
¡Ay! mira tu fortuna sin espanto,
Y prevente con alma diamantina
A la desgracia que ella te destina,
Que la prevista no acongoja tanto
Como la repentina.
Voy de mí misma por mi mal cargada
Sola por senda errada con pie errante,
Y ante mí miro en pálido semblante
Muerte que me amenaza en la jornada
Con un puñal tajante.

IDILIO II.

¡Qué borrascas excita el mar hinchado
Opuestos entre sí los Elementos!
Hieren los montes rigurosos vientos
Vibrando en ira Júpiter armado
Sus rayos violentos.
Marchita el Austro con su soplo helado,
Abrasa Febo con su luz ardiente
El valle umbroso, y prado floreciente
Que ántes de rojas flores coronado
Ya es arenal ardiente:
Pero la dura causa de mi pena
De la beldad del Cielo siempre avara
Mas cruda lid, mayor furor declara
Cuando los rayos de su luz serena
Al pecho me dispara:
Siete años ¡ay! me trajo entretenida
El vano amor, y mil me entretuviera
De un sutil pelo de una cabellera
Presa, que es la esperanza de algo asida
Dulcísima hechicera.
Llévame en pos de sí el amor tirano
La cadena arrastrando mas estrecha,
Que al mas rebelde en su prision no se echa

De un mal en otro procurando en vano
Soltar su ardiente flecha.
De amor en el altar en sacrificio
La prenda de mi honor le fué entregada,
Pensé acertar, mas ley es decretada
Del amor, que no acierte á hacer servicio
Muger que no es amada.
Esquiva de la gente no me alegro,
Aborrezco del Sol los rayos rojos,
El resplandor marchito de mis ojos,
Que deshechos en llanto amargo, y negro
Al mar doy por despojos.
La dulce voz de mi apacible canto
A los suspiros dí sin armonía
La disonancia ocupa el alma mia,
Y el corazon de un temeroso espanto
Es triste monarquía.

IDILIO III.

¡ Ay qué revuelta vas corriente brava
Desnuda de arboledas, y frescura,
Ni quieres dar ni recibir cultura
Del bosque que á tu espejo se miraba
Conmigo en mi ventura !
No ya la vid al álamo sombrio

Sus brazos encadena dulcemente,
Ni de inmortal verdor orna su frente
A costa del humor del manso rio
El plátano luciente.
Sin duda como á mí adornaros quiso
La fortuna en sus círculos mudable,
Y ya os dió á conocer su ser variable
Dándome en vuestra ruina triste aviso
De su firmeza instable.
Mas si ya el ofendido Cielo ha sido
Quien en venganza de mi intento vano
A las garras quizá de tigre insano
El centro de beldad habrá traido
Que ántes me amaba ufano.
Si al paso de los bienes van los males,
Si al nivel del dolor se da el contento,
Si á breve bien pequeño sentimiento,
Si á pérdida mayor penas iguales
En todo experimento;
Véase en esto cuan activo, y fuerte
Tormento siento en mí, pues he perdido
El bien mayor, y por el no cumplido
Gusto de amarte dilatada muerte
De infierno he padecido.

IDILIO IV.

Paso llorando en el silencio mudo
La obscura noche, y las calladas horas,
Cuando da en sueños sombras burladoras
El aire negro de color desnudo
Lo que tú Amor no ignoras.

¡Ay del que en sueños misero se via
Al feroz seno de una tigre hircana,
Si ya despierto entre la fuerza insana
De sus dientes se ve cuando del dia
La luz se muestra ufana!

Yo cuando de mi angustia lastimera
Vuelvo en mí á la inquietud de mi deseo
Con palpitar del corazon me veo
Ante la imágen de la muerte fiera
Por despojo, y trofeo.

Justa venganza de mi amarga vida
(La dijo) á quien remite Cielo airado
Abrevia tu victoria, y mi cuidado,
Y déjame de un golpe concluida
En tan mezquino estado.

Ya he visto por mi mal lo que Amor puede
En un pecho á quien falta la ventura,

Y el mas fundado bien cuan poco dura,
Cuanto á un breve placer la pena excede
Eterna en amargura.

IDILIO V.

¡Ay mi perdido bien, muerta alegría,
Mi Lucero, mi Amor, mi Noble dueño;
Mi sin igual Amor siempre halagüeño
Por quien en Dios, y en tí tu Elisa fia
Ver tu rostro risueño!
Contigo hube palabras regaladas
Cuando la fe del corazon me diste;
Y cuando por tu esclava me rendiste,
Porque para unas horas tan menguadas
Por tuya me elegiste.
Alma dichosa, que en Amor ardiendo
Sobre tu mismo fuego te levantas,
Y del mal libre con graciosas plantas
Los campos de zafiros vas midiendo,
Y al Cielo te adelantas.
Miéntras del tercer globo florecido
Entre mil lirios de mancilla esentos
Cogiendo vas los castos pensamientos

Del puro afecto que á tu fe he tenido
Sin falsos fingimientos;
Vuelve los ojos, mira el sacrificio,
Que ahora á tu Deidad hacer espero
Que ni yo pido, ni aunque pueda quiero
Vivir ya sin estar en tu servicio,
Y estarlo al fin espero:
Que mi Alma por seguirte estará ufana,
Suelta del cuerpo que por ti fallece,
Tú acoge ahora el don que ella te ofrece,
Don que el Amor acendra, el dolor sana,
Y el honor engrandece.
Y el Cielo justo, pues que lo es, ordene
Que á pesar de la envidia siempre impura
En honra de un Amor, y fe tan pura
Los que apartados al morir nos tiene
Junte una sepultura.

IDILIO VI.

Ya el enlutado dia se acercaba
Que al Mundo habrá de echar la Noche obscura
Y al Lucero que al Sol daba luz pura
Con un trágico ocaso deslustraba
Fin dando á mi ventura.
Yo viera aquella noche sin estruendo
Salir con manto de Astros asombrando,
Y á la Luna su curso acelerando
Sus argentados cuernos ir creciendo,
Y mi vida menguando.
Si como esotras es mortal mi suerte
Diérame con mi fin la Parca airada
Suerte mas duradera, y afianzada
Que dar la vida á quien amó la muerte
Crueza es solapada.
Estas fueran las lágrimas postreras
Son, y serán que en mísero lamento
Perdiera en este arroyo turbulento
Que las hiela á la sed de tantas fieras
Con paso violento.
Mas si este bien cual los demas me veda
La Estrella, que á este punto me ha traido

Por premio á la que en vano le he servido
Este agrado á lo ménos me conceda,
Que al Cielo vuelto pido.

Que este aliento vital que me recrea
Se pierda donde el resto se ha perdido
A los pies de un ingrato descreido....
En donde cada cual lo que desea
Mire de hoy mas cumplido.

El mi fin dulce, yo su rostro amado
Veré en verme morir grata, y contenta
Y en morir si sus gracias acrecienta
Estan con mi desden desenojado,
Tendré la mayor cuenta.

Que la ocasion porque hoy fallece Lidia
Ha sido tan hermosa, que no espero
Que compasion me tenga el pasagero
Sino es emulacion, y noble envidia
De morir como muero.

IDILIO VII.

¡ Ay ! por mi mal he visto en claro dia
En aire raso, y Cielo descubierto
El Sol de un luto funebre cubierto,
Robando su esplendor la sombra fria
Contra el comun concierto.

La Luna que preside en su creciente
Al flojo sueño en humidas centellas
La ví alegre salir con sus estrellas,
Y faltando su luz cuando luciente
Preside á todas ellas.

Acaso el Cielo todo condolido
De mi pasion, y mi lamento triste,
El luto de mis lágrimas se viste
Pues de sus galas se ha destituido,
Y en mi dolor me asiste.

Ay ! que me dice ya vuestra tristeza,
Que esa mudanza, y ruina insoportable,
Me ordena alguna cosa miserable,
Cuando mi vida á florecer empieza,
Y hacerse al mundo amable.

La poderosa mano despiadada
Que os robó ese bellísimo ornamento,

Como á mi la esperanza del contento,
De triunfos, y despojos va cargada
Sin ver nuestro lamento.
Sábelo el rio, el monte, y la laguna
Que está cansada, y harta en sus victorias
De marchitar en flor mis dulces glorias;
Que arrebatará golpe de fortuna
Si es que eran transitorias.
No viera yo cubierto de humo horrendo
Cielo, que abierto vi, con luces bellas,
Cuando fortuna me halagó con ellas,
Que de una vez mis dichas concluyendo
Finaran mis querellas.

FIN DEL TOMO SEGUNDO.

INDICE

DEL TOMO SEGUNDO.

EPIGRAMAS.

LA LIRA DE MEDELLIN.

ODAS.

LETRILLAS SATIRICAS.

ROMANCES JOCOSOS.

TROVAS.

APOLOGOS.

APENDICE.

FIN DEL ÍNDICE DEL TOMO SEGUNDO.

